

RINCÓN ISLEÑO

SIN VALOR COMERCIAL

**ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES
DERECHOS RESERVADOS.**

ANGEL GUERRA

Rincón isleño



Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas

LIBRERÍA PAUL OLLENDORFF

50, CHAUSSEE D'ANTIN, 50

PARÍS

AL “ JALLO ”

RINCÓN ISLEÑO

I

EN MARCHA

— ¿Listos?...

— ¡ Ya !

— ¡ Á bordo !

Al gritar así á la gente que rebullía en la playa, Pancho, el patrón, remangóse hasta la rodilla los pantalones y chapoteando en el agua llegóse á la barca, saltando por la borda.

— ¡ Ea !... ¿ Estamos ?

Sí; ya estaban á bordo los dos marineros, sentados en el banco de proa, con las manos en los remos, cuyas palas mojadas rebrillaban al sol.

— Avíate, Pino.

El viejo Jenaro restregóse los ojos llorosos con la manga del chaquetón, y cogió de la mano á la muchacha.

— Vamos.

No dijo más. Temblábale la voz, como si le ahogara un sollozo.

Pino recogióse la falda entre las piernas y anduvo, los pies descalzos como de costumbre, orilla adentro hacia la barca, sintiendo en las carnes el cosquilleo del agua tibia con ondas muertas, en la quietud de la gran charca asoleada. Á través de las ondas espejeaba la arena dorada en la playa. Con lánguido murmurio las aguas rizábanse en la orilla al resbalar casi sin espumas. Mecían la barca, al pasar, imprimiendo á ésta un vaivén de cuna.

En lo alto, á pleno día, un sol agresivo dejaba caer su luz, destacando con preciso relieve cuanto se alcanzaba á ver en el ancho panorama. Era azul el cielo, limpio y claro, que cruzaban, perezosas y amantes, parejas de gaviotas, inmóviles casi sus alas, como cansadas de volar. El mar resplandecía al hincharse las ondas heridas por la luz solar, espléndido y tranquilo con aire de solemne reposo. En medio de la charca, destacando su perfil airosamente, el negro casco de la barca, con una franja blanca, balanceábase con muelle abandono á compás de las ondas, en el flujo y reflujo de las aguas, acercándose, con

gesto intrépido, á la orilla, ó alejándose, arrogante el continente de desafío ó de desprecio, mar afuera, hasta que la dura mano del marino que la sujetaba, agarrando el extremo de la roa con malhumores de domador que reduce á obediencia la fiera, ó bien con suave tirón de caricia, igual que madre al domeñar las impetuosidades de un niño, la hacía acercarse blandamente, con aire mimoso de coquetería, á la orilla.

Cuando Pino llegó cerca de la barca é intentó trepar por la borda, para embarcar, Pancho, su marido, gritóla asustado :

— ¡ Cudiao !...

La muchacha quedóse perpleja, mirando con sobresalto á su padre, el viejo Jenaro.

— ¡ Ya !... ¡ Ya ! — dijo éste —, ¡ el lastre !

Luego, con maliciosa mirada, después de fijar los ojos en el vientre abultado de la chica, hizo un guiño de inteligencia al patrón. Ambos sonrieron socarronamente. Merto, uno de los marineros, intervino en el diálogo.

— Mestre, es mucho sobordo; hace escorar la barca.

Rieron todos. Pino enrojació, avergonzada de ver la hinchazón de su vientre, que le impedía saltar como antes ágilmente á la barca.

— Ayude, pare.

— ¡ Aúpa !... ¡ Aaaa !

Mas, nada. Los brazos del señor Jenaro, en el primer intento, no lograron poner á la altura de la borda el cuerpo de su hija. Comenzaron entonces las burlas. Su mismo yerno, Pancho, reíase escandalosamente.

— Aguante; le echaré una mano — decía con sorna, mientras que aflojando el aguante de la *vara*, dejaba que, al empuje de la marea, la barca se llegase cerca de la orilla.

— ¡ Moño ! — refunfuñaba el viejo —. ¡ Me sobran corajes !

— No guinda una mujer.

— Menos una *potala*.

— Pues, al virar, ¡ había que verlo con la escota en la mano !

— Al remo con mar de costao...

No eran para aguantar tantas burlas. Pancho reía haciendo coro á los demás. ¡ Su yerno ! Toño y Merto, los dos marineros, lanzaban estridentes, entre las frases del diálogo, sus grandes carcajadas. Pero lo que más irritó al viejo Jenaro, fué la irónica vocecita de la Fula, aquella mujerona quisquillosa y pendenciera, hermana de Merto, que ya estaba bien acomodada en la barca.

— Con tiento... ¡ No la vaya á malograr el pare !

— Veredes, veredes — contestó el señor Jenaro irritado. Y de nuevo volvió á coger en brazos á su hija.

Tan brusco fué el esfuerzo, con tan desesperado ímpetu alzó el cuerpo de ésta, que sus propios pies resbalaron en la movediza arena de la playa, y cayó de espaldas, sumergiéndose ambos en el agua.

— ¡ Rayos ! ¡ Sois un gentuallo ! ¡ Mal comíos !. ¡ Cabosos !

Rugía así el señor Jenaro, mientras con las manos limpiábase el agua que le bañaba los ojos y escupía la que había tragado. Pino, entre tanto, imposibilitada de levantarse, por la pesadez de su estado cara al sol, hacía esfuerzos por bajarse las ropas con que los golpes del agua se empeñaban en cubrirle la cabeza. Su trance fué muy apurado. Á bordo reían todos, clamando á gritos regocijados :

— ¡ Uf ! ¡ Á pique !

— ¡ Vira en popa !

— ¡ Mano á la escotilla, que se llena la bodega !

Pancho, súbito, saltó de la barca. Después de

alzar á su mujer, miró con hosco gesto á la gente que patronaba.

— Sanseacabó... ¡ Á los remos !

Todos callaron. Sólo Fula reía aún con carcajada provocativa. Pancho embarcó á Pino y luego saltó por la borda. La colocó cerca del *eito* de popa. Allí estaría él al timón durante la travesía. Era sitio á que daba sombra la gran vela latina así que la izaran cuando, al remo, remontasen el estrecho y peligroso canalillo de la Caleda, aquel paso que, en los días de resaca á todos ponía espanto, y que se abría cauteloso y taimado entre las dos restingas de negra lava volcánica. La sombra amable les buscaría cuando navegaran ya en mar libre, corriendo á un largo la gran ensenada entre Lanzarote, que por aquellos parajes levantaba, en son de desafío, los formidables riscos basálticos de espantoso cantil, y las costas bajas de playas tranquilas que ofrecían hospitalario asilo en la islilla fronteriza, soledosamente salvaje, de la Graciosa.

Nada faltaba. Todo el matalotaje estaba á bordo. Era hora de partir.

Pancho se puso al timón; los dos marineros cargaron los remos.

— ¡ Avante !... —gritó con voz seca de mando el patrón.

Cayeron con golpe rudo sobre las aguas los remos, salpicando gotas que se irisaron heridas por el sol.

Mas no arrancaba la barca. Por descuido había embarrancado en la arena de la playa. El viejo Jenaro, clavando bien los pies en la arena, arri-mó la espalda á la roa, y con esfuerzo enérgico á sus años, empujó la barca hasta hacerla flotar. Entonces ésta siguió ya avanzando á fuerza de remos.

Desde á bordo gritó Pino :

— ¡ A más ver, pare !

— Mucha suerte...

No pudo decir más el viejo. Se le enronqueció la voz y se le aguaron los ojos.

Aún permaneció metido en el agua hasta que, fuera del caletón azocado entre las restingas, más allá de la *boca*, en mar libre, ya en plena ensenada, izaron en la barca la vela latina, que blanqueaba al sol henchida por el viento. Desde la playa no se alcanzaban á ver ya las siluetas de los hombres.

— ¡ Eh !... ¡ Compare !... ¿ Está de remojo ?

Aquella voz que venía de la playa sacó al

señor Jenaro de su ensimismamiento y de su tristeza solitarios. Salema, la vendedora de pescado, lo llamaba. No había parado mientes en ella, atento á seguir el rumbo de la barca donde los suyos se alejaban, abriendo una ausencia de meses.

Cuando el viejo salió al seco, Salema quedóse asombrada. ¡Qué ojos los del señor Jenaro !

— ¡Vaiga contigo !... ¿Moqueas?...

— No, comare. Fué el remojo.

Pero el viejo sollozaba con gemidos roncós que procuraba á violencia sofocar.

— ¡Ajuí !... Pues, ¡hipas !

— Tragos... de agua salada... de pesadumbres...

Con palabras enardecedoras, ya de reproche, ya de burla, queriendo infundirle ánimos, contestóle, en largo discurso que el señor Jenaro no interrumpió, Salema la vendedora :

— No hipas... Pa lo que falta, ¡cacarea !

Burlábase ella, sólo en son de consuelos. Pero bien sabía que era para llorar. Solo se quedaba el señor Jenaro. Allí, sin compañía alguna, se quedaba durante algunos meses. A la sazón, por los comienzos de invierno, la Caleta estaba solitaria. Las cuatro barcas, en descanso

durante la estación invernal, estaban ya encerradas en los almacenes, salitrosos, oliendo á tripas podridas pegadas á las paredes. Las otras dos barcas restantes, que tripulaba gente de mar con más apego al oficio, muy distinta á los enrolados en las restantes barcas, que sólo trabajaban con la garantía de los recalmones en verano, se habían ido á la Graciosa. La última era la de su yerno. Allá enfrente, en la Graciosa, seguiría el trajinar de la pesca, al abrigo de la costa, en aquellas aguas azocadas, libres de los recios brisotes y de los rebosos trágicos, guarecidas por las montañas de la islilla y de las de sus vecinas, que destacaban á lo lejos, bien diseñado el perfil rechoncho y salvajemente desolado.

Por primera vez se encontraba solo el señor Jenaro. Era ya muy viejo, los sesenta bien contados, y no resistía las rudas faenas del mar. Allá en sus tiempos, de mozo, ¿quién le igualó mano al remo ni al timón?

Pero ahora... ¡ Miserias y flaquezas de la edad ! Ni aun servía para recoger un rizo á la vela. Acaso, sólo para achicar el agua de la barca.

Por eso no lo llevaban este año á la jornada de invierno, dejándolo, en la creencia de favo-

recerlo con el descanso, al cuidado del almacén y de las redes que se utilizaban en verano calándolas en los caletones á lo largo del litoral volcánico que se extendía hacia el poniente de Lanzarote, costa bravía, áspera y desierta.

Casada Pino, la hija única, íbase también con su marido. Era la primera vez que dejaba la paternal compañía. ¿Qué hacer? No había más remedio. La vida impone estas dolorosas y fatales separaciones. Allá, como mujer del patrón, ayudaría á la gente de la barca destripando el pescado para salarlo y cuidándolo, al acecho de las aves de rapiña, cuando estuviera secándose al sol.

Hipaba inconsolable, con la primera impresión de soledad y tristeza, el señor Jenaro. No contenían su pena las palabras de Salema.

— ¿Te acobardas? Mira yo.

— ¿Qué quiés?...

— Ya vendrán.

— ¿La veré? Haz cuenta que soy viejo.

— Compare, al dicho. Lo que la mar se lleva, la mar lo trae.

Ya era tarde. Salema tenía que partir, camino de los pueblos lejanos, atravesando el arenal sin veredas. Dió con la vara en las ancas del borrico.

— Arre, maulón.

Luego, al echar á andar, volvióse al viejo :

— Conque compare, ¡ más coraje !... Y hasta San Juan. Vendré á la *boga*.

— ¡ Hasta...

Quedó la frase cortada. ¡ Siete meses ! Fué súbito el medir del tiempo. Y el viejo Jenaro sintió más honda la impresión de su soledad y de su tristeza.

Ya iba distante Salema. La vió, en el descampado del arenal, detrás del borrico, alejarse camino de los pueblos lejanos, tierra adentro, donde durante el invierno buscaríase la vida en oficio de buhonero, espaldas á la mar. La silueta de la vendedora esfumábase en el inmenso llano de arenas sin sendas, áspero desierto de horizontes indefinibles.

Por el lado de tierra ya estaba solo. Miró al mar. Lejana, la barca seguía su rumbo hacia la Graciosa, empequeñeciéndose, esfumándose, blanca al sol la vela en medio del agua azul.

Como si rematara un soliloquio mental, con un gesto de resignada esperanza, señor Jenaro exclamó :

— Lo que la mar se lleva, la mar lo trae.

II

DÍAS DE SOLEDAD

Pasaban los días monótonos. Era triste la soledad de la Caleta. Cerradas las puertas de los almacenes, donde se habían guardado hasta el estío próximo las barcas en descanso, las sucias paredes de los casuchos, todos juntos y acumulados como si temieran separarse ante el espanto de algunas acometidas del mar, en la obscuridad y el misterio de la noche infundían pavoroso desasosiego. La soledad era completa. En muchas leguas del contorno no se encontraba una humana vivienda. Los cortijos estaban muy distantes; los pequeños caseríos mucho más lejanos todavía. Ni siquiera había próxima una majada de cabreros.

En sitio asaz solitario estaba situada aquella ranchería de pescadores, bulliciosa sólo en verano, abandonada casi por completo en invierno. Á un lado corríase la playa inmensa, que haciendo un enorme recodo, iba á perderse en el extremo

Este de la isla; por el otro, formando caletones, las restingas, restos de viejas erupciones volcánicas, ocupaban la costa occidental, inhabitada y trágica; á espaldas de la ranchería, remedo del sahárico desierto, del que debe ser una prolongación, comenzaba la llanura estéril, de movedizas arenas, tierras estériles y casi sin término que van de mar á mar; delante ábrese la gran ensenada de aguas turbulentas, entre las que se alzan allá, enfrente, desiertas pero sugestivamente poéticas, como invitando las almas á una vida de descansos y de olvidos, las islas menores: Alegranza, lejana, medio esfumada en la bruma; Montaña Clara, ingente, granítica, de cantiles bravíos, como un templo, y más cerca la Graciosa, como hija cariñosa, pobre de hermosura, que se acoge al regazo materno y cobija al abrigo de los grandes riscos de Lanzarote.

Nada más espantosamente triste que la Caleta por invierno. En medio del silencio del paisaje áspero, en los aledaños de la ranchería únicamente resonaba incansable, colérico y salvaje el eterno grito de la mar broando. La única voz amiga que en aquel paraje puede encontrarse en los meses invernales, es el clamor airado de la resaca. Hasta las gaviotas, temerosas de la

soledad, huyen, anidando Dios sabe dónde.

Luego aquel arenal inmenso, el *jable*, que aislaba completamente la ranchería. Con los primeros vientos, que hacían rodar á lo largo del llano los médanos de arena, se borraba toda senda. De nuevo, en el verano próximo, volverían á señalarla los pasos de los marineros en las jornadas diarias desde la playa al pueblo, escondido tras las montañas, en cuya cima lejana volteaban las aspas de un molino de viento, y destacaba su perfil, como una mancha blanca en la azulina diafanidad del cielo, una ermita solitaria. La señalarían los pies descalzos, desollados por la arena recalentada bajo un sol crudamente agresivo. Guiábanse entonces los marineros, cuando aún el diario ir y venir no había señalado la ruta en el camino, al tornar desde el pueblo á la Caleta antes del alba, viajando en la obscuridad de la noche tocando á su término, por la claridad blanca de alguna estrella madruguera, cariñosa y amiga, en el alto cielo, ó bien olfateando el olor de las algas resacas, á montones pudriéndose sobre la playa.

Ahora la Caleta estaba desierta. Sólo el viejo Jenaro cuidaba del menaje de los almacenes.

Ya no se oía al pasar junto á la ranchería,

como en verano, llano adelante, siguiendo la orilla del mar, los diversos rebaños conocidos, el son de las esquilas quejumbrosas y el balar de los cabritos, ariscos y llorones. Los cabreros, pastoreando los ganados, ha tiempo que se habían retirado tierra adentro, huyendo las inclemencias del llano descampado, sin el abrigo de un árbol ni el zoco de una mata agreste, cuando la lluvia caía con ruido seco, clamante, áspero el son, sobre los charcos en la arena empapada. Á veces oíase el alarido espantoso, rechinando los dientes con furia salvaje, de algún camello en celo, que loco, con galope más rápido que el de un caballo desbocado, corría el llano olisqueando carne humana. Extraviado, enfurecido corría el arenal, y de noche su alarido estremecía trágicamente el aire, llevando su eco escalofriante, empujado por la brisa del mar, llanura adentro.

No había más remedio que resignarse á la soledad, y bien pronto consolóse el señor Jenaro con su suerte. Extrañábale en los primeros días, por no haber dejado nunca de hacer la jornada de invierno en la Graciosa.

En fin, era necesario acomodarse á lo resuelto. Caso de sentirse enfermo, haría la señal acostum-

brada entre los compañeros para que los suyos acudieran presto en su auxilio. Encendería de noche la hoguera, y la barca, desde la Graciosa, haría rumbo al instante hacia la Caleta.

Por lo pronto, su vivir era descansado. Ya no estaba tampoco para trajines marineros. La mar le conocía y él la amaba.

Mirábala con ojos codiciosos de enamorado. Nada en el mundo lo alejaría de su vera. Tierra adentro se moriría de nostalgia. ¡ No ver el agua azul y quieta, ó turbulenta y clamorosa ! ¡ No sentir en el rostro el aire acre que venía rodando sobre el hinchado lomo de las ondas, como un azote en los días de brisote, como una caricia en las plácidas noches de los dormidos recalmones !

¡ Y aquella claridad de luna que hacía una larga estela, cayendo en la quietud de la ensenada ! ¡ Y aquel olor fuerte de las *sebas* repudiéndose al sol sobre la playa ! Luego ver diariamente, á cada instante, los útiles de la barca, bien colocados en el almacén; los remos de repuesto, los arpones, con su garfio de acero reluciente, blanqueando con una blancura de arma asesina, y las redes, el chinchorro, los *trasmallos*, la guelderá, recompuestos, en espera. Quitarle este regalo á los ojos, era robarle el

único y, por ende, el mejor encanto á la vida.

Á la puerta del almacén, arrebujado en la *trapera*, que le servía de manta para dormir, sin encender luz, pues sobraba con la blanca claridad de las estrellas en las noches tranquilas, el viejo Jenaro sondeaba la lejanía, mar afuera, siguiendo con el corazón, como si estuviera presente, minuto á minuto, el vivir de los suyos allá, en la costa fronteriza de la Graciosa, que la gran bahía distanciaba con sus ondas calmosas y azules.

Todas las noches alcanzaban á ver sus ojos, con agudo mirar de viejo lobo marino, el resplandor de los hachos encendidos. Indicaban que la gente mariscaba en los charcones de la costa á la busca de carnada para el trajín pesquero del día siguiente.

Al mediar la tarde cuidábase de vigilar las barcas fondeadas en la bahía, cuando izaban las velas para retornar á la playa. Las conocía á todas por el color y el tamaño de la latina vela desplegada. Refunfuñaba cuando no alcanzaba á ver la de su yerno Pancho. No tardaba en aquietarse su ánimo irritado. Sin duda la barca había hecho rumbo hacia el Norte, costeano la Alegranza, donde en los buenos días la pesca

es abundante. Todavía, de ser ellos más valientes y tener barquías más resistentes, podían correrse hasta Los Salvajes, á tres noches de viaje. Veinte días ó un mes en total de jornada. ¡ Ah, cómo recordaba sus mocedades !

Los más de los días, el señor Jenaro encolezábase. En la bahía, cuando izaban las velas, contaba hasta una docena de barcas.

— ¡ Robones ! — voceaba esgrimiendo los puños —. ¡ Á sotavento también ! ¡ Mal brisote las revirara !

Ardía en rabia al ver que los pescadores de Arrieta, acampados también en la costa septentrional de la Graciosa, se corrían codiciosos, á golpe de remo ó á todo trapo, hasta la amplia ensenada, al abrigo del cantil trágico de los riscos de Famara.

Aquellas aguas no eran de ellos. Los de acá no se metían á pescar de la otra banda. ¿ Por qué, entonces, eran tan malvadamente codiciosos ?

— ¡ Magua — gruñía —, que no les cogiera un *marugón* !...

III

AL AIRE LIBRE

— ¡ Rayos en ellos !

No pudo contener sus corajes Pancho cuando vió el deterioro de las chozas, derruídas las paredes. Había que acarrear de nuevo piedras y lajones desde la playa para arreglar las viviendas. Todos los años acontecía lo mismo.

Al marcharse los pastores, después de aprovechar los pastos, en ausencia de los marineros, á la sazón trajinando en la costa de Lanzarote, entreteníanse en derribar las chozas, con el maligno propósito de que rabiaran sus dueños al retorno.

No habían dejado piedra sobre piedra en la de Pancho. En idéntico estado hallábase la de Merto y su hermana. Bastián, el patrón de la otra barca y la gente que en ella trajinaba, ya habían rehecho las suyas.

Trabajo largo había por delante. Era necesario

portear la piedra para levantar de nuevo las paredes, traer *seba* para rellenar el suelo á fin de amortiguar la humedad de la arena y acarrear matas de codezos para la techumbre. Sobre ella, en las noches claras, se tendería la vela vieja, y en los días de lluvia se reforzaba el abrigo con los trozos de encerado, restos de capotones de agua y pedazos de envolturas de fardos que acopiaba Salema en sus correrías de traficante, mendiándolos en los comercios del Puerto.

Ayudaron todos en la faena á Pancho y á Merto. Por la noche, ya pudieron dormir en las chozas nuevamente restauradas.

Cenaban todos en común. Á la luz de un hacho, que chisporroteaba, sacudida su llama por el viento, disputábanse las manos los trozos de pescado cocido, humeando sobre una *pana* de la barca fregoteada y brillando de limpia. Al medio día, como andaban á la pesca, yantaba cada grupo en su barca, y las mujeres en tierra se despachaban con una frugalísima comida.

Al cenar la primera noche, Merto echó de ver que faltaba compañía.

— ¿Y *chó* Julián?

— No lo hemos visto.

— Pues, ya es tiempo de siembra.

— No ha venío.

Fueron las mujeres las que más comentaron la ausencia del camarada en inviernos anteriores. Solía contarles historias picantes, haciéndolas reír con desenfadado regocijo. Era hombre que no se paraba en detalles, ni omitía el relato de lances escabrosos. Narrábalos como cosa vista, y sobre todo, al vivo. En su compañía pasábase mejor el rato de la cena, colación que la buena gente graciosamente le ofrecía.

— Ya mandará aviso.

— Iremos á *pasarlo*.

— Tardío viene.

En los años anteriores, bien los marineros de la Caleta del Sebo, bien los de Playa Francesa, bandos rivales, hacían en sus barcos el traslado de Julián, atravesando el estrecho brazo de mar desde las Salinas á la Graciosa. A nado, remolcado, con la cuerda del bozal sujeta á la roa de la barca, hacía la breve travesía el camello de Julián, resoplando á ras del agua, tiesas las orejas, descubierta la giba á flor de onda, moviendo las gambas con lento compás, en un perezoso impulso de avance. No había otro medio de transportarlo.

Dos sementeras había aprovechado ya Julián.

Tierras baldías y sin dueño las de la isilla, ya que los pastores utilizaban el hierbazal en el pasto de sus rebaños, él había también pensado utilizar el único pedazo de terreno laborable. Arábalo con su camello, dejando la simiente en los surcos recién abiertos. Á poca costa, algo le rendía el trabajo. ¡ Buen puñado de centeno había recogido en las cosechas pasadas !

Así, era extraño que no hubiese ya llegado. Quizás algún envidioso diera el soplo y se le habría impedido continuar explotando aquel trozo de *lejío*, campo en abandono, ó tal vez á la busca de mayores ganancias, se había ido con el camello á trabajar en el camino nuevo, donde se agenciaban buenos jornales.

Era lástima. Animaba con su charla picante el monótono vivir de la ranchería. Ahora, no había más remedio que tumbarse á dormir acabada la cena.

Allá, en la Caleta del Sebo, distraíanse más. La colonia de pescadores era numerosa. Lo menos contaba diez barcas y hasta alabábanse del lujo de sus casas de piedra y barro. Á tanto llegaban en su odio, que no sólo se burlaban de los de acá, sino que reñían las mujeres al encontrarse cuando iban por agua, y barca á barca los hom-

bres se insultaban empuñando los remos en son de amenaza.

Mal avenidos estuvieron siempre. Rivalidades del oficio y atávicas malquerencias de pueblos tenían siempre á las dos rancherías frente á frente, retándose y aun acometiéndose. ¡ Bienregonaba la cara de Gregorio, de la banda de allá, con el chirlo horrible que le daba una expresión espantosa, vacío el ojo, partida la ceja, la furia de un encuentro y las consecuencias del combate !

¡ Y gran recuerdo tendrían también de la noche que, hombres y mujeres en pelotón, prontos los cuchillos, al brazo los bicheros, corrieron cautelosamente, en la alta noche, resguardados por la sombra y en el silencio del campo desierto, desde Playa Francesa hasta la Caleta del Sebo, apedreándoles el campamento entre voces roncadas de insulto y gritos de enconado desafío !

Aunque prometieron cobrar la afrenta, no habían venido á vindicarla todavía.

Y eso que la soledad de la isla desierta favorecía cualquier empeño de esta clase. De playa á playa extendíanse las tierras secas, espantosamente desoladas. Montículos áridos levantaban

su rechoncho perfil en el centro de la isla. Durante los meses de invierno hallábanse en completo aislamiento. De tarde en tarde, en los canales de las otras islillas cercanas, veíase quieto, encalmado, algún pailebot con todo el trapo al viento. Lejana, en la noche, parpadeaba vívida, derramando sus haces sobre el mar, la luz vigilante del faro de Alegranza. En el brumoso horizonte, muy distante, en algunas ocasiones, como una leve mancha en el cielo, deshilachábase el humo de algún vapor, alejado bastantes millas de la costa, que pasaba indiferente en viaje de derrota.

Cada noche mentábase á Julián á la hora de cenar. Echaban menos su compañía.

Pero se les metió por la puerta un huésped. Al olor de los desperdicios del destripe, hizo de pronto su aparición. Era un perro, de pelambre amarillosa, enflaquecido. Sin duda lo abandonaron los pastores cuando se marcharon de la isla, al comenzar el verano último. Á la primera aparición que hizo, lo *ajuliaron*. Había que tener con él una celosa vigilancia. Á cualquier descuido asaltaría el pescado tendido á secar. Certera una piedra, dejó derrengado el animal. Quejumbroso, tendióse en el suelo en vez de huir, esperando la muerte.

Á la postre, encariñóse con él la gente de la playa. Innominado hasta entonces, llamáronle *Turco*. Y fué desde aquel instante amigo y compañero. Quedaba agregado á la ranchería, con su ración de desperdicios y lecho sobre la arena al zoco de cualquiera de las dos barcas.

Pino, compasiva, se lo adueñó. *Turco*, agradecido, rastreaba siempre humilde y retozón los pasos de la muchacha, cuando no se metía, agua adentro, aullando detrás de los peces saltadores, ó corría á través del campo persiguiendo los conejos que, medrosos, se acurrucaban bajo las matas salvajes.

Cuando los cuervos batían las alas, al acecho, sobre los tenderetes de pescado al sol, Pino gritaba :

— *Turco* ... ¡ á ellos !

Y el pobre animal, celoso, bravo, cumplía su deber.

IV

VIDA RETROSPECTIVA

Comenzó el chismorreo de la gente de mar á los pocos días de enviudar Carmen. Llamábanla todos *Fula*. Era un mote, y bien le cuadraba. Morena de rostro, había en el color de la piel cierto viso azulino, brillante y extraño. Por añadidura, su cuerpo era bajo y rechoncho. Negro el cabello, sombreaba unos ojos de mirar intenso, agresivo. Cuando al varar las barcas, en son de ayuda metíase en el agua, recogida la falda entre los muslos dejando al descubierto más de media pierna, los marineros más jóvenes quedábanse encandilados mirando aquellas carnes mórbidas, provocativas. No ponía ella en estas desnudeces, después de casada, reparo alguno. Á veces la imprevisión llevaba el remango de las faldas más allá de lo conveniente. Y era de ver entonces el ahinco con que los muchachos disputábanse el meter el hombro al varar alguna barca, en el sitio detrás de Carmen.

Tenaces los ojos juveniles, recreábanse en el movimiento de aquellas caderas redondas, estremecidas á cada esfuerzo y en el temblor de la carne en aquellas piernas al descubierto, pletóricas y desafiando con tentaciones brutales.

Al quedar viuda, era ya cuarentona. Estaba, sin embargo, en su madurez, apetitosa.

La gente de mar, hombres y mujeronas, dieron en comentar entonces con los más diversos juicios la suerte de Fula.

No le quedaba recurso alguno. Solamente el trabajo de sus brazos, fuertes para todo empeño, y el amparo, otra vez, de su hermano Merto.

Su marido era marinero á soldada. Murió hinchado, como un monstruo, hundidos los ojos, torcida la boca, retorciéndose en convulsiones desesperadas.

— Picaúra de *rascai*.

— De araña negra.

Nada se sabía. Los bandos, por la divergencia de opiniones dividiéronse, y ante el enfermo que se retorció agonizante, disputaban á voces todos. Mientras unos, más apegados á vivir en tierra, achacaban el mal á un pez dañino, los otros, celosos en la defensa del mar, querían imponer

la convicción de que un insecto venenoso había traído con su picadura la infección.

- ¿Véislo?.... Las dobla.
- Revienta como un pez-tamboril.
- Calambres de muerte.
- Se va.
- Ansina murió mi pare.
- ¡Perra muerte!

El pobre enfermo, los ojos espantados, evitando oír el rozar de las gentes, convulsionábase, hinchado y monstruoso. Al fin, arañando con sus uñas las carnes, babeando espuma amarillenta, quedóse poco á poco inmóvil, abierta desmesuradamente la boca, saltando de las órbitas los ojos, crespo y chorreando sudor el cabello.

— Espichó.

Y no hubo más responso.

En los primeros meses de la viudez, todos compadecieron á Fula. Quedaba sola.

- Sin marido.
- Ni hijo tan siquiera.
- ¿Hijos? ¡ Si es machorra!

Maliciosamente comentaban la frase despectiva. En los cuatro años de casada, Fula no había tenido ningún hijo. Sin duda era estéril, y esto siempre fué regocijado comento de la

gente de mar. La aburrían á preguntas las compañeras á los pocos meses de matrimoniar. Y el estribillo era constante.

— ¿Qué?...

— ¿Hay lastre á bordo?

— ¿Pa qué mes?

Avergonzada Fula, contestaba siempre :

— Pué ser...

Mas, mujeronas y hombres, después de repararla bien, repetíanla riendo, al guiñarle el ojo :

— Nada, Fula : ¡ machorra !

Ya viuda, la esterilidad de la muchacha daba margen á las conversaciones.

— ¿Con Pancho?...

— Me lo he calao.

— ¡ Phs !... No hará agua.

Las sospechas crecieron. Merto estaba en la barca de Pancho y Fula entró al servicio de ella con media soldada.

— Es una caridad — decía el patrón.

Cierto que Fula cuidaba del menaje de la barca y atendía á la ropa y comida de la gente que la tripulaba. Bien mirado, con creces ganaba el jornal.

Pero las murmuraciones arreciaban en secreto, en la charla de los corrillos, á espaldas de los que

podían rechazarlas. Cada día se apuntaba un hecho nuevo, y la sospecha iba tomando, al correr del tiempo, caracteres de verdad.

— ¿Y Fula?

— Por leña.

— Pues Pancho á mariscar.

— Se tropezarán.

Entonces se ponían al acecho. Atalayaban parapetados sobre los muros de los almacenes, el llano y el litoral. No alcanzaban á ver á la muchacha, perdida entre los altos médanos de arena ó entre las aulagas salvajes, ni al patrón extraviado entre las marismas, á mucha distancia, acosando á los pulpos en los chovacos de los charcones. Y al regresar ambos, cruzábanse las miradas maliciosas de inteligencia, sin atreverse á deslizar ninguna insidia en las palabras. Fijábanse nada más en el corto haz de leña que traía Fula á la cabeza y en el cesto vacío que portaba Pancho al brazo.

— Poco mariscaste.

— Malas mareas.

De pronto las murmuraciones cesaron. La noticia dejó sorprendidos á todos. Pancho se casaba. Ya había hablado con el señor Jenaro y tenía á la vez el asentimiento de Pino. ¡Buena

hembra se llevaba el patrón! La moza era guapetona de veras. Alta, recia, no había hembra más apetecible entre las mujeronas de la playa. Merto la había requerido de amores, pero la muchacha no se dió á partido. Decíase entonces que ella andaba enamorada de un mozo en el pueblo. No consentía esta afrenta el señor Jenaro. De casarse la chica, su hija única, había de ser con hombre de mar. Era tradición de la familia. Y por añadidura, ¡buena era la gente tierra adentro!

Los peones á jornal trabajaban un día á la semana y el resto se lo pasaban tendidos perezosamente al sol.

Hacía suerte la muchacha. Pancho tenía almacén y barca. Era bravo en la mar. Con la escota en la mano, al timón, no había quien le igualara. Además, Salema, su madre, la vendedora de pescado, sabíase que tenía largos ahorros. Como la vieja no dejaba su casa del pueblo ni quería renunciar á su oficio, Pancho necesitaba mujer. Así, solo, era bastante apereada su vida.

Fué Salema misma quien le indicó la novia.

— Tengo nuera, si gustas.

— Bien ando.

- Malamente apañado.
- ¿Qué cavila, mare?
- Casarte.
- ¿Contra...?
- Pino, la de Jenaro.
- ¿Hablóla?
- Conversaré con el compare.

Quedaron bien pronto las cosas arregladas. Al correrse la noticia entre la gente de la playa, aviváronse los comentarios. Casi todos aplaudían la decisión de Pancho. No faltó quien pusiera algún reparo.

- Tendrá que remendar.
- De ella no hay que decir nada.
- Según...

Contaba entonces la chismosa mujer una vieja historia. Ya lo vieron todos. De regreso del pueblo, Pino llegó un día, años atrás, á la Caleta con el corpiño medio roto, los cabellos enmarañados y en la cara, con regueros de sangre, las señales de unos dientes que habían prendido rabiosamente en la carne. En los ojos, que indicaban haber llorado, traía como una expresión de despavorido espanto.

Narró la muchacha lo sucedido. Habíale salido al camino el perro de un ganado, al atravesar el

jable. Sola, luchó con el animal, que la embestía con furia carnífera. Tras un desesperado bregar, logró á la postre huir, llano adelante, mientras el perro, ladrando enardecido, pronto siempre al asalto, la perseguía tenaz y colérico. Un lejano silbo contuvo al animal, y corriendo, fatigada, pero con los ímpetus que le prestaba el miedo, pudo acercarse á la ranchería. Cuando vió próximas las casas, respiró á placer, considerándose á salvo. Distante, en el sosiego del llano inmenso, aún el mastín ladraba con resonante clamor.

Todavía, presa del susto, tartamudeaba la muchacha, cuando llegó, al contar lo sucedido. Era creíble el caso. Algunas mujeres sonrieron maliciosas.

— Sí; á muchas le han salido perros al camino.

Interiormente reproducían en forma bien distinta la escena. Les eran conocidos los asaltos y las violencias de los pastores cuando alcanzaban á ver una mujer que, sola, se aventuraba en el llano.

Salían en cuadrilla al encuentro, brutales, frenéticos, como los camellos en celo. Imponía estas agresividades el vivir solitario, la existencia salvaje en medio del páramo, en contacto con las

reses cabrías, sultanescas y de continuo embra-
vecidas en medio del hato.

Surgían de pronto, saltando al camino, agarrando violentamente á la mujer hasta dar con ella en tierra. Escondidos detrás de un médano ó al zoco de una aulaga, esperaban el momento oportuno. Á distancia atalayaban, y al divisar una mujer sola, tomaban posiciones, seguros de la presa.

No eran frecuentes los casos. Pero muchas de las mujeronas de la Caleta, si bien lo callaban, podían atestiguarlo.

Así, algunas rieron al contar Pino su desdichada aventura.

— Sí; son carniceros esos perros de ganado.

Con el tiempo olvidóse el lance. Á la noticia de la boda, alguna de las mujeronas de la playa, por resquemores de envidia, renovó el recuerdo del suceso poniéndole irónicos comentarios.

Casáronse en los comienzos del verano. Al llegar el otoño era indispensable hacer viaje á la Graciosa para la jornada de invierno.

Con la boda cesaron todas las hablillas respecto á Fula. Contenta mostrábase ésta, continuando al servicio de la barca de Pancho, como hermana de Merto, que en ella navegaba.

- Y tú, Fula, ¿qué dices?
— Alégrome.
— Díjose que tú casarías con Pancho.
— Nunca oílo.
— ¡ Vaya, que si echa la caña, tú picas !
— Así estoy bien hallada.

Sobre el color moreno de su cara, con un viso azulino, sus ojos vivos llameaban un punto y resignadamente desmayaba su expresión con un brillar humilde de resignación forzada.

V

CORRIENDO LA PLAYA

Era muy aburrido para el señor Jenaro el vivir ocioso. Había que matar la pereza y, dejando cerrado el almacén, recorrer la playa al *jallo*. Era para sus años el único oficio. Además, solía resultar provechoso. Algunos años casi daba tanto, ó tal vez más, que la pesca, y por añadidura estaba exento de peligros.

Á lo largo de la inmensa playa iba el viejo, con

andar reposado, el *bichero* en la mano, por si era menester, el ojo avizor, escudriñando las aguas.

Las olas arrojaban á la orilla, á golpe de marea despojos de naufragios.

Espiando en la orilla, tumbado sobre la arena, el mirar siempre alerta, ó bien, metido en el agua al llegar el momento de arribar la presa, el señor Jenaro aguardaba que las olas trajesen á tierra los *jallos*. Casi siempre eran maderos, cuadernas, barriles con residuos de vino ya agrio, cajas con telas roídas por el salitre, todos los desperdicios que se arrojan al mar en los navíos de derrota, ó restos de buques náufragos destrozados al correr un temporal. Cuanto se recoge en la playa se amontona en el rincón del almacén. Las maderas, cuando sirven, se venden, y se utilizan los objetos que encuentran aplicación. Se juntan así múltiples y diferentes objetos : cuadernas sueltas de algún navío á pique, fijos en ellas los clavos oxidados; palos, á trechos carbonizados, vestigios ciertos de un fuego á bordo; un trozo de mástil con manchas negras, tal vez debidas á la acción del agua salobre, quizás coágulos de sangre reseca que atestiguan un golpe de muerte en la soledad de los mares; cubos de baldeo; remos rotos, que no dicen si al crujir astillán-

dose, oyeron un supremo grito de socorro en el silencio implacable de la noche tendida sobre el haz de las aguas; algún sillón, podrida la mimbre, recubierto de algas, que se deshace miserable y sucio ahora, y donde años ha, muelle y mimoso entonces, á la dulce sombra de una toldilla, bajo la cual corría el aire con libre retozo, quizás una hermosa mujer, leyendo devota, mató el tedio de un largo viaje — al que la obligaron tristezas y desengaños, ó que le impuso la sed de compartir un cariño lejano —, arrojando, hoja por hoja, al mar las páginas de un libro que narraba, cálido y pasional, un viejo y triste cuento de amor.

No iba bien el invierno. No había *jallos*. Lamentábase de ello, al regresar ya anochecido al almacén sin traer ni un mísero madero, el señor Jenaro. ¡ Si se diera bien ! ¡ Si encontrara una *tosa* ! Este hallazgo representábase una fortuna, vendiéndola á buen precio á los aserradores del pueblo. Con una sola había para reparar la barca y hasta para unos remiendos en el almacén. Tenía el presentimiento de que el mar este invierno le traería una. Ya estaba viejo, ¡ y era una merced de antiguos amigos para despedirse !

Y pensando en el hallazgo y en la sorpresa de los suyos al retornar, repetíase interiormente el señor Jenaro :

— ¡ Canastos ! ¡ Ya verán cuando vuelvan !

Imaginábase ya á los aserradores, sudorosos, congestionados, recios en el brutal trabajo, dividiendo á golpe de sierra, en la playa misma, el enorme madero, la *tosa* afortunada. Tan grande la esperaba, que ya tendrían los aserradores faena por largos días, y á cargar madera habían de venir lo menos dos camellos.

Bien se había redondeado con una el compadre Felipe. ¡ Suerte de hombre !

La pesca daba poco. De no ser por la ayuda de los *jillos*, cuando se encontraban cosas servibles, no había con la venta del pescado para ir tirando malamente de la vida. Luego, de las pocas ganancias, á costa del vestir y comer, había que ir á diario rebañando para hacer frente á las contingencias del oficio. Porque si llega un día en que la barca vieja, cansada ya de tanto trajín, podrida por el mar, da en resquebrajarse y en enseñar el costillaje de las cuadernas, y no hay ahorros con que comprar otra nueva, mal vivir espera.

Hay que pasar de patrón, con dos soldadas,

á simple marinero, si es que encuentra barquía donde enrolarse.

Llevado de su afán ambicioso, soñando siempre con hallar la *tosa* que traería un respiro á los suyos, el señor Jenaro recorría de sol á sol, con el breve descanso del yantar, la inmensa playa.

No hallaba nada. Era necesario esperar que viniesen unos cuantos días de reboso, y el mar embravecido echara *jallos* á la orilla, con los montones de algas, aquellas *sebas* que se repudrían al sol y que, negreando entonces, quitaban el dorado color á la arena de la playa.

Aventurábase también algunas veces á registrar los caletones de la costa que se corría hacia el Nordeste, desierta y salvaje. Sólo los pescadores de caña, en sus excursiones, solían correrse por aquella banda de mares bravos que rompían, coléricos y espumantes, sobre los peñascales altos de las restingas. Sobre la arena de la playa encontraba esqueletos de peces muertos. Ya sabía. Eran aquellos endemoniados pastores que, á la baja mar, en cualquier caletón de canalizo estrecho en la entrada, formaban la *pared* y envenenaban las aguas del charcón, para matar el pescado, con la savia lechosa de las tabaibas arrancadas en los cercanos matorrales. ¡ Desal-

mados ! ¡ No reventar ! Mataban todas las crías y los peces huían de aquellos lugares, como si el presentimiento de la muerte los sobrecogiera de espanto.

Y estos paseos eran de provecho. Llenaba la mochila de sal hasta los imbornales, encorbándose la espalda de viejo bajo el peso de la carga, entripada la camisa por la salitrosa humedad que aquélla rezumaba. Blanca, en compacta masa, que duramente resquebrajaba el cuchillo, la sal ofrecíase pródigamente en los charcones, cuajada por el sol. El señor Jenaro hacía larga provisión, transportándola á un rincón del almacén.

No por eso dejaba el ojeo. Entreteníase, sin embargo, á ratos, en el almacén en amaños de carpintería. Sobre todo en los días de lluvia, que ya habían comenzado. Surgir la idea en su caletre, y coger la herramienta, poniendo manos á la obra, fueron cosas inmediatas. ¿Cómo no se le habría ocurrido antes?

Si no marraban las cuentas, allá para San Juan vendría á ser la cosa. Así lo esperaba Pino. ¡ Que fuera varón ! Chocheaba el viejo con senil alegría, al cavilar las horas que habría de pasarse á la vera del nieto, cuando éste viniera al mundo,

cuando creciera, al ser ya hombre. ¿Y si no lo iba á ver? Ya eran muchos sus años, y quién sabe si un día cualquiera, en un bostezo, dábase por acabada aquella vida á prueba, trabajada, resentida ya por el desgaste de los años y un fatigoso laborar sin término.

Á solas, pensando en estas cosas, lagrimeaba entristecido. Mas, su temple de espíritu, reaccionando, infundíale ánimos, y con ellos lisonjeras visiones del porvenir, removiéndole en el fondo del alma viejas ternuras casi olvidadas, como si de pronto el brio mocero le retoñara remozado é intensamente vividor.

Sí; era necesario pensar en el nieto anunciado, prometido, que ya le parecía tener sentado en sus rodillas, meneándolo al contarle lances de mar y aventuras de tierra adentro, las leyendas más bonitas, las que él había escuchado y aprendido también de niño.

Cepilló las tablas de una caja recogida en la playa, y con la sierra curvó otras, que claveteó debajo. ¡ Ya estaba ! Movía el armatoste, embelesándose con su rítmico vaivén. Cuna mejor no la soñaría Pino, su hija, para cuando viniera el muchacho. ¡ Buena sorpresa iba á darla !

Gozoso el señor Jenaro contemplaba su obra

Mecía la cuna, y hasta con su cascada voz de viejo, como si ya estuviera arrullando al nene que dormía, entonaba el canto maternal, que entraña un dejo lánguido de sueño y de cariños :

— ¡ Arrorró !... ¡ Arrorró !...

VI

PAZ

Ya iba muy adelantada la tarea. Sentadas sobre la arena de la playa, de trecho en trecho, las tres mujeres, charlando, pero sin dar paz á la mano, repasaban la red, cogiendo hábilmente las desgarraduras.

Ensalitrado el hilo, había tomado un color obscuro. Así resaltaba la blancura de los retoques nuevos.

— Parece que siento...

— Lloro.

— ¿ Llorar ?... ¡ Berrea !

No oyó bien Pepa la última frase, dicha con dejo irritado por Fula. Rápidamente se había

levantado, echando á correr, solícita, hacia su choza. Como si quisiera acallar desde lejos las ansias, que se resolvían en llanto, del chiquillo, iba gritándole sin cesar en la carrera :

— ¡ Ya voy !... ¡ Tragón !... ¡ Renegao ! ¡ No reventar !... ¡ Calla, conchita de la mar... corazón de tu madre !...

Fula desató su ira. No comprendía la paciencia de Pepa aguantando aquel molestar constante del chico. Había de estar chupando á cada momento del seno ubérrimo de su madre. Estaba ya muy crecido para tantos mimos. Además, era un engorro en el trabajo para la pobre mujer. Y ella, la bobalicona, complacíase en saciar el hambre insaciable del crío, cuneándolo sobre las piernas y cantando para dormirlo.

No pudiendo contener el enojo, dijo :

— ¡ Asco de críos !

Pino, sintiendo sublevada su maternidad en promesa, como si desde el fondo de la entraña una voz misteriosa la incitara á la protesta, contestó con brío :

— ¡ No; eso, no !

— ¡ Bah !... ¡ Que también estás clueca !

— Mejor.

— ¡ Cuidao no se malogre !

- ¿Qué?...
 — ¡ Como es tardío !...
 — ¿ Por qué ?
 — ¡ Y es de *jable* !

La alusión era cruel. Recordaba Fula, á medias, con alevosa insidia, el comentario que pusieron algunas mujeres á la aventura con los pastores en el arenal, en el *jable* inmenso que se extendía á espaldas de la Caleta.

Pino tiró la red, trémula de coraje y con ardores de pelea.

- ¡ Mientes !
 — Cuento lo que cuentan.
 — Lo que tienes es rabia. Castigo es no tener hijos. ¡ Machorra !
 — ¿ Yo ?

Levantóse bruscamente, con salto de bestia herida, Fula, descompuesto el rostro, en la mano la larga aguja para recoser la red centelleando reluciente como un arma homicida. Todo el amargor de su vida, los odios que más secretamente guardaba, pareció que se le agolpaban á los ojos, relampagueando en el mirar hosco y fieramente en cólera encendido.

Pino hizo también ademán de alzarse, pronta á repeler la acometida.

Mas la voz de Pepa las contuvo. Ya regresaba á la playa con el chiquillo « al cuadril. »

— ¡ Solajero !... ¡ Ma¹ arregostao estás !

Por la actitud y por las frases que entre las dos mujeres se cruzaban, Pepa comprendió que corrían aires de riña. Primero las habló con enojo, después tomó las disputas de ellas á risa.

— ¡ No faltaba más !... Dos cabras en el ganado, y ¡ á embestidas !

Dejaron al momento las dos sus ademanes de pelea. Al enredarse en las disculpas, cohonestando cada cual su actitud de ira, echándose de parte á parte en cara la responsabilidad de la provocación, casi vuelve de nuevo, agriándose las voces, insinuándose las frases despectivas, á reanudarse la lucha, felizmente abortada.

— Nada; paz y buena compañía.

No salía de su estribillo Pepa. Y á guisa de comentario, añadía :

— Tocante á los hijos, por más que se siembre no siempre hay cosecha.

Terminó á satisfacción el incidente. No había que hacer aspavientos por la riña de aquel día. Disputas entre todas ellas, alternando las tres, era cosa corriente por los más fútiles motivos. Gracias que siempre quedaba una para inter-

venir, reconciliar los ánimos y deshacer los enojos.

Días después, estando ya en tierra los hombres de regreso de la pesca, mientras fumaban charlando en corro, Pepa comentó la soledad de chó Julián, que pocos días antes había reaparecido en la ranchería. Todos se apiadaban de él, que parecía haber perdido su festejado buen humor de antes. Notábanle en ocasiones como distraído, sin ganas de charla, él tan comunicativo, tan palabrero en años anteriores.

— La viudez... — apuntó con socarrona malicia Bastián.

— El calor de mujer, engorda — añadió Pancho, mirando á Pino con galante insinuación.

— Y ellas también engordan — refunfuñó á su vez Merto, con ingenua insolencia.

— ¡ Gallón !

— ¡ Caboso !

Así gritaron, saliendo al desquite de la frase del muchacho, Pepa y Pino, con arrestos reñidores.

— Pues, el pobre chó Julián... — añadió Pancho queriendo reanudar el hilo de la interrumpida conversación.

Todos volvieron á ella.

— Pena da...

— Pues creo que mujer no le había de faltar si quisiera.

— Paréceme también.

— No le pone mala cara á Fula.

— ¿A mí?... — gritó ésta con mal reprimida cólera.

— Sí; mírate á veces de reojo — agregó Pino —, y riése con tu reir.

Encendióse en color vivo el rostro azulino de la viuda; sus labios temblaron pálidos, mientras su ojos intensificaban su mirar fiero, desafiador y agresivo. Mas, al darse cuenta de que los hombres estaban allí, sus ánimos reaccionaron, desmayando sus cóleras en un resquemor sordo que ocultó muy adentro.

— A mí, no. Ya ves, ¡ soy un desperdicio !

Y al callar, clavó sus ojos en los de Pino, continuando la charla en corro, los marineros fumando las culotadas cachimbas, las mujeres remendando la ropa rota y recosiendo la descosida. Al caer la tarde, se le agregó chó Julián, acansinado del laboreo del día.

No obstante las paces, siempre se le quedó á Pino fijo, como espina clavada, aquel hosco bri-

llar de los ojos de Fula al mirarla. Era una obsesión tenaz que la dominaba, haciéndola á veces calofriarse de miedo.

Ahora parecíale á la muchacha que la espían constantemente los ojos de Fula. ¡ Qué raro ! Fula tratábala con mimoso agrado y desvivíase en complacerla. Pero, aquel mirar sañudo no podía olvidarlo.

Contó sus temores á Pancho. Rióse éste con burlona carcajada.

— ¡ Bah !... ¡ Figuranzas !... ¡ Antojos !...

Y el patrón miraba con malicia á su mujer, como recordándola su estado.

— Se te pasarán.

No volvió Pino á declarar sus recelos. Si su marido se había mofado de ellos, ¡ cómo iba á reírse Pepa, de contárselos !

Cuando había que ir por agua, Fula hacía el viaje.

Á Pino cualquier esfuerzo, el peso de la misma carga, tan penosa jornada andando al sol, podrían acarrearla un grave percance.

Nada más que trabajos de mano. Cocinar, repasar las redes y darle vuelta al pescado puesto á secarse, no causaban grandes fatigas. Eso haría Pino. Las faenas rudas, hacer leña,

lavar en los charcones la ropa de la gente de la barca, reservóselos para sí Fula.

Todos elogiábanla. Ni una madre haría más por la muchacha.

Pepa, entre envidiosa y contenta, solía decir á Fula :

— Buen regalo eres pa Pino.

— ¡ La probe no pué ya con las tablas !

El mismo Pancho, queriendo pagar los afanes de Fula con la honra de un padrinzago, prueba de confianza y de agradecimiento, entre ellos la más alta, un día díjola, mientras cenaban en corro la gente de las dos barcas :

— Gustoso soy de ser compadres, Fula.

— ¿ Yo?...

— Quiero que me lo cristianes.

En los ojos de Fula brilló la mirada de las grandes cóleras recónditas, sañuda y trágica. Luego, suavizando la voz, en un instante de risa, respondió :

— Pues, ¡ apalabraos !

VII

AL ABORDAJE

Navegaba de bolina, en la gran ensenada entre Lanzarote y la Graciosa, la barca de Bastián. Iba con rumbo á Las Bajas, buen sitio de pesca y sobre todo de marisco, donde había de fondear.

Al enfrenar, de banda, el Rio, advirtió que venía también, sin duda con igual rumbo, la barca de Mereje, del cabildo mareante de la Caleta del Cebo. Intentaba, conjeturando con acierto, pasar por proa la barca de Bastián.

— ¡ Ladrón ! ¡ Verás !...

No podía contener la cólera el patrón. No solamente se atrevía la gente del otro á pasarse á los mares de acá, sino que también, echando facha y alardeando valentías con la barca, que traía la vela desplegada y con buen viento, quería « majarle » navegando. Aquello era, sobre la burla, un agravio. No podía consentirlo, sin quebranto de la buena fama de su barca velera y de sus corajes y pericia de patrón. ¡ Poco se

iban á reir los de Arrieta, aquellos envidiosos acampados en la Caleta del Cebo, cuando Mereje se ufanara á la noche contando el lance y poniendo depresiva animosidad al celebrar su vencimiento !

Ciñó bien el viento, desplegado el trapo, y con ojo de lince, la mano en la caña del timón, sondeaba el mar para sortear hábilmente las ondas y que la barca, en su carrera, más y más avanzara.

Pero la otra barca, impávida, insolente, con su vela blanqueando, henchida y rechinante, al sol, continuaba su marcha acercándose, con amenaza de pasar. ¡ Con qué fanfarrona insolencia asaltaba las ondas, rompiéndolas en espuma con la roa, dejando detrás el surco de su quilla, que rápida se deslizaba cortando el haz calmoso de las aguas !

Muy delantera iba ya la barca de Pancho. ¡ Y aun quizás pretendería alcanzarla y pasarla la barca repintada y fantasiosa de Mereje !

— No, lo que es la mía — decía Bastián —, ¡ no la pasa ! ¡ Cascajo !

La otra, poco á poco se acercaba. Al cogerla una ola, empinaba el casco de proa, enseñando un trozo de quilla, y la tablazón mojada refulgía al sol. Apenas, en estos vaivenes, oscilaba la vela

tensa por la brisa que la henchía. Ya alcanzaba á ver Pancho la silueta de Mereje á popa, fumando con desdeñoso abandono, y el eco de su cantar amodorrado, corriendo sobre el lomo hinchado de las ondas, al soplo de la brisa, llegaba hasta la barca de Bastián con dejos agresivos de insulto y reto. Sobre los bancos, sentados, destacábanse de medio cuerpo arriba los dos marineros asalariados con Mereje. Y los remos descansando y la vara de la gueldera á popa, también diseñaban claramente su perfil.

Desvióse un poco la barca de Mereje, intentando ganar la delantera, evitando un choque á la barca de Bastián. Pero éste conoció al punto la maniobra y la burla. Guiñó el timón, y puso proa á la barca de Mereje.

— ¡Allá vamos! — gritóles Bastián, erguido, transfigurado por la cólera —. ¡A pagarlas, repodridos!

No contestaron de la otra barca, pero maniobraron para evitar un choque.

— ¡Robones, aguardáos! — continuaba gritando el patrón, ya sin sombrero, las enmarañadas greñas al aire. Cleto remangóse la camisa, dejando al descubierto sus brazos fuertes y velludos.

— ¡ Listo, á la escota !

Merto obedeció pronto á arriar la vela á la voz de mando.

En tanto, la barca de Pancho procuraba cortarle el paso á la barca de Mereje. En la de éste los hombres también preparáronse. El patrón gritóles, ya también enardecido por el coraje, viendo la lucha á golpes inevitable :

— ¡ A los remos, muchachos !

Acercábanse las barcas é iban casi á juntar los cascos, abordándose.

Desvió el choque Mereje, y rozándose los costados, pasaron las barcas, y entonces, de borda á borda, comenzó la lucha desesperada. Á un golpe de un remo, reciamente descargado, desgarróse la vela de la barca de Bastián, y la percusión de otro golpe de remo sobre el casco lo hizo crujir ásperamente como si se astillara. En tanto, esgrimida la vara de la guelderá por Merto, había herido en la cabeza á Mereje, que comenzó á sangrar, tiñendo de rojo su cabello hirsuto y su copiosa y negra barba.

— ¡ Ay ! ¡ Me ha matado !

Clamó así Mereje y se vió que flojeaba su mano en el timón y que su cuerpo hacía por tumbarse sobre el eito.

Las barcas, desarbolada una, la otra sin gobierno, separáronse al empuje de las olas y del viento.

— ¡ Mestre, hace agua !

— Achica.

Comenzó Cleto á desalojar el agua, mientras Bastián, sacando estopa de la caja de los « apatuscos », procuraba reparar la vía, calafateando provisionalmente las resquebrajaduras del casco de su barca.

El vocerío de las mujeres, al enterarse del lance, fué ensordecedor en los primeros instantes. De la indignación pasaron al regocijo. ¡ Siempre los de acá quedaban triunfantes !

VIII

PESCA DE ALTURA

— Ya orzan...

Efectivamente; las dos barcas, que se habían remontado hasta poder enfilear el estrecho entre la Graciosa y Montaña Clara, á un guiño del

timón y á un movimiento de la escota, cambiaron rápidamente el rumbo tras un breve instante de trapear las velas hasta coger de nuevo el viento.

No tardaron en perderlas de vista las tres mujeronas que escrutaban la derrota de las barcas desde la playa. Con buena brisa éstas navegaban ahora á un largo. Iban, como siempre, en parejas á la pesca de altura. La de Bastián, el marido de Pepa, navegaba delantera, y á corta distancia seguía la de Pancho.

Hasta dentro de cinco días no habían de retornar, y eso si la pesca era de provecho. Para más tiempo llevaban víveres y agua á bordo.

Nada se les había quedado en tierra. Ante todo, embarcaron los faroles que señalan la situación.

Sin ellos puede pasar por ojo á las barcas cualquier gran navío que navega á rápida marcha. Bien lo atestiguaba la trágica muerte del padre de Merto y los compañeros que iban en la barca. No se oyó más que un grito en el momento del abordaje. Ni siquiera se encontraron los cadáveres, buscados afanosamente en la obscuridad de la noche y en el silencio de

las aguas, recorriendo el mar en torno al sitio de la catástrofe.

Ya no se arriesgaban tanto y eran más precavidos. Los viejos hacían la pesca de altura á muchas millas de distancia; pero sus barcas eran también mucho más grandes. Corrían innúmeros riesgos; pero, en desquite, eran enormes las ganancias. Llegábanse hasta los Salvajes, islotes del dominio portugués, que traicioneros, sin faro ni señales que los denuncien, asomando á flor de agua, destrozan unos cuantos navíos todos los años, y á cuyas orillas vienen á encallar, muertas, las ballenas que han herido los arpones de los bergantines holandeses que pescan en el Atlántico. Y cuando no se remontaban al Norte, corríanse « al Moro », al zoco de la costa baja del África fronteriza.

Eran aquellas jornadas más largas. Hasta un mes llegaron á invertir, bien contado, á la fecha del regreso á la Graciosa.

Ahora esa pesca en las cercanías del Sahara fronterizo, cuyo vaho caliente de desierto da el embate no muy de tarde en tarde en Lanzarote, y cuyo polvo rojo de arena retostada por el sol llega á la isla también frecuentemente, ensombreciendo el cielo y apesadumbrando el aire,

queda para los costeros con buen casco y mucho velamen.

No se alarga ahora la jornada más allá de seis días. Las lanchas son más pequeñas y no sirven más que para el trajinar cerca de las costas. Avanzan poco. Se aventuran unas cuantas millas más allá de « la última tierra ». Pero siempre dominando la costa. Ya les acompaña la luz del faro de Alegranza, que les vela el trabajo durante las noches; ya les muestra su silueta la islilla Roque del Oeste. Siempre procuran alejarse de éste. Causa pavor aquella ingente mole inabordable, sombría amenaza en pie, como un monolito colosal, que negra, accidentada, trágica, se levanta en medio del mar, donde sólo anidan las gaviotas, orgullosa en su altivez de no haber sufrido nunca, en el transcurso de los siglos, la planta del hombre. Bien es verdad que nada ofrece á la codicia humana. La dura roca muestra, implacable, su desolación angustiosa y desafía, irguiéndose á la altura, coronada de picachos, con la bravía rudeza de sus cantiles. Hacia Alegranza era el rumbo que llevaban las barcas de Bastián y Pancho. Caso de sorprenderlas algún temporal, vendrían de arribada á la costa de aquella isla, y si la

cerrazón no amainaba en algunos días, la playa era buena para varar, y en el cortijo la gente era hospitalaria con los barqueros.

El tiempo estaba bonancible. Los bancos pesqueros, á la sazón, debían hallarse abundantes. Tornarían con las barcas llenas. En cinco días de trabajo no era extraño volver con unos cuantos quintales de pesca.

Á la vela estuvieron todo el día hasta hallar puesto. Situáronse para comenzar la faena por la noche, no sin disputar antes Bastián y Pancho el lugar donde había de efectuarse el fondeo. Tirando á puñados el *engodo* exploraban el mar.

De barca á barca gritaban los dos patrones determinando el sitio :

- ¡ Avante !
- ¡ Mejor á barlovento !
- ¡ Hay mar picáa !

Así estuvieron largo rato, navegando, sin ponerse de acuerdo.

Resuelto ya Bastián, mandó á los suyos :

- ¡ Arrien !

Cayó pesadamente la vela, mojando en el agua sus pliegues. Pancho no tuvo más remedio que imitarlo, acercando su barca á la compañera.

Tiempo había por delante. Si no les iba bien en aquel sitio, ¡ á remar de nuevo !

En la niebla del anochecer señalábase la silueta de Alegranza y el parpadeo misericordioso del faro vigilante, como un buen padre, desde la alta roca. Las demás islas borraban, á tanta distancia, sus contornos en la sombra. Acaso cuando el alba clarease se distinguirían mudas, lejanas, impasibles las riberas batidas por el mar.

Quizás á la misma hora, las mujeronas en la playa de la Graciosa, al amor del fuego, comenzarían el rezo acostumbrado por los ausentes y todos los navegantes que cruzan los mares. Y se oiría la voz de Pepa :

— Dios te salve...

IX

FRENTE Á FRENTE

Lió en la mano Pepa un pedazo de vela vieja é hizo el ruedo. Colocado sobre la cabeza, puso sobre él, equilibrándolo, el barril.

— ¡ Fula ! — gritó.

Asomóse ésta á la puerta de la choza.

— ¿Qué es?

— ¿Vas por agua?

— Tengo. Tocóme viaje antier.

Luego gritó á Pino, que atizaba el fuego de una hoguera de codezos donde asaba unas *jareas*. Crepitaba la leña seca, con llama viva, humeando copiosamente. El olor del pescado que las brasas tostaban esparcíase en torno, acre y apetitoso. Las ascuas, con el salitre de las *jareas* chisporroteaban, mientras Pino avivaba la llama aventándola con la *sombrera* de palma. Á estilo moruno, el pañuelo envolvíala la cara, no dejando al descubierto más que los ojos, y cruzadas las piernas, sentada en el suelo, movía afanosamente, á guisa de *abanador*, la *sombrera*, para que las llamas se mantuviesen vivas.

— Pino, cuidame el crío.

— Á ello quedo.

Tenía Pepa que ir sola. En las chozas de los compañeros había agua. Necesitaba recorrer la larga distancia entre Playa Francesa y La Sociedad. Aquí esperaba hasta que una barca llevase á llenar el barril en la fuente de Agusa. Corría ésta, brotando en un hueco del risco de

Famara, estérilmente al mar. Como una ironía cruel, este naciente de aguas vivas, el único de la isla, dejaba caer su chorro, constante y desconsolador, sobre las ondas salobres.

— Me parece que te vas á entripar.

— No descargará.

— ¡ Mira, chubasco !

Pino señalaba al cielo, cubierto de nubes más allá de la Alegranza. De vez en cuando venía un soplo de aire húmedo.

Pepa marchóse. No tenía miedo á la lluvia. Sería un pasajero chubasco. De sorprenderla en el camino, se guarecería al zoco de una tabaiba. Si lograba llegar antes de que descargara el temporal, hallaría fácil asilo en cualquiera de las casas abandonadas de la Sociedad, sin puertas, entregadas á las inclemencias de los cielos.

Bien vendría la lluvia que se anunciaba. Fecundaría la tierra, daría pastos en abundancia y pronto llegarían los pastores al frente de sus rebaños. Además, la isilla perdería su aspecto desolado, de color rojizo la tierra, verdeando hermosamente transformada. Sobre todo, ¡ con qué fruición todos olfateaban el vaho de la tierra mojada ! Acostumbrados á la sedienta sequedad de los campos, durante años y años, no ya e

esplendor de la hierba verdeante y fresca, sino el perfume acre y húmedo de la tierra que la lluvia refrescara, daba á sus rostros un viso de alegría y á sus espíritus un ímpetu de contento instintivo é inexplicable.

Camino adelante, Pepa marchóse con el barril á la cabeza, engañando el silencio de la jornada con cantares. En el aire pesado, el eco de su voz corría á perderse más allá de las montañas de la isla y en la soledad inmensa de los mares.

Pino trájose á su choza el chico de Pepa, que lloraba. Tenía que coser de firme después de yantar. Iba en su tarea muy retrasada. Ahora, en estos días que estaba libre sin el trajín de los menesteres de las barcas, necesitaba no dar paz á la aguja, preparando los trapos para cuando al chico le diese ganas de venir al mundo. No sería hasta el estío, los meses mal ó bien contados, pero era necesario que se encontrase siquiera con pañales.

Fula reemplazó á Pino en el fogón avivando las ascuas. Ya estaba en su punto el condumio. Tostada la pulpa del pescado seco, reblandecido por la lumbre, chorreaba una pringue que olía apetitosa. Remangóse las mangas, y en el zurrón amasó el *gofio*.

Antes de ponerse á yantar, llamó :

— ¡ Pino ! ¡ Eh ! ¡ Pino !

— ¿ Qué ? ...

— ¿ Me acompañas ?

— Tengo aquí el mío.

De pronto cayeron gruesas gotas, y ambas salieron de las chozas, despavoridas, á la playa.

— ¡ El chubasco !

— ¡ Se nos moja el pescado !

Corrieron presurosas al *bajo*. De mojarse, todo el pescado se pudriría. Entonces, ¡ cuántos afanes y riesgos malogrados !

Se venía encima el aguacero. Las recias gotas menudeaban; bruñían la roca viva de la marisma, donde, tendido al sol, abierto, el pescado se secaba; sonaban con chasquido áspero al caer sobre las olas, y transformaban el color de la rojiza tierra del contorno, haciéndola más obscura, menos hosca y áspera.

— ¡ Las canastas ! ¡ Las seretas !

— ¡ Y las traperas !

Trajeron todo. Rápidas recogían el pescado, porteándolo á la cabeza hasta las chozas.

No acabaron la faena.

— ¡ Más aprisa !

— ¡ No puedo ! ...

— ¿Qué haces?... Ayuda.

— Pero, yo...

Fatigada, como implorando lástima, Pino indicaba á Fula su vientre hinchado que la molestaba. No podía. Quejábase, acosada de dolores por el esfuerzo del acarreo hecho á la desesperada, con gemido febril, como si le arrancase del fondo mismo de la entraña. Había empalidecido y en sus ojos había una expresión de suprema angustia.

— ¡ No puedo, no me valgo !

— Harelo yo.

— Si estuviese Pepa, te ayudara.

Irguíóse Fula. No se había dado cuenta hasta entonces de la soledad en que estaban. Nunca habíase presentado ocasión igual.

Ahora los hombres estaban á la mar por algunos días; Pepa, con el agua, no había de regresar hasta muy cercana la noche.

Fula sintió una alegría salvaje. Á punto estuvo de saltar, con brinco de perro de presa, sobre aquella mujer que, acosada de dolores, gemía con gemido de bestia enferma. Contúvose de pronto.

— Es sofoco. Coge aire.

Ella misma le desabrochó el corpiño, dejándola al descubierto el seno y le aflojó las cintas

de la falda. Pino respiró entonces mejor. Como llovía, dijola :

— Más acá... Bajo el socavón.

Llevóla, dando el hombro á Pino para que se apoyara, hasta el *beril*. Allí, la roca cortada en cantil, caía sobre el mar. Abajo, el agua batía encrespada, espumante, revolviéndose en remolino, y hervía con resonante clamor. Subía hasta la altura un aire fresco, acuoso, reconfortante.

— Asíéntate.

Se estaba bien allí. Poco á poco iba cediendo la fatiga. El aire del mar, con el descanso después del esfuerzo, reanimaba á Pino.

Fula, asomada al cantil, miraba fija el vaivén loco de las ondas que contra la roca, embravecidas, entrechocando se estrellaban, rompiendo en rumores y en espuma.

— ¿Te alivias?

— Sí; se me pasa.

Maquinaba Fula. El agua, negra abajo, incitaba con tentaciones irresistibles.

— ¡ Las *sardas* !

— ¿ Muchas? — preguntó Pino.

— Sí; ¡ cuántas ! Míralas... Riñen.

Acercóse Pino. Abajo, entre la negrura de las aguas que sombreaba el cantil, las *sardas*,

aquellos peces monstruosos, embestíanse á dentelladas. Abrían las fauces enormes persiguiéndose á ras de las ondas. Cuando en las acometidas se revolvían, brillaban repulsivamente blancos sus vientres y negreaban los lomos con erizadas espinas.

Disputábanse una presa. Huyendo la acometida de las otras, una *sarda*, con movimiento rápido, salió á flor de agua. Los dientes trituraban un tirajo de pellejo. La pelambre amarillosa indicó á las mujeres la víctima.

— ¡ *Turco* !

Habíase levantado Fula. Pino continuó mirando cómo las *sardas* monstruosas despedazaban la piltrafa del pobre animal.

Sin duda lo habían sorprendido en la playa y ahora se lo disputaban en festín.

De pronto sintió Pino sobre sus hombros el apretón, como garras, de las manos de Fula.

— ¡ *Ladróna* !

Encendidos en ira los ojos, parecían aún más azulinos los reflejos en la cara morena de la viuda.

Sorprendida Pino, con temblor de miedo en la voz y mirar suplicante en los ojos, solamente contestó :

— ¿Yo?

— Sí, me lo quitaste. Era mío.

Brutal en su cólera, derribóla en tierra descargando el pie sobre el vientre de Pino.

— ¡ Mi hijo !

— No se lo di yo. Por eso me dejó. ¡ No se lo darás tú !

Al revolverse, con instinto defensivo, la muchacha, huyendo, rodó por el cantil. Se oyó un grito trágico en el aire y un golpe en el agua. Después, silencio.

X

EL REBOSO

— ¡ Uf !, malo... Se nos viene encima.

Cabeceó intranquilo el señor Jenaro olfateando el aire.

Allá, muy distante aún, sobre el hirviente lomo de las ondas, al soplo de un viento recio, se corría la turbonada bahía adentro. Aquella cerrazón anunciaba lluvia y vendavales.

Se había obscurecido el cielo, á trechos ilumi-

nado por resplandores cárdenos. Negra, pesada, con torvo ceño, avanzaba la neblina á ras de las aguas.

El son del mar, de pronto, habíase tornado grave, cóncavo, con siniestra resonancia en el ámbito anchuroso.

— Si no salta el brisote, *reboso* en puerta.

Corrió el viejo á recoger el chaquetón de mar que tenía secándose. Después, vigilante, recorrió los almacenes para ver si las puertas estaban bien cerradas. Con aquel ventarrón que se venía encima á toda prisa, de hallar entrada libre en los almacenes donde estaban recogidas las barcas en descanso, no iba á quedar techumbre sana. Un soplo de aire fuerte bastaría para resquebrajar la *torta*, tosco amasijo de paja y barro.

No tardó en intensificar su clamor de cólera el broar de las aguas. Rompían sobre las restingas escupiendo salpicaduras á lo alto, y llegaban á la playa, con ímpetu avasallador, embravecidas y espumantes. Á la hora de la pleamar, las olas cubrirían las marismas con ronco rumor al arrastrar los trozos de peñascal sueltos que encontrara al paso, golpeándolos, moviéndolos, arrojándolos á largos trechos con empuje titá-

nico. También con el crecimiento de la marea, como siempre en los días de reboso, intentarían las olas franquear el límite de la playa, rebasar el declive, llegando en el avance hasta cerca de los almacenes.

Con ojo avizor, desde la puerta, el viejo Jenaro atalayaba la bahía por si alcanzaba á ver las barcas. ¡ Con la cerrazón no se veía más allá de la barra !

— Lo habrán oído... Pintaba ya esta madrugada.

La lluvia comenzó á caer. Sonaba el gotear copioso sobre las ondas con áspero chasquido. Las gaviotas, sorprendidas á distancia, en plena mar libre, pasaban á ras de tierra despavoridas; su agudo graznar dejaba un eco doliente, la sensación del desamparo infinito y del espanto á morir. Algunas, alocadas, incierto el rumbo en la obscuridad y entre la lluvia, chocaban con las paredes de los almacenes, revolcándose en el suelo un momento y emprendiendo después el vuelo, en huída de miedo, llano adelante.

No pudo el señor Jenaro dormir en toda la noche. Con la puerta abierta, sin luz, tirando de la pipa, mientras el frío le llegaba á los huesos aun resguardado el cuerpo por el recio chaque-

tón, espiaba intranquilo el avance del mar, cada vez más airado y clamante. Cercano, arrastrándose las olas con tremendo esfuerzo, lo oía socavar la arena de la orilla, ansioso de arrasarlo todo y anegar la llanura, queriendo extender sus dominios unas cuantas brazas más tierra adentro por el llano, que después dejaría empapado de salitre, más estéril aún y con la espuma de sus furores señalando el límite que alcanzó su poderío.

No se le quitaba al viejo de la memoria ni un instante el recuerdo de los suyos. El temor del propio peligro cedía al cariñoso afán por los ausentes. Sin embargo, allá, en la Graciosa, no se corría riesgo alguno. Lo que era de temer es que la turbonada hubiese sorprendido las embarcaciones á la mar.

Hasta el viento que venía de afuera parecía fingir voces angustiosas de seres humanos pidiendo socorro, en trance de muerte, con desesperadas ansias de vivir.

Fué triste la luz madruguera. Todavía escuchábase el broar de las aguas y el eco de rumores trágicos mar afuera.

En la playa, delante de los almacenes, habían las olas agolpado la arena y sobre ella negreaban montones de *sebas*, arrancadas del fondo de los

mares por la resaca y arrastradas en la pleamar hasta la orilla.

Tendió la vista en derredor el señor Jenaro. El inmenso litoral aplacerado que se corría á lo largo de los riscos en cantil de Famara, borrado el color oro de la arena, era una mancha negra. La muralla de *sebas* se extendía por toda aquella parte de la costa. Cuando se serenara el tiempo, convertiríase, al secarla el sol, podrida por el agua salobre, en basura mal oliente, cuyo vaho la brisa del mar llevaría tierra adentro, á muchas leguas de distancia, hasta el riñón mismo de la isla, salvando el llano y repasando las cimas de los montes.

Ante el espectáculo de la playa resurgieron en el señor Jenaro las codicias.

— ¡ Hay faena !

XI

AL « JALLO »

Aunque cabeceaba de sueño, por la noche última pasada sin dormir, el señor Jenaro deci-

dió ir al *jallo*. No era cosa de esperar. Si al mar le atacaba de nuevo la cólera, no era extraño que se llevase cuanto había dejado en la playa : esas inmundicias con que los hombres afean la limpidez de sus aguas. De vez en cuando, ya exacerbado el enojo, las escupe con asco á la tierra. ¡ Que las recojan otra vez los hombres !

Sentía interiormente el viejo la comezón de su gran codicia. ¡ Si encontrara algo de valía ! Él había esperado mucho tiempo sin lograr la promesa de un buen hallazgo. Al mar había fiado siempre la inquietud de sus ambiciones. ¡ Eran tan amigos !

Echóse al hombro el *bichero*, por si necesitaba utilizarlo para algún arrastre, y marchó playa adelante. La faena era dura. Había que ojear el agua por si en ella sobrenadaba algún objeto flotante, y era preciso husmear entre las *sebas* por si entre ellos se escondía algo. Con el rebose de la noche anterior, era imposible que el mar no hubiese traído á tierra *jallos*.

Toda la mañana recorrió inútilmente un corto espacio del litoral. No hallaba cosa importante. Unos trozos de corcho, que le servirían para las redes, y unas tablas que acomodado no les había de faltar. Las fué amontonando. Con

calma haría el transporte hasta el almacén.

Al medio día retornó para yantar. Despachó pronto para volver sin dilación al ojeo.

— ¡ Magua que no se dé buen día !

No le engañaba la esperanza. En seco, sobre la playa, halló una cesta de mimbre. Cubiertas de musgo las paredes, adheríanse á ellas también los percebes, como una costra repulsiva. Tenía en los bordes algunos desconchos. Sin duda, los peces habían jugado con ella á mordiscos. El viejo examinó el estado y resistencia del hallazgo. Estaba útil.

Y siguió adelante. Más allá rompía la corriente que venía desde mar afuera. Aquel rincón de Famara, en el trozo de playa, era de lo más pródigo en *jallos*. Pero los marineros de la Caleta tenían rivales tremendos en los cortijeros de la Poseta, aquel vallecito verde, con huertas de tunerales y palmeras, destacando mejor el blanco de las casas, metido en la cañada, entre los altos riscos de granito. Solían los cortijeros descender también á la costa en busca de *jallos*.

No había ninguno aquel día en la playa. Desierta y silenciosa, ofrecíase sin cuidados á las pesquisas del señor Jenaro.

Paróse éste en firme y aguzó la mirada. Á una docena de brazas de distancia algo sobrenadaba en las aguas. Parecía nada más que una mancha oscura, un espacio de sombra.

— ¡ Una *manta* !

Pero no lo era. De ser pescado, por el movimiento se hubiese conocido.

— Algún manchón de *sebas*...

Fijándose bien no lo parecía. Negrearía el agua en mayor extensión. A más, con el vaivén de las ondas, en ocasiones aquel bulto enorme resaltaba sobre el haz de las aguas.

Inquieto, ya agarrada dentro la codicia, el señor Jenaro sentóse en la playa para vigilar el avance del objeto desconocido que flotaba, acercándose lentamente á la orilla. Aún tardaría en arribar.

Ya lo alcanzaba á distinguir confusamente. Rápido se puso en pie, gritando satisfecho :

— ¡ Una *tosa* !

Por la forma, no le cabía duda. Era un madero ancho, hallazgo inapreciable. ¡ Cuánta envidia iba á despertar ! ¡ Qué puñado de dinero había de coger !

Anohecía. Era un contratiempo, porque aún había de tardar el *jallo* en acercarse á la orilla.

Fué rápida la resolución del señor Jenaro. Clavó en la arena el *bichero*, señalando el sitio. Braza más, braza menos, allí había de encallar la *tosa*. Además, así quedaba testimoniado su derecho de primacía en el hallazgo.

Á la carrera llegóse al almacén y retornó con el hacho encendido, que dejaba un rastro de humo, mientras temblaba la roja llama al viento.

Ya estaba allí la *tosa*, á corta distancia de la orilla. Sentía el viejo el rumor del agua golpeándola. Remangóse el pantalón y metióse mar adentro, el hacho en una mano y en la otra el *bichero*. No importaba mojarse. Las olas llegaron á pasarle á la altura de los hombros.

Con el gancho del *bichero*, cuando estuvo cerca, quiso prender el *jallo*. Sonó un ruido seco, como son de madera golpeada.

— ¡ *Tosa* !... ¡ *Una tosa* !...

Desbordóse la alegría del viejo. ¡ Al fin ! ¡ Tantos años esperando la fortuna, que no venía ! ¡ Y otros se la llevaban !

De nuevo tiró el *bichero*. Oyóse el mismo rumor áspero, pero ahora el gancho había agarrado. Tiró con fuerza el señor Jenaro. ¡ Qué pesada !

Volvióse hacia la orilla y empezó el arrastre.

Sudaba fatigado, no obstante favorecer su esfuerzo con el empuje de sus olas el mar.

Ya estaba... Á la luz cárdena del hacho miró. Con ojos de espanto vió el cuerpo verdoso de Pino, y el vientre brutalmente hinchado. Soltó, temblando, el mango del *bichero*, cuyo gancho tiraba del manajo de cabellos enmarañados.

Y sollozando, repetía con doliente estribillo :
— ¡ Lo que la mar se lleva, la mar lo trae !

EL JUSTICIA DEL LLANO

EL TOQUE DE ÁNIMAS

Restregóse los ojos llorosos con los puños, y encarándose con su hermano, que echaba humo por nariz y boca, adoptando un aire bravucón, le dijo :

- ¡ Qué, ni una calera !
- Mejor, más que mejor.
- Me ajogas. ¡ Uf !
- Aguántate.
- Se lo digo á mare...
- ¡ Cuentera !

Y la chica dió un golpe con la mano al cigarro del muchacho y empezó á patear los despojos del *rascabuche*, que al caer al suelo había esparcido sus menudos trozos de tabaco fuerte y de papel recio. Encolerizóse Masillo ante tamaño agravio y devolvió con creces los golpes. Era

mayor que la hermana, pues ya contaba sus seis años, y la dominaba á su antojo :

— ¡ Camello !

— ¡ Soplona !

— ¡ Tabobo !

— ¡ Que te rompo la jeta !...

— ¡ Ay !, ¡ ay !

Nada podía sentir más el chico que aquel desaguisado de su hermana estropeándole el cigarro. No poco trabajo le había costado tenerlo, y aun algunos golpes de otros muchachos. Á la salida de un bautizo, aquella tarde, el padrino había tirado al aire un puñado de cigarros para que la chiquillería los recogiera *á la rejatiña*. Tiráronse varios á recogerlos, en montón, revolcándose en el suelo, á puñetazos y coces, desgarrándose las largas camisas hasta los pies, únicas prendas que vestían sus desmeдрados cuerpos.

Masillo había conseguido, mediante un regular *chichón* que recibió en la cabeza y un mordisco que diera á un compañero, hacerse con un cigarro. ¡ Y ahora que lo saboreaba, aquella *perra* de Lelé se lo estropeaba de un manotón !

Corajiento, empezó á rebuscar en el bolsillo de la camisa.

— Fumo y fumo. ¡ Rabea !...

Sentóse de nuevo en la estera Lelé sollozando. No cesaba su hipar doliente y de vez en cuando miraba á su hermanito, con ojos de rencor. Cortaba, á intervalos, los sollozos para repetir :

— Á mare se lo digo. ¡ Ya verás la *tunda!*

Quizás por miedo á los azotes que le esperaban, tal vez por lástima del irrestañable llanto de la chica, Masillo cambió poco á poco de actitud, degenerando su fiero enojo de antes, por trámites, en un mimoso requerimiento á las paces.

— Cállate, y no te pesa.

— No quiero.

— Mira que no te doy...

— ¿ Qué?...

— Una cosa que tengo.

— Dácala.

Masillo rebuscó bajo la tosca cama, donde dormían los tres hermanitos con la madre, allá en un rincón del cuartucho, escondiéndose bajo la colcha, que llegaba hasta el suelo.

Sonó una música extraña, pastoril, con dejos flébiles, haciendo escalas de notas volantes, agudas y temblonas.

— ¿ Es tuya la *capiadora?*

— La gané al trompo.

— Dácala.

— Pa « las misas de luz, » si madre nos lleva.

Ya se acercaban Navidades. Los chicos preparábanse para las misas de alba de la infraoctava, á las que acudían con sus toscos instrumentos levantando en el instante del Gloria, bajo las bóvedas del templo, aquel estruendo alegre, clamoroso, como el grito de júbilo de un pueblo que ahogaba las graves notas del órgano ya viejo.

— Dácala, — repetía con suplicante acento Lelé.

— Aspera.

Salió de debajo la cama llevando en la mano el tosco instrumento de canutos de caña, de distintos tamaños y diferente grosor, fuertemente unidos con fibras de pita.

— Te doy ... verás...

La chica sacó dos higos secos que le había dado la abuela.

— Trato hecho, — dijo el muchacho presuroso.

Con ávida glotonería se tragó la fruta regalada. No dió tiempo á que la hermana se arrepintiera. Por lo pronto le había cortado el llanto, y ya no abrigaba ningún temor de que su madre, al

llegar, le regañara y encima le diera un buen golpe de azotes. Bien sabía que la *capiadora* había de volver á sus manos muy pronto, por buenas ó por malas.

Estaban solos. Esperaban á su madre que había ido á lavar á la Poceta, como todos los lunes, llevando á lomos del borrico los talegos de ropa, y *al cuadril* la chica pequeña, Tina, de dos años, que al verse sin la maternal compañía, lloraba como un becerro.

La luz del candil apenas alumbraba un trozo del cuartucho, dejando en sombras los rincones. En uno de éstos, la pila del *tallero* dejaba sonar el ¡glú, glú! del agua cayendo, al filtrarse, gota á gota. Afuera, en el patio, el cerdo removía con ritmo lento, hociqueando, la piedra ahuecada donde le echaban la comida, por la noche vacía, con tenacidad de hambriento. Eran los únicos rumores que rompían el silencio del cuartucho cuando los muchachos cesaban de charlar.

El caserío envolvíase también en un grave silencio. Acaso oíase lejano el tintineo de la esquila de algún camello que conducían, después del trabajo, con retraso, á la gañanía, sonando con enorme lentitud, á compás del tardo paso de la bestia.

— Tarda mare.

— Andará de conversa.

Masillo, cansado de corretear durante el día, comenzó á dar cabezadas durmiéndose. Tendióse cómodamente en la estera para echar un sueño. Su hermana tiróle de las greñas, enfadada :

— ¡Upa !...

— ¿Tienes *sorimba*?

— Me entra miedo...

La chica volvió sus ojos á todos lados, escrutando los rincones llenos de sombra, con mirar inquieto, y su cuerpo estremeciöse con temblor nervioso. Nunca se había fijado en ello. Al pronto sorprendiöse aquel sombrero que se removía en la pared, alargándose y encogiéndose, sin darse cuenta de que lo proyectaba su propio cuerpo.

— Masillo, mira...

El muchacho miró y al instante incorporöse fanfarrón.

— ¿Aquello?...

Y se fué á la pared, descargando un puñetazo sobre el espantajo de sombras, mientras reía con aires de varonil denuedo.

Pero á la chica nadie la sacaba de su constante estribillo :

— Tarda mare.

À cada momento repetía la frase, como si fuese el ritornelo de un monólogo interior.

Nunca, es verdad, había tardado tanto Camila. Cuando no retornaba de la Poceta, á donde tenía que ir á lavar, ó del Puerto, á donde llevaba la ropa limpia, al sol puesto, apenas si pasaba un poco de anochecido.

Y aquella noche, ya en invierno, con los días cortos, hacía bastante rato que la obscuridad llenaba el cielo, envolviendo además pesadamente el caserío en que vivía la lavandera. Sin duda habría *pegado la hebra* con alguna vecina, y charla que te charla, se estaba pasando el tiempo.

Masillo comenzó á bostezar de hambre y de sueño, estirando descompasadamente los brazos :

— ¡ Tengo un *jalio* !

De pronto rompió el silencio de la noche el toque de ánimas. El plañido de las campanas rodó sobre el caserío, estremeciendo el aire, corriendo por las callejas, metiéndose puertas adentro en las viviendas calladas, largo, cóncavo, lúgubrementemente lastimero.

Lelé estremeciósse de miedo, y el mismo Masillo arrugó el entrecejo.

— Sí que tarda.

— Me entra miedo.

Lejano sonó el golpe de una puerta : era que cerraban la *lonja* de la esquina, allá al extremo de la desierta calleja. Su luz, que saliendo al arroyo era lo único que durante las primeras horas de la noche orientaba á las gentes que se aventuraban por aquellos contornos, ya no alumbraría.

Después los chicos oyeron también un cantar distante que lentamente se fué desvaneciendo. Y luego, silencio.

Ambos se miraron asustados. ¿Qué hacer? Lo mejor era irse á casa de los abuelos. Pero, ¿cómo atreverse, con aquella obscuridad, á recorrer de un extremo á otro el pueblo, solitario, envuelto en medrosas tinieblas? Además, la madre les reñiría.

Ahora, con mayores recelos, miraba Lelé á los rincones. Parecíale que, por momentos, iba á surgir una aparición de aquellas sombras espesas. Y la llama del candil oscilaba inquieta, y sacudidas por el viento, las maderas del ventano crujían, quejumbrosas, chirriando el hierro viejo de sus goznes enmohecidos. Hasta la cruz, alta, de gruesos maderos, que se alzaba junto á

la pared, en la calle, entre el ventano y la puerta, oíanla tambalearse, con rumor áspero, á cada ráfaga de aire fuerte, mal acuñada en el basamento, como si quejándose, en la soledad de la noche y en el desamparo de los hombres, abriese sus brazos desnudos al infinito.

— Sí que tarda...

— Me entra miedo...

Y se volvieron á mirar asustados.

Súbito resonó cercano el rebuznar alegre de un pollino. Su eco hizo saltar jubiloso el corazón de los chicos, que se incorporaron, acercándose á la puerta.

— Es mare.

— Abre.

Ya sonaban en la calleja los pasos del animal y los dos chicos salieron á la puerta.

Ya estaba allí el pollino, muy plantado, resoplando ávidamente, como ansioso de que le descargaran pronto y lo llevaran al pesebre.

En la obscuridad blanqueaban, con una blancura dulce, las talegas hinchadas sobre los lomos de la bestia, y los ojos de ésta, vivos, inquietos, resplandecían como lucecitas.

— ¿ Y mare ?

— Atracito venirá.

Lelé, á los pocos instantes, no pudo contenerse y comenzó á gritar :

— ¡ Mare !... ¡ Ah, mare !

Nadie contestó. Sobre el pueblo dormía el silencio de la noche, soledoso y triste.

Á lo lejos, el eco devolvió aquel grito de la niña :

— ¡ Ma...reee !

Lelé rompió á llorar.

II

EN LA MAJADA

El llano dormía en la mayor quietud, envolviéndose á la vez en el más profundo silencio. Algún soplo de brisa, que venía del mar, corriendo levemente tierra adentro, hacía rodar, con rumor apagado, los altos médanos de arena, que á la luz de la luna, clara y tranquila, á pesar de ser noche de invierno, resplandecía en la larga extensión del paraje solitario, inmenso yermo casi sin lejanías, con su color de oro, que

en la sombra nocturna era una mancha blancuzca, rebrillante.

Atravesando la llanura, de vez en cuando resonaba el grito agudo de alguna aguililla que marchaba, descarriada y sola, á buscar nido en las grietas de los escarpados riscos distantes, que cerraban con su cantil pavoroso y su crestería abrupta el horizonte.

Ya hacía rato que los cabreros se habían tendido á dormir al zoco de una aulaga salvaje, en torno á la que se habían arremolinado las arenas. En muchas leguas á la redonda, en todo el *jable*, no había caseríos. Un cortijo acá y otro allá, pero tan distantes, que era muy posible que sus moradores no se hubiesen visto ni una sola vez en la vida.

Habían charlado largamente los cabreros, á la claridad de las estrellas, después de cenar. Luego, fatigados de la jornada del día pastoreando los ganados, se habían tumbado á dormir cogiendo á placer el sueño.

Cerca de ellos, en los corrales improvisados y bajo la vigilancia de los perros, los rebaños también descansaban. Las cabras agrupábanse, apretujándose, echadas sobre la arena. Algún cabrito balaba de vez en cuando hambriento,

con llanto de niño, buscando el ubre repleto de la madre. Un carnero arisco embestía á un compañero, entablado reñida lucha, y el áspero choque de los cuernos sonaba estridente, indicando la intensidad de los ímpetus enardecidos. Pero el ladrido corajiento y los mordiscos del perro vigilante los volvía al forzoso sosiego. También el macho cabrío, desvelado, revolvíase sin cesar entre la manada, corneando á discreción, despabilando el hato con su balar embravecido de celoso.

Un pastor, despertando sobresaltado, gritaba incorporándose apenas :

— ¡ Jurria !... ¡ Jurria, acá !

De no apaciguarse el rebullicio del rebaño, incitaba al perro para que pusiese orden.

— ¡ Turco !... ¡ eh !

La noche era tranquila. Calmoso y sereno el aire, la arena empapada por las lluvias últimas echaba de su seno un vaho helado, que hacía tiritar á las reses en los apriscos. Los pastores también se habían envuelto en sus mantas de pelo de cabra, recias y pesadas, para resguardarse de la humedad del suelo y del frío del aire. Los cinco dormían juntos, y entre el respiro de todos oíase roncar á *Chibusque*.

Ya hacía tiempo que en el silencio de la llanura, á lo lejos, estremecía el aire el ladrido agudo de un perro. Fué el primero en oírlo *chó Am*, el pastor más viejo, á quien despabiló.

— ¡ Condenao !

Incorporóse, creyendo que era de la majada y que andaba tras de alguna cabra extraviada.

— ¡ Turco ! — gritó.

Y al instante vino el perro. Echado al lado de los pastores estaba *Atrevido*, otro de los perros. Sólo faltaba *Cachimba*. No era extraño, pues solía desertar muchas leguas, corriendo todo el llano enamorado y pendenciero, casi siempre vencedor en las riñas de sus rivales, también galanes y bravucones, como él de presa.

Calló un momento el lejano ladrido y *chó Am* tumbóse de nuevo.

— ¡ Bah ! Andará de *moseo*.

Pero no bien había vuelto á cerrar los ojos, oyó otra vez la voz del perro, que ahora parecía aullar lastimero.

— ¡ Diantre !... ¿ Oyen ?

No contestaron los cabreros, que estaban profundamente dormidos. Sólo su hijo, *Soleta*, que parecía desvelado y que temblaba, contestó á *chó Am* :

— Será del cortijo...

— Malagora.

— Pué que corra un conejo.

Era posible lo que decía Soleta. Mas, viéndolo temblar, su padre le preguntó :

— ¿Tíes frío?

— No.

El aullido persistía tenaz y lastimero. Su eco corría por el llano, perdiéndose como una humana voz doliente en los distantes confines. Parecía trepar por las escarpaduras de las montañas y al llegar á la altura caer, cóncavo y sonante, sobre la inmensa llanura salvaje.

— No es cosa buena, — dijo el viejo, y llamó á los compañeros, sacudiéndolos para que despertaran.

— ¿No oyen?

En aquel momento, ya despabilados los cabreros, el perro cesó de aullar.

— ¿Qué es?

— Un perro malagora.

Como nada oían, todos declararon que eran figuraciones del viejo. Tal vez alguna pesadilla.

Chó Am enfadóse. Bien claro había oído, y distintas veces, la voz lejana del can. Como si

quisiera robustecer su dicho, hizo que Soleta lo confirmara.

Nada tenía de particular. Puede que fuera algún perro de los cortijos del *jable* que rastreara algún conejo, ó que estuviese mal herido por el diente de un camello caliente que recorría, embravecido y retozón, el llano. También podía ser que avisara el paso de un perro carnicero que se acercara cautelosamente á los rebaños en descanso, con propósito de descuartizar alguna res, ó que en lucha con un gato salvaje, bravos como tigres que salen de sus guaridas hambrientos, hubiese sentido que las garras felinas le rajaran la piel y desangrándose imploraba, con aullar siniestro, un socorro imposible.

De todos modos, había que estar alerta. Si era camello caliente, era necesario evitar su asalto de fiera en la época del celo, al olor de carne humana. No lo temían. Acostumbrados estaban todos á ello. Casi todas las noches los sentían correr el llano de un extremo á otro, bramando con alarido trágico, rápidos como flechas, con un galope más enardecido que el de un caballo, « chirrinquiando los dientes y tocando la bejiga. » Sin embargo, una sorpresa, de estar los cabreros dormidos, era un gravísimo peligro..

Peores eran los perros carniceros; con ellos, que llegaban sigilosos al ganado, haciendo presa para después huir á campo libre, tenían que luchar con los garrotes, cuerpo á cuerpo muchas veces, cuando los malditos, acosados y heridos, defendíanse y acometían con desesperada resistencia.

De nuevo volvió á sonar el ladrido del perro.

Era cierto, pues, el dicho de chó Am. Pusieron atento oído para fijar el sitio donde se hallaba.

— Paece *Cachimba*, — dijo su amo.

No había duda. Á cuatro leguas que ladrara, al instante lo reconocería.

— ¡ Y es sobre el camino !, — añadió otro.

También parecía confirmado. Sólo con fijarse en que el cantil de la cordillera de montañas en cuya base se tendía á todo lo largo el camino, faldeándolas, parecía ahogar al pronto la voz del perro y que el eco la redoblaba en la altura, arrojándola clamorosa sobre el silencio del llano, podía determinarse con certeza hacia qué lado estaba el pobre animal mal herido.

— Lo eslomo, — dijo el amo.

Silbó entonces con fuerza, astillando el aire. En la calma de la noche serena cruzó el espacio aquel silbido agudo, penetrante, estremecido

por un ímpetu de cólera. Á distancia, como si contestara, ladró de nuevo llamando, al parecer, el perro. Parecía pedir auxilio.

— ¡ Recondenao !... ¡ Revienta !

Mas, tenía ley al animal. Fuera de las escapatorias nocturnas, por las que había llevado buenos golpes sin enmendarse, era dócil, vigilante, un buen compañero, y cuidaba escrupulosamente el rebaño.

— ¡ Ya te las ajustaré !

Como no acudía al silbo imperativo, el cabrero decidió, después de exacerbado por la ira, ir á buscarlo. Buen trecho tenía que andar, pero buenos golpes iba á repartir. Escupióse las manos y empuñó enfurecido el garrote, esgrimiéndolo, como si ya tuviese delante, como un reo contrito y en punto de ajusticiar, al pobre animalucho.

Rápido echó á andar, cruzando el llano hacia el camino fronterizo, que se tendía allá, al zoco de los altos riscos, á más de una legua de distancia.

Los pastores, en tanto el compañero á la luz de la luna atravesaba la llanura sin veredas, á cada minuto astillando el aire con su silbido estridente, tornaron á tumbarse envueltos en las

mantas. La curiosidad por un lado y el afán de vigilancia de otro, por si corría la majada peligro de un asalto, les despabilaba el sueño. Soleta era el más desasosegado, y aquel temblor le persistía y de soslayo miraba á su padre y á los cabreros, echado en la arena y fingiéndose dormido.

Volvió á reinar un profundo silencio al cabo de un rato. Ya no se oía el aullido siniestro del perro turbando la muda soledad del llano. En los apriscos, después del rebullicio de las reses ante el vocerío de los cabreros disputando, los rebaños dormitaban en el más reposado sosiego. Hasta el macho levantisco se había espatarrado, con soñera de fatiga, hasta que clarease el día nuevo, todavía muy lejano.

Pasada una hora larga oyóse una voz :

— ¡ Ah, de la majada !

Era el amo de *Cachimba*, que desde muy lejos llamaba. Incorporáronse todos, menos Soleta, que continuó arrebujaado en la manta.

— ¿ Qué?, — gritó chó Am, haciendo tornavoz con la mano para que sus palabras, venciendo el sopló del viento, llegasen á la mayor distancia.

— ¡ Desgracia ! — contestaron.

La voz del cabrero produjo en todos un **hondo**

sobresalto. ¿Qué sería? Alguna cabra quizás descuartizada, algún camello que desde la altura de las montañas se despeñara.

Llegó á la majada el perro anunciando al amo, retozón y bullanguero. No tenía ninguna herida el animal.

Al poco rato, y á la claridad lunar, distinguióse la figura del cabrero acercándose á la majada. Los pastores creyeron oír algo como un llanto.

— ¡ Veráislo ! ¡ Un *baijo*!

— ¿ Y á cuál falta?

Todos quisieron revisar los hatos, á ver á quién los perros carniceros habían robado el cabrito.

Pero ya llegaba el pastor, y todos quedaron sorprendidos cuando vieron entre sus brazos lo que porteaba.

— ¡ Una creatura !

— ¡ Dios nos valga !

III

LAS LAVANDERAS

El oficio era de abolengo en la familia. Las Cuervo lo habían venido ejerciendo desde tiempo inmemorial. No sólo en la Villa, su solar nativo, eran conocidas, sino también en otros pueblos de la isla, sobre todo en el Puerto, donde más trabajo hallaron siempre. La escasez de agua les daba una importancia grande, en calidad de lavanderas, aunque muy pocos rendimientos si se tienen en cuenta los sudores invertidos. Los pies descalzos, andando los caminos, y los brazos desnudos, de remojo casi todo el día en el agua, padecían los horrores de una labor tan penosa como el oficio imponía.

De generación en generación, iban transmitiéndose la clientela. A las Cuervo nadie les disputó nunca los charcones de agua salobre en la Poceta, para lavar ropa ajena, ni aun propia. Teníanlos como un feudo hereditario,

sólo compartido en los años malos, épocas trágicas de hambre y de sed, en que desde los más remotos lugares venían por agua ranchos de gente miserable, á punto de morir, famélica, y los rebaños llegaban á abreviar, sin fuerzas para andar, dejando en el camino, á cada jornada, unas cuantas reses desfallecidas ó muertas.

La vieja Carmen ya hacía tiempo que, medio paralítica del reuma, hinchada, había dejado el oficio. Ahora lo ejercían sus dos únicas hijas, Camila, viuda y con tres chicos, y Petra, casada y sin críos. Ambas se habían repartido la antigua y constante parroquia, deslindando las jurisdicciones. Camila iba dos veces por semana al Puerto, á recoger y entregar la ropa. Petra hacía iguales jornadas á Tiagua, atravesando el Volcán, aquella masa de lava petrificada cuyas aristas le desollaban los descalzos pies.

Era aperreado el oficio. Tenían que correr de un extremo á otro la isla. Y todo para sacar un mísero jornal. Con mil fatigas, á fuerza de privaciones, podían ir sacando adelante la vida.

Aquel camino de la Poceta, de tanto andarlo, se lo sabían de memoria. En él nació, un día de jornada, Tina, la pequeña de Camila, sin que ésta interrumpiera la marcha y menos la dura

labor indeferible. Siempre recordaba aquella fecha de singularísima memoria.

Salían del pueblo al alba, emprendiendo el camino con dirección á la Poceta. Allí trabajaban, fregoteando la ropa en el agua, tendiéndola después al sol sobre las pitas, vigilándola hasta que se secara y después recogiénola, amontonándola diligentes dentro de las sábanas, que anudaban fuertemente, para cargar los fardos repletos á lomos de los pollinos.

Á distancia, mirando desde el llano, era una nota hermosa la ropa blanca tendida al sol. Destacábase entre los cercados de tunerales, que eran una mancha verde obscura, y los grupos de palmeras, que tenían por fondo, en aquel rincón de los montes, que con una cortadura en cantil de muchas leguas se extendían mar afuera y llanura adentro, el negruzco tono del risco basáltico, desolado y repulsivo.

No era malo el camino á la Poceta. Faldeaba las montañas, corriéndose al pie de ellas, á la orilla misma donde comenzaba el inmenso páramo de arenas movedizas, con aspecto de africano desierto. Estaba libre de los inconvenientes de otras sendas que atravesaban la llanura, ya hacia So, ora hacia la Caleta, que el menor soplo

de viento borraba al rodar los médanos desde la costa tierra adentro.

Pero era también temible. Las lavanderas, antes de lanzarse á recorrerlo, lo escudriñaban. Antes de descender al llano, desde la altura, delante de la cual se abre la inmensa extensión libre, teniendo al fondo el mar sin límites, reconocían el campo antes de lanzarse á él. Si el viento soplaba fuerte, con furia desencadenada, renunciaban á la jornada. El cierzo, dando de frente, impelía con ímpetu ciego los remolinos de arena, que cegaban los ojos, desgarraban los trajes y azotaban la cara hasta hacerla sangrar.

Cuando llovía era necesario asomarse también á ver el decrecimiento de las aguas del barranco de Maramajo. Encajonadas en un cauce estrecho, que atravesaba el camino, corrían con ímpetu loco, saltando y revolviéndose airadas, clamorosas, siempre con la amenaza de destruir cuanto hallaran al paso, descuajando peñascos, arrastrándolos, álveo abajo, con estrépito pavoroso que resonaba lúgubrementemente sobre el llano.

Y ofrecía, en tiempos de lluvia, otro peligro el camino... Escarpado, alzabase sobre éste el cantil de la cordillera.

Al humedecer el agua la costra, desprendíanse

grandes trozos de piedra, que caían á plomo en algunos sitios, y en otros rodaban con impulso destructor extraordinario. Á la vera del camino un sinnúmero de toscas cruces de madera señalaban muertes trágicas.

Esto era en invierno, que en verano el sol agresivo, retostando la arena, haciéndola reverberar de un modo cruel y asesino, cuando no enfermaba los ojos, hacía enloquecer con tremendas insolaciones.

Como si esto no fuera bastante, en aquel camino acechaban á las lavanderas otros enemigos, con los que veíanse obligadas á mantener heroicas luchas. Ya eran los camellos en celo, sueltos, dueños del llano, que corrían á su placer y que acometían á cuantos seres humanos encontrasen en sus frenéticas andanzas; ora eran los cabreros, que ocultos en algún covacho ó bien escondidos tras de las aulagas salvajes, de pronto las sorprendían, asaltándolas con acometividades brutales, enardecidos, á la desesperada.

Siempre igual. Año tras año, de mozas á viejas, de generación en generación, mantenían el oficio. Y dos veces á la semana, cuando hacía buen tiempo, se veían pasando y repasando el camino, los pollinos con la carga á lomos, y las

mujeres tras ellos, medio acansinadas, los pies descalzos, animando con un cantar melancólico el andar lento de las bestias, ahuyentando la propia soledad medrosa y despabilando el enorme y trágico silencio de la llanura, allá muy lejos roto también por el eterno grito del mar.

IV

LOS PASTORES

Eran los amos del *jable*. Habíanse adueñado del erial inmenso por tradición. Si alguien alguna vez quiso disputarles la posesión, caro costó el atrevimiento.

Vivían los cabreros como una tribu salvaje. No conocían más trato humano que el recíproco entre ellos. Cuando uno desertaba, por viejo, un hijo, que había hecho de muchacho el aprendizaje, reemplazábalo en el pastoreo del ható á su cuidado. Apenas si hablaban algún día con los pescadores que atravesaban la llanura, vereda adelante, y muy poco conversaban, si es

que en rarísima ocasión lo hacían, con los camelleros, que iban á rozar aulagas y codezos agresivos para cargar las bestias y llevar combustible á las caleras distantes.

Tenían las majadas juntas. No había temor, sin embargo, de que las reses se confundieran. Conocían de sobra las voces de sus pastores respectivos y el ladrido de los perros, puestos á su vigilancia; aun en montón, con sólo el silbo del cabrero, cada rebaño se formaba al instante, sin el menor entresijo.

Á golpe de vista, no teniendo que contar, los pastores sabían si faltaba alguna res, retrasada en la marcha ó que había desertado durante el descanso nocturno. Difícil era el extravío, pues los perros vigilantes impedían toda fuga.

Bien descuidados podían dormir. Al abrigo de la choza, en los meses de invierno, y sobre la arena refrescada por el viento que venía del mar, al atardecer, durante el verano, reparaban las fuerzas por la noche con sueño de reposo, profundo y tranquilo.

En las noches estivales, claras y calmosas, á la luz de las estrellas, prolongaban, charlando, la velada, tumbados á placer. Y por las mañanas, en todo tiempo al romper el alba, despabilaban

el ganado y cada cual, en distinta dirección, marchaba, atravesando el llano en busca de pastos, detrás de su rebaño y en la amigable compañía del perro.

Seis eran los pastores que usufructuaban aquella parte de la llanura y que convivían en paz. Chó Am era el más viejo, y su tipo patriarcal con las barbas blancas, amén de su sabiduría, y con más su entereza de carácter, infundía en todos no quebrantados respetos; él mandaba á su antojo, y nunca dejó de ser obedecido. Reprimió muchas veces las malas mañas de Pacorro, inclinado al latrocinio, y que al menor descuido hacía de las suyas apoderándose de cuanto hallara al alcance fácil de la mano, porque cobarde, pero astuto, jamás intentó ninguna violencia.

Soleta era instintivo como una bestia. Forrado y alto, nada resistía al empuje de sus puños, y hasta Casi, un mocetón también de recia contextura, hábil en el juego de palo, que esgrimía con todo arte, y certero con la honda, poniendo la piedra allí donde su intención quería, muchas veces doblegóse por miedo ante las intemperancias de Soleta.

Completaban el grupo Chano, que ya llevaba

contados los cuarenta, galán enamorado á pesar de los años, cantador sin par entre los compañeros y en el pueblo, requerido siempre para coplear en los « ranchos de ánimas y de Pascuas, » ya salmodiando á los difuntos, ya entonando villancicos navideños; y Gorgojo, un mozalbete esmirriado, canijo, con unos cuantos mechones de greña blanquizcos en la cabeza, los ojos cadavéricos y de un mirar melancólico y condolido, que parecía pedir lástima para las miserias de su cuerpo enclenque y de su piel enferma.

No lo pasaban mal en aquellas soledades. El trajín del pastoreo los ocupaba durante el día. Aunque separados, su soledad era entonces menos llevadera. Y por la noche, á comer en comandita y dormir en montón. Casi no había entre ellos ni el tuyo ni el mío, viviendo en una dulce edad dorada, en plenos tiempos primitivos. Salvo los ganados, lo demás era común. Á escote sacábase el *gofio* de los zurrones y la leche caliente de las ubres fecundas de las cabras. Si un día lograba cualquiera de ellos una sandía de regalo, partíase entre todos á rajas iguales; sí, por intercambio con los pescadores, alguno traía un manojo de *tollos* ó alguna *jarea*, después

de regodearse todos, al calor de la hoguera donde el pescado seco se asaba, con el tufillo picante, apetitoso de la pulpa tostándose sobre las ascuas, olfateando codiciosamente el rico y raro condimento, partíanlo como hermanos, sin que nunca hubiera disputa por trozo de menos ó pedazo de más.

Solían también regodearse, en tiempo de cría, con un *baiño*, uno de aquellos cabritos nuevos, que sangrando, despellejado, chamuscaban entre las llamas vivas de los tizones de aulaga.

Eso sí, estaban condenados á vivir lejos de la casa familiar. Acaso si de año en año alguno veía á los suyos, llegándose hasta el caserío distante donde los otros vivían. Al atardecer, esperábalos Juanín con el burro en la majada. Ordeñábanse los rebaños, y la leche en zurrones era llevada por el muchacho al caserío para que allí las mujeronas hicieran el queso y utilizaran, para mantenerse, el suero sobrante, que también vendían.

Mujeres, muy de tarde en tarde llegaban á la majada. A traer una camisola remendada á chó Am solía venir la hija, ó con un calzón de lienzo para su hermano. Así también la madre de Gor-

gojo con una montera nueva, ó con un pedazo de suela sin curtir para que hiciera soletas, aquella especie de sandalias que gastaban todos los pastores.

Y nada más. Como todos los días venía Juanín, él portaba la provisión de gofio y la ristra de cebollas, en su tiempo, para el *conduto*.

Á lo lejos, de vez en cuando, alcanzaban á ver algunas mujeres en el llano los cabreros. Era muy raro que se atreviera á hacer la jornada una sola, aventurándose en aquel descampado y silencioso desierto, que espantaba los femeniles ánimos más intrépidos.

Un grupo de leñadoras *rosaban* las matujas salvajes, á golpe de horqueta, que en sus manos, llegado el caso, era una tremenda arma defensiva; y estas faenas eran muy de tarde en tarde. También en verano solía pasar, vereda adelante, camino de la Caleta, en el rancho de pescadores, alguna mujer al servicio de la barca y que, por algún menester, iba al pueblo.

Únicamente, dos veces por semana, desde lejos, allá por el camino de la Poceta, se alcanzaban á ver las siluetas de las lavanderas moviéndose á la zaga de los pollinos.

Eran, pues, los cabreros dueños absolutos del

llano. No había cuitado, ni aun los verdaderos poseedores de los terrenos, que se atreviera á disputarles el campo, y menos á impedirles el libre trajín del pastoreo. Si algún legítimo dueño, codicioso de una cosecha, se atrevió á laborar el arenal, bien pronto hubo de arrepentirse. Sin saber cómo, el pobre camello que tiraba del arado, abriendo los surcos, de pronto cayó en tierra, bramando dolorido y con una pata rota. Era de presumir que una piedra, tirada con honda á mucha distancia, por alguien que se escondiera detrás de un matorral de aulagas ó tras un alto médano, ¡ quién sabe dónde, en la extensión enorme del arenal !, derribara, mal herida, á la pobre bestia. Y si esta advertencia no había sido bastante imperativa y el amor propio picado empeñábase en fecundizar el campo, surcándolo y sembrándolo de centeno, bien seguro era que al crecer, espigar y researse la mies, sería un curioso espectáculo contemplar el inmenso incendio alumbrando siniestramente la llanura y poniendo cárdenas ráfagas en el aire, durante el silencio de la noche y en medio de la soledad de los campos.

V

EL MISTERIO

Quedáronse admirados los cabreros al ver llegar á Casi, teniendo por heraldo al perro, con una criatura en brazos. La primera impresión fué la de sorpresa alarmada.

— ¿Qué?...

— ¡ Un crío !

Y al instante, Casi mostró á los compañeros el hallazgo. Era una niña, y apenas si rebasaría con unos cuantos meses los dos años. Su refajillo de bayeta roja aireábalo el viento, dejando al descubierto los pies descalzos. Las manos, llenas de roña, sin duda tierra amasada con agua, formando costra, llevábalas á los ojos, restregándolos con ardimiento incontrarrestable. Cuando separaba los puños, el dulce mirar de sus ojos infantiles escrutaba en torno con doliente curiosidad. Su pelo negro, corto y desgredado, daba más triste aspecto á su carita mimosa y

bella, en que apuntaban futuros encantos de mujer.

— ¿Onde campaba?

— Allá por el Reventón, á la banda acá del camino.

Contó Casi cómo la había encontrado. Estaba sola la niña, salvo la compañía del perro ladrando, sentada en el suelo, gimoteando con hiporongo ya de tanto llorar.

Chó Am la acarició, preguntándola :

— ¿Cómo te llaman?

La niña no respondió, y de nuevo, como si tuviese miedo, rompió en lloro infantil inconsolable.

— ¿Quién es tu padre?, — insistió á los pocos momentos el viejo, suavizando la voz, mientras con sus callosas manos de gañán, con dulce presión de los dedos, poniendo en ella un cariñoso instinto paterno, acarició el rostro de la niña, en son de mimos y fiestas.

Como no le respondiera, insistió otra vez :

— Anda, di, ¿quién es tu padre?

La niña, entre un sollozo y otro, con la respiración entrecortada, dijo :

— ¡ Ma... ma !

Parecía que llamaba con grito doliente y desesperado.

Tal vez tuviera hambre. ¡ Dios sabe cuánto tiempo estaría abandonada en el llano !

Chó Am mandó á Soleta que ordeñara una de las cabras. Al meterse entre los rebaños en montón, las reses levantáronse asustadas, intentando huir, mientras los perros súbitamente se lanzaron á contener el movimiento de escape, ladrando con tan desaforadas voces que rompieron por unos instantes el augusto silencio de la noche sobre el páramo deshabitado. Con agilidad certera agarró, al correr, una cabra por la pata, derribándola ; después, tranquilamente, la ordeñó.

Sí que le supo á gloria la leche caliente á la niña. Con hambre codiciosa al principio, con gula regalona luego, sorbió en el *gánigo* la leche espumosa y apetitosa.

Calmósele, entonces, el llanto. Casi llegó á sonreír. Sin embargo, su mirar sobresaltado giraba á todas partes con inquietud medrosa, y al fijarlo en Soleta, con un mohín de susto en el rostro, estremeciése su cuerpecillo con temblores escalofriantes.

De vez en cuando, queriendo iniciar el llanto, repetía su grito de llamamiento y súplica :

— ¡Ma... ma!

Al advertir leves convulsiones de la niña, chó Am dijo á Casi :

— ¿Qué aguardas? Acostarla y arroparla. Mañana será otro día. Paese friolera. Échale mi manta.

Casi obedeció, y lo mejor que pudo, acomodó la niña sobre las mantas. Hasta para mejor acallarla y dormirla, á media voz comenzó á cantarla. La niña, sin duda extrañada del lugar y de la compañía, notando la ausencia del calor materno, rompió otra vez á llorar, repitiendo su constante gemido :

— ¡Ma... ma! ¡Ma... ma!

Al fin, cansada, durmióse. Á la clara luz de las estrellas su rostro infantil, hermoso y dolorido, todavía con la expresión de los últimos llantos, inspiraba una honda simpatía de lástima. Casi, no pudiendo contenerse, como si un desconocido cariño muy hondo le tirara dentro, limpióse con la manga de la camisa los labios, para quitar el sabor del tabaco, y doblando la cabeza con temerosa y precavida actitud, besó en la frente á la criatura dormida.

— ¡Hijita !...

Y su media voz sonó ronca, como enternecida.

Quizás también se humedecieron sus ojos. Era una inexplicable emoción de ternura en aquella naturaleza tosca y salvaje, sin duda porque era la primera vez que acariciaba un niño.

Acordaron que uno de ellos hiciera guardia, mientras los otros descansaban durmiendo. Era posible que la niña fuese de algún cortijo y que se extraviara. Pero, ¿cómo? Su edad no era para aventurarse andando por el llano. También era probable que fuese de alguna leñadora. Y ¿cómo la había abandonado en el *jable*? El misterio no podía desentrañarse tan fácilmente.

De todas maneras, si era extravío ó era desgracia, vendrían á registrar la llanura los parientes. Á tan altas horas no procedía mandar á los cortijos. Lo mejor era esperar á que llegase el día.

Mas, por lo pronto, era necesario vigilar, para dar aviso en caso de que se viera aproximar gente á la llanura.

Á Gorgojo le tocó, por orden de chó Am, montar la guardia. Tiempo tenía al día siguiente de dormir, á la hora de más sol, cuando se amorraba el ganado después de beber á placer. Bien le encargaron que no se durmiese, y bien sabían que el muchacho cumpliría estricta-

mente la consigna. ¡Y dándola chó Am...!

Necesitaba estar muy despabilado, avizorando si aparecía alguna luz en la llanura y con el oído alerta, por si escuchaba voces llamando en todo el inmenso contorno.

No se durmió. Alguna vez engañólo el grito lejano que, resonando en el desierto arenado con eco no agudo, le traía aquél : — ¡ Guiii ! ¡ Guiii !

Era una aguililla que revolaba á distancia, malagorando fatídica, y, al cabo, pasaba cerca de los cabreros, como una sombra negruzca y trágica en la claridad luminosa de la noche con estrellas.

Nada se escuchaba ni nada se veía.

En guardia, vigilante, pasó las horas nocturnas, llenas de soledad y silencio en aquellos parajes. Ya el lucerillo de la mañana, melancólico y piadoso, se despedía, con sus últimas guiñadas de luz, cuando despertó á todos los pastores el grito de la niña, que repetía con doliente gemir :

— ¡ Ma !... ¡ Ma !... ¡ Ma !...

VI

RASTROS

Cuando los cabreros despertaron al grito plañidero de la niña, vereda adelante venían ya los pescadores hacia la Caleta. Aún la claridad del día no alumbraba el arenal; sin embargo, los pastores conocían que se aproximaba la gente de mar, porque brillaba en la obscuridad, á distancias, el resplandor de los cigarros, como leves puntos de luz, y porque, venciendo al viento que venía de la costa, el eco de un lejano cantar henchía el aire de melancólicos dejos, apagado, monótono, soñoliento.

Chó Am fué el primero en resolverse.

— Menester es avisarlos.

— Salir al camino.

— ¿Quién lleva el crío?

— Yo, — contestó rápido Casi, quien sentía algo como una pena honda y secreta ante el temor de separarse de la niña.

Había dormido la pobrecilla durante la noche á su vera y de su calor, vigilándola como si fuera una hija. En su corazón de célibe, siempre solitario en el llano, sin haber puesto jamás los afectos, como adormecidos, pero intensos, allá muy dentro, más que en el perro ó en las reses de su rebaño, y en éstas prefiriendo siempre las más viejas ó las enfermas de muermo ó sarna, á las que curaba y cuidaba con todo ahinco; ante aquella criatura desvalida y descarriada desbordóse una gran ternura, incomprensible, que, bajo las formas de expresión más tosca, revelábase apasionada y fervorosa, pronta á la emoción y á los cariñosos abandonos.

— ¿Quién me acompaña? — preguntó Casi.

Todos, como si necesitaran en la comisión que iba á parlamentar hombre de autoridad, contestaron al mismo tiempo :

— Chó Am.

Ya se acercaban los pescadores. No había tiempo que perder, pues podían pasarse vereda adelante y entonces era más penosa la jornada para darles alcance.

— ¡ Avisarles !

Sonó un silbido largo y agudo que resonó agriamente en la llanura. Al pronto notaron que

los pescadores se paraban; mas, bien pronto, quizás después de un breve cambio de palabras, reanudaron la marcha. Pacorro entonces gritó con fuerza :

— ¡ Ah, del camino ! ¡ Asperarvos !

Á grandes trancos andaban cho Am y Casi con la niña en brazos, atravesando el arenal, desde la majada á la vereda por donde iban los pescadores; éstos, al oír las voces distantes y divisar los hombres que se acercaban, previendo un asalto en el descampado, cosa que no era rara, pues allí solían ventilar sus querellas cabreros y pescadores, desenvainaron rápidos los cuchillos, sin dejar la marcha, recelosos, dispuestos á afrontar con denuedo la acometida á costa de sangre.

Ya estaban muy cerca los cabreros, casi bordeando el camino.

— Nos toman la delantera.

— Atrás no recalá naide.

Replegáronse formando un grupo los doce pescadores. Eran muchos más, y de no saltar otros cabreros al camino, caso de estar escondidos detrás de los médanos ó del matorral salvaje, no había cuidado. Pero lo mejor era parar en firme y esperar.

La voz de chó Am les desarmó los arrestos reñidores :

— ¡ De paz !

— Alléguense, pues, — contestó, gritando también, uno de los pescadores del grupo.

Luego, en voz baja, como si quisiera ahuyentar todo temor de los compañeros, añadió :

— Es chó Am...

Cuando estuvieron al habla, siempre á distancia, cambiados los saludos, el viejo pastor puso en autos de lo acontecido á los pescadores. Quedáronse éstos asombrados. Miráronse unos á otros y todos declararon que la niña no era de gente de la playa. Ningún chico se les había extraviado. Además, como era invierno, las barcas estaban en la isla fronteriza de la Graciosa, y por ende, allá estaban las familias de los que trajinaban ahora, y ellos, por ganar algo, pues no había labor en el campo ni jornal en las carreteras nuevas, iban á pescar de caña ó mariscar en los charcones de la Caleta.

— ¿ Ni sabéis?... — preguntó chó Am.

— No; á quién se haya perdido, no sabemos.

— Á ver si conocen... por un casual.

Y chó Am, al decir esto, ordenó á Casi que les mostrara la criatura. Ya el alba derramaba sus

primeras claridades, perezosas y tranquilas.

Uno á uno, ya con ojos ávidos, ya con mirar indiferente, acercándose, fueron todos reconociendo la niña.

— No...

— Pues yo... esa estampa...

— ¡ Demontre ! Si es la de mi comae, — dijo uno de los marineros, y las miradas convergieron á él ávidamente.

— ¿ De quién ?, — preguntó ansioso Casi.

— ¡ Toma ! De mi comae Camila.

Todos sabían quién era ; pero todos quedaron muy asombrados, sin poder explicarse cómo estaba allí la chica.

— ¿ Estás cierto ?

— Como si la hubiá echao al mundo.

Y contó, entonces, que los viejos, los abuelos de la criatura, vivían junto á su casa en el pueblo. Pero, era raro lo que acontecía. La noche anterior los había visto antes de acostarse y nada dijeron del extravío de la niña.

¿ Qué hacer ? No era cosa de que los pastores abandonaron los rebaños ni era tampoco de perder aquel buen día de pesca, uno de los contados que en invierno presentábase manso aquel mar bravío de la Caleta. Así, acordaron que si

antes no venían por la criatura, al notar en casa la falta, al anochecer, cuando regresaran al pueblo los pescadores, se la llevarían.

Discutieron quiénes debían retenerla entretanto. Los cabreros alegaban que ellos tenían que alejarse de la majada pastoreando los rebaños; los pescadores expusieron que necesitaban recorrer todos los caletones y restingas de la costa, separados, para ver de tornar á casa sin perder la jornada.

Casi entonces cortó la disputa.

— Me queo al cuido.

Así fué. Continuaron los pescadores camino de la Caleta y los cabreros retornaron á la majada. La niña rompió á llorar. Parecía sentir gran horror á los pastores, y cuando estuvo entre ellos, como en la noche anterior, su cuerpecillo temblaba escalofriado, sollozando á la vez inconsolable. Sola se quedó con Casi, pues los cabreros reclutaron los hatos y se pusieron en marcha. Soleta encargóse de pastorear el de Casi, y chó Am marchóse, nada más que con la compañía del perro, detrás del propio.

Entretuvo á la niña el cabrero, haciéndola mimos. El pobre hasta contóle cuentos, que ella, naturalmente, no entendía. La ternura

arrastraba á Casi á tamaña simplicidad. Y también la cantó y la cuneó, orgulloso y contento, con júbilo inexplicable, de aquel papel maternal en que estaba metido.

Al mediar el día, notó que por la cuesta, allá muy distante, al fondo del llano, bajaba buen golpe de gente, hombres y mujeres. Caminaban rápidamente, pues bien pronto se perdieron en la revuelta del barranco de Maramajo, cañada trágica que en la noche imponía miedo con sus apariciones fantásticas de brujas y trasgos, según tradiciones y leyendas que como historias reales narrábanse en los cortijos y en las majadas del llano y aun en los caseríos de tierra adentro.

Era una caravana numerosa la que llegaba al *jable*. Sin duda venían por la niña.

Cuando reapareció, salvado el barranco, Casi fijóse en que emprendía el camino de la Poceta. Eran ellos...

Y entonces determinó marchar allá, salirles al encuentro, entregándoles la criatura. ¡Ay, de ser posible se hubiera quedado con ella! Sentíase ladrón de niños. Nada más que unas horas de compañía, ¡y ya la quería tanto!

Aquella gente de la caravana iba como enlo-

quecida. Apenas pararon mientes en las voces de Casi, que les llamaba desde lejos.

Al fin hicieron alto. Del grupo destacóse una vieja corriendo desolada, con alarido ronco, al encuentro del cabrero, al ver en brazos de éste la niña.

— ¡ Titina... Tina !

De pronto paró. Con ojos espantados, como si un súbito temor la hubiese clavado los pies en tierra, con el sobresalto de una desgracia trágica en el corazón, interrogó al cabrero :

— ¿Y ella... mi hija?

— ¿Quién?

— ¡ Camila... la mía !

— No sé...

Y hubo entonces un movimiento de susto, inmovilizándose con dolorida expresión estúpida. No se atrevían á mirarse unos á otros siquiera. Y aquel silencio era lúgubre, henchido de una angustia y de una inquietud muy hondas y muy íntimas.

Uno del grupo habló de nuevo al pastor :

— ¿Y ella?... ¿Vístela?

— No.

VII

Á LA BÚSQUEDA

Emprendióse el registro de la llanura. Unos siguieron hacia la Poceta á ver si Camila, sintiéndose enferma, no había podido continuar la jornada de regreso al pueblo, echándose á la vera del camino sin fuerzas para andar. Tal vez fuera esto lo más cierto. La niña, montada en el pollino, siguió en éste, y al darse cuenta de que su madre no la acompañaba se echó á tierra, ó en un movimiento brusco del animal, éste la despidió, continuando la marcha, ajeno al misterio que tras sus pasos dejaba.

La niña, como no hablaba, no podía descifrar la clave y sólo repetía su constante imprecación :

— ¡ Ma !... ¡ maa !...

También algunos apuntaron la posibilidad de que Camila se hubiese desriscado. No era extraño. Aquellas vueltas de la vereda en Famara eran peligrosas. Un mal paso bastaba, andando cerca de la orilla, para caer desde la altura de aquellas

jugas al fondo del barranco, estrellándose contra la roca áspera y viva del álveo ó en los picachos graníticos de las márgenes, que encauzaban el agua impulsándola hacia el mar. Ahora precisamente, con las últimas lluvias, el barranco llevaba una corriente formidable. Si Camila se había despeñado, cayendo en el barranco, era inútil buscarla. Su cuerpo, impelido por las aguas pluviales, habría ido á internarse en el mar para festin de las *sardas*, enormes, hambrientas y numerosas en aquel rincón de la playa.

De ser así, había corrido la misma suerte de las infelices mujeres que iban por *orchilla* al Risco, á recoger la mata salvaje que tanto precio alcanzaba, y que al menor descuido rodaban al abismo sin que nunca se volviera á saber de ellas.

Podía ser... Motivo había para la sospecha. Preguntar en el cortijo de Famara, registrar los contornos de la Poceta, seguir el cauce del barranco y husmear escrupulosamente por la playa, era el encargo que se dió á parte de la gente que venía en la caravana.

Otros comprometieronse á correr el llano. Sobre todo, precisaba examinar bien los pozos. Era muy probable que Camila fuera sorpren-

didá, en aquel descampado, por un camello en celo, asesino de furor indomable. Quizás huyera la acometida del animal, temerosa de ser vencida en la lucha y morir aplastada bajo la presión del pecho de la bestia, callosa y resistente, que tritura la carne y astilla los huesos. No hay defensa para las mujeres que no saben dominar los camellos. En el llano, los pastores, cuando se encuentran desprevenidos, sin garrotes, acostumbran meterse en los pozos, burlando así la persecución de aquellas bestias enfurecidas. Quedan éstas en acecho, bramando coléricas, seguras de la presa. Dura es la suerte para el cautivo. De no acudir casualmente algún compañero, hay que confiar en una salvación extraordinaria. Por más que griten desde el fondo de los pozos, sus voces apenas rebasan el borde, y ¡cómo oírlos en la inmensa llanura! Corren además el peligro de morir aplastados. Como hay amontonadas piedras en la boca de los pozos, para que al ir los rebaños á abreviar no se caigan las reses, los camellos las ruedan, quizás con instintivo afán de matar, tal vez solamente empujándolas al acercarse, ansiosos de la presa, enloquecidos por el olor de la carne humana. Pastor hubo que sufriera más de un

día de forzado cautiverio, librándole de la muerte el cansancio del animal ó el inesperado auxilio de los compañeros.

Tal vez algo de esto le aconteciera á Camila. Sorprendida en el camino y sin medios de defensa, huyó á esconderse en algún pozo. Era un recurso extremo, pero á él solían acogerse las mujeres, aquellas leñadoras que iban á *rosar* aulagas para las *caleras*.

Escrupuloso debió ser el registro. Quedaron en reunirse todos de nuevo en la majada, donde la niña quedó en compañía de la abuela y de Casi, quien les ofrendó leche.

De tarde en tarde, en el silencio del llano, sonaba una voz vibrante :

— ¡ Camila !

No se oía nada más. Sólo el eco, repercutiendo la voz en las altas montañas ó devuelta por la brisa del mar, respondía tristemente :

— ¡ ...Milaaa !...

Al obscurecer comenzaron á llegar á la majada. Los primeros fueron los pastores, conduciendo los hatos. Ellos, que habían recorrido, detrás de los ganados, en distintas direcciones el llano, no habían encontrado rastro alguno. Cuando regresaron los que habían ido á Famara, refirien-

ron que el cortijero y su mujer habían visto á Camila en la Poceta recoger la ropa, tendida al sol, y emprender el camino. Nada más sabían. Tampoco encontraron nada en los pozos, según declararon, al llegar los encargados de explorarlos.

Prevaleció, entonces, una opinión como la más acertada. Casi era seguro que la pobre mujer había sido acometida y muerta al huir por el llano por algún camello en celo. Á tanta distancia, por hallarse lejos de la majada, los cabreros nada pudieron ver, ni oír tampoco las voces desesperadas demandando auxilio. Y era seguro que el cadáver, abandonado por el animal, que en su ferocidad no se sacia hasta matar, poniendo el oído sobre el pecho de la víctima para sorprender si aún respira, las arenas, al rodar impelidas por el viento, más vivo durante la noche, lo habían sepultado, formando sobre él algún médano y borrando así todo rastro. Era difícil, en ese caso, encontrarlo. Aunque se registrase todo el llano, era empeño inútil. Lo que en aquellas arenas cae, el viento, empujándolas continuamente, lo soterra ocultándolo sin dejar un denunciador rastro. Ya lo sabían todos. Y el día menos pensado, removidos de nuevo

los médanos al soplo de un viento más fuerte, dejaban la presa al descubierto.

— ¡ El sino ! — exclamó uno de los presentes.

Y se recordó que el marido de Camila había muerto también bajo las patas de un camello, triturado, tras una lucha horrible. También fué á solas la contienda. Al ir Pedro á echar la brazada de paja en el pesebre, inclinándose para esparcirla, una zarpada del animal lo derribó en tierra. Bajo las patas de la bestia, el pobre hombre debió hacer esfuerzos sobrehumanos para escapar. No pudo. Cuando al clamor de sus voces acudieron lo encontraron debajo del camello, exánime, la boca desmesuradamente abierta, como si quisiera aspirar mucho aire, ahogado por la asfixia, bajo la presión enorme del animal que lo estrujaba, astillándole las costillas, deshaciéndole los pulmones, aplastándole el corazón. Y los ojos de la bestia miraban y remiraban en torno, soñolientos, indiferentes, babeando su espuma blanquizca, sobre el rígido cuerpo del camellero, que sangraba, al parecer, hasta por los oídos, empapándose las revueltas greñas.

— ¡ El sino ! — gimió de nuevo, tras un breve intervalo de sollozos, la madre de Camila.

Había que retornar al pueblo. Ya era noche cerrada, y todos, tristes y silenciosos, emprendieron el camino. Bien pronto la caravana perdióse en la obscuridad alejándose, llanura adelante, de la majada. Ya á los cabreros no les quedaba más, de la aventura, que los comentarios.

Sólo Casi estaba triste.

— Era linda...

— Hombre, ¿qué rezongas?

— Que era linda la cría... ¡pobrecita!

Y miró á sus compañeros como si otra vez despertara á la realidad de la vida.

VIII

SOSPECHAS

— ¡Jurria acá!

No hacía caso el rebaño á las voces coléricas del viejo pastor. Tampoco á la furia con que tiraba el perro, mordisqueando, de la pelambre de las reses. Habíanse éstas apelonado en torno

del dornajo esperando que chó Am lo llenara de agua para abrevar.

Temeroso el pastor de que al menor descuido alguna de los cabras cayera al pozo, empezó con el garrote á ordenarlas para que saciaran la sed, al parecer acosadora, á turno. Mas las reses corneábanse, disputándose los primeros sitios con acometidas iracundas. Algún cabritillo, quejoso por el abandono en que le tenían, colocándole en última fila, quejábase con balido plañidero.

Cuando logró separarlas del borde del pozo y forzarlas á quietud, chó Am amarró la cuerda al zurrón y empezó á sacar agua vaciándola en el dornajo. En éste había unas escurrajas.

Las primeras cabras que hocicaron en el agua, para sorberla, retiraron la cabeza con aire de desgana.

Chó Am encolerizóse. ¡ Tanto afán y tanta disputa, al principio, para venir á parar en que no bebían! Y comenzó á silbar, invitando las reses á que abrevaran. De nuevo hocicaron éstas y otra vez retiraron la cabeza, temblándoles en el belfo unas gotas de agua.

— ¡ Contra! ¡ Están de antojo!

Y se acercó al dornajo dispuesto á espantar

aquellas reses melindrosas, aunque reventaran sedientas.

Mas vió que el agua estaba revuelta y mirando mejor advirtió que estaba teñida de un color enrojecido.

— ¡ Cuatro palos merece ! ¿ Quién será el porcallón?...

Chó Am quitó el entaponamiento al caño de desagüe, y el dornajo desalojó aquella inmunidia. Luego volvió á sacar agua y á llenarlo de nuevo. Las reses acudieron, riñendo otra vez por conquistar la primacía, hasta que las voces del pastor, ya enfurecido, las redujeron á pacífica espera y á orden reposado. Cada grupo fué llegándose al abrevadero en riguroso turno, sin apresuramientos y sin embestidas.

Entretanto chó Am cavilaba, al mismo tiempo renegando.

— Lo tengo dicho. Que laven las reses desolladas, pero que dejen limpios los dornajos. ¡ Ya se las verán conmigo !

Indudablemente, algún otro de los cabreros había lavado allí las carnes de una res sacrificada, y no había cuidado de vaciar el agua ensangrentada. ¡ Así estaba ella ! ¡ Ni que les costara tanto trabajo !

Si no se había vendido la carne á los pescadores de la Caleta y á la noche servían algún trozo de carne asada en la majada, descubriríase bien pronto el cabrero desidioso que quebrantara lo acordado. Muy apurado debía andar cuando no se ocupó de desalojar el agua. De todos modos, por prisas ó por incuria, no se podía tolerar la falta. No era cosa de que unos limpiaran las inmundicias que otros dejaban. Iba chó Am á regañar en firme, como más autorizado, al olvidadizo de sus deberes para con los demás cabreros. Lo mejor era proceder con cautela, sorprendiendo al quebrantador de lo acordado.

Así fué. Cuando, al anochecer, llegó el viejo con el ható á la majada, no adelantó ni siquiera una frase alusiva al caso. Esperaría la hora de la colación. Pero ésta se acercaba, y no encendían hoguera ni percibía tufo de carne fresca.

Agrupáronse y se pusieron á cenar. Aquella noche, por condumio, no había más que leche con *gofio*, « sobado » en el flexible zurrón, amansándolo á fuerza de puños y engullido en pellas enormes.

Caviloso estaba chó Am. Era raro. Nadie decía nada respecto á la res sacrificada. Á la

postre, viendo burlada su prudencia en la pesquisa, preguntó á los compañeros :

— ¿Quién ha vendido?

— Yo no.

— Tampoco.

— Ninguno.

Miráronse unos á otros los cabreros al ir contestando.

— Lo último fué el baifo. Allá por más de una semana.

Dijo Casi y calló, esperando á ver si alguno daba otras noticias. Nadie habló. Después, á su vez, interrogó :

— Chó Am, ¿á cuenta de qué lo dice?

— Con mi cuenta y razón.

— No caigo...

— Pues, que en el dornajo del pozo de arriba me dejaron las escurrajas con sangraza de res.

— Lo que es nosotros...

Todos afirmaron que ellos no habían lavado allí carnes muertas. Ninguna cabra sacrificaron aquel día. Tal vez algún pescador de la Caleta, al ir por agua, matara algún conejo á palos y lo desollara lavándolo en el dornajo. Después no se preocuparía de más.

— Puede ser...

Dijo y calló chó Am. Dentro le rebullían ideas informes, sin poder precisar un pensamiento claro.

De pronto, como si quisiera sacar conversación interesante, creyendo leer enojos en el ceño adusto de chó Am, Casi indicó :

— Y de Camila, ¿vustedes han sabido algo?

— No he platicado con naide, — dijo Chano

— Dijéronme los del cortijo que no ha resollado por ninguna parte. Al pueblo no recala; por el *jable* no anda. Muerta debe ser. Algún camello confiscado la espachurró. ¡ Lo mismito que si lo viera !...

— Dame que pensar...

Gorgojo, en su simpleza y movido de su espíritu supersticioso, arraigado en toda la gente del llano, aventuróse á decir con cierto miedo :

— Será cosa de las brujas... Se llevan las mujeres por el aire. ¿Y onde?... ¿onde, chó Am?

El viejo, que era el que contaba estas historias de embrujamientos, creyéndolas con una fe ciega, contentóse con responder :

— ¡ Quién sabe !

Al decir esto, disimulaba sus inquietudes internas. Habíasele metido en el magín, claván-

dosele allí dentro, una idea tenaz, que le traía conturbado el ánimo. Como si reanudara el hilo de la charla, el viejo añadió :

— Si no está en culpa, ella vuelve. Ya veis el caso de Petrilla la de Só. Por si habíase arrepentido de tratar con brujas, una noche desapareció. Halláronla luego, al día siguiente, acurrucada en el portillo del cortijo de don Pedro, con todo el cuerpo molido, revolcándose como una perra y echando espumarajos por aquella boca. ¡ Buena tunda ! ¡ No volvió á sanar de la reconfisquida malencia ! Pero ahí está...

Acentuó el viejo las últimas palabras. Sus ojos se clavaron inquisidores en los de Chano. Mas éste no se dió cuenta. Recordaba en aquel momento cómo Am que Camila, al encontrarla en el camino un día, le dijo que Chano, galán y fanfarrón, la cortejaba y que varias veces le había salido al encuentro requiriéndola de amores que ella desdeñara. Pero le tenía miedo. Bueno era que estuviera el viejo prevenido y hasta que terciara con unos consejos, ya que de tanta autoridad gozaba y á todos merecía un gran respeto.

— Quizás...

Decíase esto mentalmente, cortando la idea,

como si la misma gravedad de ella le sobresaltase.

Luego en voz alta, como cerrando la conversación, al ver á todos ya tumbados sobre la arena para dormir, añadió :

— Muerta ó viva, ella parece.

IX

ABRAHAM

Simplificando el nombre, todos le llamaban chó Am. Era cincuentón.

— ¿Cuántos?...

— Raspando los sesenta.

Así solía contestar cuando le preguntaban por la edad. Conservaba su cuerpo robustez plena y una agilidad extraordinaria. Bien sabía mantenerla.

— ¿Nos blandiamos?

— ¡ Hala allá !

No tenía miedo á ninguno. Luchaba á estilo

del país con los compañeros, y era muy raro que lo vencieran derribándolo en tierra. Cuando esto acontecía, corajiento como si hubiese caído en deshonor, malparando sus prestigios, revolvíase apremiante.

— Anda; mano al calzón. Otra « cáida ». Con estos brutales ejercicios sus músculos tenían una resistencia de acero y su cuerpo una agilidad portentosa.

Además, era un jugador de palo sin par. Aún marcaba en sus sienes una carnosa y sangui-nolenta cicatriz, uno de sus hechos de valentía más celebrados. Aconteció muchos años atrás; todavía era mozo y no andaba al pastoreo, pues entró en él, como substituto hereditario, según costumbre, á la muerte de su padre.

Había ido á una *última*, y como al bailar cantara en loa de una moza en vísperas de ser su novia, un muchachón le « quitó el cantar » cortándole la copla y siguiéndola. El provocador con tamaña ofensa, prenda de desafío, estaba amparado por un grupo de zagalones penden-cieros.

Rápida fué la resolución. Las luces del cuarto se apagaron de pronto, como por arte de encanto. Y entre la baraúnda de las bailadoras,

que buscaban la puerta, gritando con chillidos histéricos de miedo, y los ayes de la parturienta, quejándose en la cama, presa de espanto, en medio de la obscuridad, en la que brillaban las blancas hojas de los cuchillos desenvainados y prestos, sonó una voz tranquila diciendo :

— ¡ Afuera !

Era Abraham. Rápido había echado mano de su garrote, y esgrimiéndolo hábilmente no dejaba acercarse á nadie, empujando á la arremolinada turbamulta hacia afuera, al campo, sobre el que caía la dulce claridad lunar. Consiguio desalojar el cuartucho y se irguió en la puerta.

— ¡ Vengan !

Los del grupo enemigo avanzaron resueltos, ganosos de riña, prontos á moler á palos al osado muchacho. Sonaban ásperamente los palos chocando y los briosos golpes tirados á la cabeza eran parados con destreza suma por Abraham. Varias veces desarmó á algunos de los contrarios, vareándoles las espaldas é hiriéndolos en la cabeza. Su garrote era esgrimido con todo el arte clásico de los viejos jugadores de palo que le había enseñado su padre. Pronto quedaron, entre desarmados y heridos, más de media

docena de enemigos fuera de combate. Él solo continuó manteniendo á raya los restantes, que en seguida comenzaron á batirse en retirada. Un fugitivo rehízose y tornó cerca del campo de batalla. El golpe de una piedra en las sienes hizo dar en tierra al cuerpo de Abraham, que aún esgrimía, caído y todo, el garrote sin dejar acercarse á nadie. Los otros huyeron.

Siempre era contada esta hazaña, que cobró fama, como una gesta heroica entre campesinos y pastores, perpetuándose en la memoria de las gentes y dando al mozo en los futuros tiempos el nombre de chó Am el del Majuelo, pues en la cortijada de este lugarejo dió feliz remate á su aventura pregonada en lenguas.

Con estas proezas de las mocedades, y otras que después sobrevinieron acrecentando la fama, chó Am consolidó el concepto de hombre de coraje y temple.

De añadidura, tuviéronlo siempre en olor de sabiduría. Cierto que no conocía una letra, pero en él había un instinto y una aptitud singulares. Gustaba siendo muchacho, cuando aun no había entrado de lleno en el pastoreo y hacía el aprendizaje en el caserío de camellero, antes de recluirse forzosamente en el llano por razón

del oficio, de oír los sermones domingueros. Era una manía terca. Había de ir siempre á la misa mayor, en el pueblo, como el señorío, y no á la de alba, según costumbre de la gente jornalera. ¡ Perder los sermones ! ¡ Si aquello divertía más que el juego de pelota por la tarde, en la plaza, ó el baile de candil por la noche, en casa de cualquier vecino !

Truncaba las cosas que oía, pero reteníalas con sus detalles en el magín. ¡ Y venga después contarlas ! Tenía cierto arte pintoresco para ello ; la historia del patriarca bíblico cuyo nombre llevaba, al contarla él, embobaba á los cabreros.

Era abundante su repertorio. Conocía casi todo el santoral cristiano, aprendido oyendo panegíricos en las fiestas de conmemoración religiosa ; sobre todo milagros, relatábalos á porri- llo. Y ¡ cómo encantaban estas narraciones de hechos sobrenaturales, que tan bien adornaba con pródiga fantasía chó Am, á sus embrutecidos compañeros, rudos y primitivos como bestias salvajes, como las mismas reses cabrías con quienes se criaran !

Más que nada, á éstos les gustaban los milagros de las advocaciones conocidas y de las imágenes que se veneraban en la isla. ¡ La Virgen de

Dolores! Chó Am contaba el milagro como cosa vista, y de él había sido testigo nada más que su padre. Cuando « reventó » el volcán, el río de lava, ahora petrificado, corría hirviente invadiendo los campos, arrasando caseríos. Para contener su empuje, sacóse la imagen, y el río se bifurcó, respetando el sitio. Allí se alza ahora la ermita, que aun cuenta pocos años, como testimonio perdurable del estupendo milagro. ¡ Y el Cristo de la Veracruz! Contaba la historia de aquellos pescadores que hallaron la santa escultura sobrenadando en las aguas á orillas de Famara, allí cerca...

Luego novelescas narraciones de brujas, de aparecidos, removiendola toda la honda superstición popular. Además, había en él instintivos asomos de poeta. Suyas eran las mejores coplas que cantaban « los ranchos de Pascua; » cuyas eran las décimas implorando el auxilio de la Virgen de las Nieves, toscas, pero empapadas de un suplicar adolorido y piadoso; suyo también el romance en que Basilio, un pastor amigo, en la cárcel quejábale de haber matado á su hermano y pedía perdones á los padres, á los amigos, á las mismas reses del ganado, de cuya compañía, en prisiones, sentíase nostálgico.

Era en el *jable* una autoridad. Por su fuerza, temíanlo, y por su saber lo respetaban. El garrote imponía lo uno y la conversación recababa lo otro. Sus consejos eran atendidos, y sus órdenes eran, sin réplica, cumplimentadas. Buenos escarmientos hubo de hacer á golpes para arribar á aquel autoritarismo, por todos, implícita y explícitamente acatado.

Había tratado allí, en el llano, mucha gente, y siempre se le tuvo en igual estima y respeto. Considerábasele como una especie de patriarca de aquella tribu de cabreros, seres primitivos y medio salvajes. Acostumbróse á ejercer la justicia por su cuenta.

Fué chó Am quien contuvo, en los últimos tiempos, las rapiñas de Pacorro, que tiraba á ladronzuelo al menor descuido; quien cortó los asaltos de Chano, enamorado y brutal, acosando á las leñadoras, las pescadoras y las lavanderas; quien disciplinó los malos arrestos de Soleta, su hijo, muy « arranchado » con Chano, cuyos consejos seguía, atreviéndose también á ayudarle en sus aventuras de perseguir mujeres « cansándolas á la carrera »; quien, por fin, había amparado á Gorgojo, enfermizo, encanijado, siempre maltratado por los compañeros, ponien-

do en esta ayuda una intensa, aunque incomprendida misericordia.

Bastó que chó Am estuviese enfermo unos cuantos meses, ausente, por tanto, del llano, para que se desmandasen los cabreros. Camparon entonces á su antojo. No hubo cosa que no se hurtara, ni atentado que no se cometiera con las infelices que se aventuraban en la llanura.

Pero, todo se cortó á tiempo. Sano ya, « bien remendado, » como él decía, chó Am disciplinó de nuevo, y con estrecho rigor, los descarriados instintos de los compañeros.

No sólo entre éstos gozaba fama de aguerrido y prudente. Por aquellos contornos, todos teníanle en estima y le guardaban respetos. Las leñadoras le daban sus quejas, y ante él demandaban los pescadores pena para los que hurtaban mientras estaban á la mar, el pescado puesto á secar.

Y en los cortijos había un vaso de vino que ofrecerle y una piedra para que se sentara. bajo el sombrero de una pared en verano y al zoco de un *pajero* por invierno, si no llevaba mucha prisa, para encender una pipa y entretener un rato de charla.

Bien conocían todos las rectitudes y los ánimos de chó Am.

Nunca se le quitaba á éste de la boca su eterno estribillo, que parecía la norma estricta de su moral :

Á golpes entra la res arisca en vereda. Si no entra, desollarla, porque descompone el ganado.

X

PAZ Á LOS MUERTOS

En vano se buscó y rebuscó en el llano por si se encontraban rastros de Camila. Ninguna señal quedaba que indicara ni su vida ni su muerte. Presumiase que estaría enterrada bajo los móviles médanos de arena.

Con una breve visita de inspección á desgana, un ojeo rápido y una diligencia sumarial, contentáronse las autoridades del pueblo en punto al caso.

No era aquél un hecho extraordinario y de inmensa resonancia para exigir mayores cuidados

y más escrupuloso celo. Era de lo más vulgar y corriente. Ni siquiera merecía las molestias de la caminata y el trabajo de emborronar papel. Como los camellos andan sueltos por el llano, es difícil averiguar el que ha conseguido presa. Luego es imposible disputar á las arenas un cadáver. Lo soterran, ocultándolo para siempre. Acaso si, andando el tiempo, dejan al descubierto los huesos para de nuevo volver á ocultarlos.

Por cumplir, las autoridades interrogaron á los pastores. Fueron compareciendo uno á uno. ¿Qué más daba? Todos habían de declarar lo mismo.

— ¿Vieron ustedes á Camila?

— No.

Así todos. Chó Am también hizo idéntica confesión. Sin embargo, allá para sus adentros rumiaba tenaces sospechas, que, todavía sin confirmar, en estado de simples presentimientos, no era justo publicar. Mejor era la reserva. Caso de convencerse plenamente de cuanto al presente recelaba con motivo, él se sobraba para hacer ejemplar justicia. No hubo más. Cuatro preguntas, un vistazo al *jable* y se despidió la Justicia, regresando al pueblo. Á lomos del

flaco caballejo, harto del trabajo de labranza, el juez renegaba de las molestas obligaciones del cargo que le habían robado un día de labor, teniendo un bancal de maíz para escardar. ¡Y para qué! También el secretario, montado en rozagante asno, renegaba malhumorado. ¡Trabajar de balde! ¡Si al menos hubiera sido un embargo!... Pero una causa de tan poca monta y con diligencias á tanta distancia...

Sólo más filósofo, el alguacil, un viejo cachazu-do, borracho de oficio, metido en el empleo por asco á que se le encallecieran con la azada las manos, marchaba á pie, á retaguardia, con ansia de refrescar con un buen vaso de vino el cansancio de la jornada. Era un pretexto, pero, ¡ahora no le regañarían por darle aquel pequeño gusto al cuerpo!

Quedáronse desde entonces tranquilos los cabreros, sin temor de que nadie volviese á molestarlos. Ya estaba bien enterrada la muerta y bien enterrada aquella vulgarísima historia. Tornaban á reinar absolutamente en la llanura que recobraba su eterna soledad y volvía á sus perdurables silencios, llenos de poético misterio y de supersticiosos terrores.

Sólo chó Am espiaba, despabilado su ánimo

por aquella idea tenaz que se le había fijado, aco-sándole de noche y de día, allá muy adentro. Callaba, caviloso, inquiriendo con espíritu vivo el secreto indescifrable, siempre delante aquella visión imaginaria presentada con vislumbres de realidad mágica...

Y esperaba.

Iban pasando los días. Ya habían transcu-rrido más de dos semanas. Otra mujer había substituído á Camila en el oficio de lavandera. Á Petra, la hermana de la muerta, acompañaba ahora en sus jornadas á la Poceta, Paulona: un virago fornido, de contextura masculina, con el rostro hosco y mal encarado, revelando temple para el trabajo y corajes para resistir cualquier acometida. ¿Bromas con ella? Había que probar sus puños. Un día encontrólas Casi en el camino, quizás de intento. Las mujeres, recelo-sas, pusieron en guardia, cogiendo del suelo unas piedras.

— Soy de paz, — díjoles el cabrero, riendo.

— No gustamos de conversa, — contestó, arrugando el entrecejo, que le daba una expre-sión feroz de bestia carnicera, la temible Paulona.

— No hagan reparo en platicar. Ya me conocen.

— Avía. ¿Qué?...

Casi, al verlas en tan airada actitud, á punto estuvo de callar. Pero algo forzábale á preguntar á las mujeres.

— Ninguna noticia, ¿eh?... ¡ Pobre !

— Muerta. ¡ Bueno !... ¡ Ya descansa !

Casi insistió en la charla, por más que las mujeres arrearon los pollinos deseosas de andar.

— ¿ Y la cría ?

— Güena.

— ¿ La han recogió ?...

— ¿ Á tí qué ?

— Decíalo...

— ¡ Abur !

— ¡ Arre, *majalulo* !

Y corajienta descargó un golpe con la piedra, que aun conservaba en la mano, sobre las ancas del animal, que se encorvó con movimiento de dolor.

— ¡ Pos no es preguntón !...

Las mujeres, todavía recelosas, continuaron avanzando, mientras atrás quedaba silencioso Casi, pensando en la triste suerte de la pobre niña que nada más que una noche había medido en sus brazos, acallando con canciones y cari-

cias, hasta entonces por él desconocidas, sus inconsolables lloros.

No se le había borrado de la memoria, y de vez en cuando le rebosaba el corazón de pena al recordarlo, aquel grito infantil, desolado y trágico, que Dios sabe qué espanto y tristeza entrañaría :

— ¡ Ma !.. ¡ ma !.. ¡ ma !

Un día vieron los cabreros, desde la majada, una mujer y dos chicos atrafagados, como si abriesen un hoyo allá, orilla del camino de la Poceta. Era el sitio donde se habían encontrado á la hija de Camila la noche memorable. Sospecharon, por conjeturas, quiénes serían los cavadores que con tanto ahinco trabajaban. La madre y los dos chicos mayores de la muerta.

Pero ¿qué? ¿Creerían que estaba allí enterrada? Casi riéronse los cabreros de tamaña simpleza. Después la burla convirtióse en lástima.

Bien pronto advirtieron la piadosa labor de aquellas amantes manos. Alzóse, en aquel sitio, humilde, una cruz de toscos leños. Era en ofrenda del recuerdo familiar... Una cruz más. Á lo largo de aquel camino se alzaban algunas, perpetuando la memoria de una desgracia.

Y en el llano había muchas, grandes, que se alcanzaban á ver desde lejos, escuetas, téticas, como una nota de piedad en la melancolía de aquellas soledades; otras pequeñas, que apenas salían á flor de tierra, esforzándose en sacar al espacio los brazos, indicando al caminante la ruta, para otros seres, de tristes destinos. Una, con un brazo roto, sola y desmantelada inspiraba cierta melancolía honda.

Cada cruz era una historia de todos conocida. Remontaban su edad á muchos años algunas; otras eran recientes.

Cabreros y pescadores las transmitían de generación en generación. « Aquí mataron, allí murió », y en la evocación de unos minutos pasaban muchas vidas, horribles novelas, dramas espantosos.

La última colocada, la que señalaba el fin trágico de Camila, era tosca y pequeña. La pobreza no daba á los suyos para más. Al pasar un día chó Am por allí, fijóse en ella. Eran dos leños sin cepillar, sujetos por un grueso clavo de hierro herrumbriento. Ni nombre ni fecha.

Miró el paraje. Nada había allí que denunciara la huella de la mujer desaparecida, muerta.

— ¡ Quién sabe !...

Dijo, y quedó silencioso mirando fijamente el madero, mientras la idea tenaz que llevaba dentro removía su ánimo, inquietándolo.

Y estremeciósese. Aquel clavo oxidado, de color oscuro, parecía una mancha de sangre reseca, y de los brazos de la cruz, mojados por la escaracha madruguera, rezumaban gotas de agua, que temblaban, tardando en caer, como si del seno de la tierra vinieran para destilar allí, con estremecimiento de lágrimas...

XI

SIGUIENDO UNA PISTA

Miraba ahora chó Am con ojos escrutadores á Chano. Cuando éste sentía el duro y persistente mirar del viejo, temblaba con extrañas inquietudes. Era ya una obsesión que, de un modo inexplicable, había engendrado en el ánimo del muchacho un miedo recóndito.

Adondequiera que iba parecía seguirle, vigilante y amenazadora, la sombra callada de chó

Am en acecho. Hasta de noche, en sueños, sobresaltábale el recuerdo de aquel persistente mirar que no hablaba.

Por su parte, el viejo, viendo la turbación del muchacho, más y más confirmaba sus sospechas. Algún misterio guardaba aquel desasosiego que exteriorizándose tan á las claras, le vendía, entregándolo así á las iras de aquel justiciero vengador de agravios ajenos.

— Tengo que platicarte.

— ¿A mí?...

— Sí; que estemos solos.

La intimación de chó Am dejó perplejo á Chano. ¿Qué sería? No podía imaginarlo.

Temía que llegase el momento de la entrevista. Algo grave había de ser el asunto que se ventilara cuando chó Am demandaba la soledad y el secreto, señalando momento en que estuvieran ausentes los cabreros.

Buscó Chano motivos de retraso para la entrevista, temiéndola como si presintiera no se sabe qué desconocidos daños.

Ya llegaba tarde á la majada, esperando á que allí descansaran reunidos los pastores; ora ingeniábaselas para que le acompañase al partir por la mañana un buen trecho algún com-

pañero, temeroso de que le hiciera par el viejo.

No pasaban inadvertidas estas estrategias á chó Am. Ellas le afirmaban en aquella suposición recelosa, que, día por día, iba al parecer aclarándose.

— Sabe... ¡ Vay !

Relacionaba recuerdos. Chano siempre pastoreaba por la banda del camino de la Poceta. Por lo tanto, debió haber visto á Camila y también hablar con ella. ¿Cómo, en punto al caso, no había dado noticia alguna? Negaba en redondo haberla visto, y aun añadía que desde una semana antes de desaparecer la viuda, no iba con el ganado por aquellos sitios cercanos al camino. Era, además, el hato de Chano el que abrevaba en el pozo en donde halló el dornajo con las escurreduras de agua sanguinolenta. Y este detalle no había sido explicado.

También gastaba ahora cuchillo nuevo. Cohonestando la substitución, dió una disculpa no muy convincente. Se le había caído de la vaina al echarse sobre la arena y en ella debió quedar enterrado, pues al percatarse de la pérdida, por más que buscó y rebuscó, no pudo encontrarlo, á causa de no poder fijar bien en cuántos sitios estuvo tumbado.

Todos estos detalles los sorprendió, sin revelar sus intenciones, á la buena de Dios chó Am, entre chanzas y bromas.

— ¡ Buena hoja !

— Nueva.

— ¿ Y el « cabo ? »

— También.

— ¿ Qué ? .. ¿ y el otro ?

— Perdióseme.

Y entonces, ingenuamente, contó Chano el lance.

— ¡ Bah, bah ! — continuó el viejo. — Ganas de farolear. ¡ Echa facha !

Dentro, ideas bien distintas se revolvían que se hubiesen traducido con más violentas palabras. Pero, era necesario callar aún.

Otro día chó Am encaróse con Chano.

— ¡ Contra ! Tienes la camisuela rajá.

— La Morisqueta, de una corná, cuasito me deja sin ella.

— Pos, parece de una manotada. Mía fe, que jurara que anduviste en jarana.

— Por éstas, que son cruces, que no me he « trompiado » con naide.

Y contó cómo la cabra, la Morisqueta, estando ordeñando á otra, acercóse á él rascándolo en el

pecho con la cabeza, y en uno de los movimientos metiéndole un cuerno por la abertura de la camisuela, y como él para espantarla le diera un manotazo en el cuello, asustado dió un salto atrás el animal, desgarrando el lienzo ya viejo de la camisuela.

— ¡ Ya... ya !, pues bien pudiste mandarla á recoser...

No creía estas cosas chó Am. Allá dentro en el magín tenía él otra visión, imaginada, pero que, poco á poco, acoplando detalles, le daba un hecho real con relieve y al vivo.

— Es él...

Chano cada vez sentíase más confuso. Nunca había sido tan reparón el viejo. Sobre todo, no paraba mientes tanto en cosas sin importancia, preguntando con machacona impertinencia, para luego, á pesar de lo que se le dijera, mantener aquel aire de mal disimulada incredulidad.

Sobre todo, creyó morir de miedo cuando el viejo le dijo :

— Tenemos que platicar solos.

Si bien él huía las ocasiones, chó Am advertíase que procuraba encontrarlas. Y al fin la halló. Una mañana, al salir todos de la majada,

el viejo, retrasando el hato, ya impaciente por marchar, dijo á Chano :

— Aspera, hombre. Te haré compañía.

— Casi me aguarda.

— Aguanta un poco. Ojea el ganado, mientras le echo una correa á esta confiscada soleta que se me cae.

— Si lo manda...

— Ajulia, Casi.

Casi marchóse tras su hato. Solos quedaron chó Am y Chano. Creyó éste morir, presa de un incomprensible pánico. Entretúvose el viejo fingiendo recomponer la soleta, que se había descalzado.

Cuando ya estuvieron á distancia los cabre-ros, siguiendo la marcha de sus respectivos ganados, chó Am irguióse, grave, transfigurado. Lejana diseñábase la silueta de los cabreros entre el polvo de arena que levantaba el paso de las reses retozonas. Nada podían oír.

Rompió á hablar.

— Vas á confesarte.

— ¿Yo?

— Todo lo sé.

— Pero, ¿ qué ?

— Tú la has matado.

— ¡Chó Am! ¡Por Dios! Se lo juro, ¿á quién?

— Dime en dónde la has enterrado.

Tenaz en sus ideas, como si en las preguntas fuese relatando la historia que había imaginado, no hacía caso de las turbadas contestaciones de Chano, que temblando se había echado al suelo y clamaba suplicante :

— ¡Máteme!

— Dime donde está.

El cabrero no salía de su grito implorador :

— ¡Máteme!

Lo sabía. Así le dijo chó Am, y con los detalles que había ido recogiendo en su espionaje, reconstruyó la novela de aquel asesinato de Camila. Sus celos se habían convertido en una arrai-gadísima certidumbre.

— ¿No te declaras?, — rugió. — ¡Peor! ¡Verás cómo la pagas! Haré justicia, como soy quien soy.

Luego, rápido, mientras el cabrero espantado le miraba con ojos llenos de súplicas, chó Am acomodóse, sacudiendo el cuerpo, el zurrón á la espalda, colgóse la mochila al brazo, y esgrimiendo corajiento el garrote en el aire, como si quisiera apalear á alguien, lanzó un silbo muy

agudo, que hizo estremecer á las reses de su hato.

Después dijo á Chano, mirándolo airadamente :

— Nos veremos.

Otro silbo, y el rebaño comenzó á andar.

XII

NOCHE DE TORMENTA

— ¡ Hum !

— Mal jocico trae...

El cielo se había encapotado. Negruzcos nubarrones cerraban el horizonte, tendiéndose sobre la ancha superficie del mar, allá en la lejanía. Á los picachos de los altos riscos asomábanse también nubes trágicas como si amenazaran, pesadas y asesinas, desplomarse de golpe sobre el llano.

— Con agua viene.

— Si no salta el viento, nos « entripamos ».

Comenzaba á caer la noche, ceñuda y ame-

nazante. Los pastores, presintiendo los estragos del temporal en puerta, preparábanse á capearlo lo mejor posible en medio de aquel descampado. Olfateando la tormenta los mastines, de vez en cuando lanzaban un aullido de alarma y las reses cabrías revolvíanse inquietas, apiñándose, como si el presentimiento del peligro, por instinto, las hiciera juntarse.

Con frecuencia, de la banda del mar, venían ráfagas de aire que removían y arremolinaban las arenas del llano. Aquellas nubes de polvo corrían sin descanso, dirigiéndose tierra adentro hasta el litoral opuesto de la isla. Al paso, azotaban las matujas salvajes, que crujían al choque de las arenas.

Á medida que la noche fué avanzando, el viento arreciaba. Desencadenóse bravíamente el temporal, pero sin agua. Era un brisote recio que removía hasta el seno, hasta dejar al descubierto la gredosa tierra, el inmenso arenal. Rodaban, impelidos por el viento, los silvestres arbustos, arrancados de cuajo. En su carrera remedaban el loco galope de bestias fugitivas. Entre el torbellino, la sombra de las matas, rodando, hacía fantásticos visajes.

Los altos médanos mudaban de sitio en unas

cuantas horas. Empequeñecíanse los que un momento antes mostraban su mole formidable, más allá otros, que eran pequeños, crecían y crecían, adquiriendo proporciones gigantes. Cambiaba el viento todo el aspecto del llano. Sacaba á flor lo que antes estaba soterrado, y, en muchos sitios, limpiándolos de arena, dejaba ver aquella superficie de *toscas*, de un blanco sucio como la cabeza de un tiñoso.

De allá, del mar distante, venía el clamor profundo de las olas. Era un grito largo, á veces como un plañido de queja, en ocasiones como un alarido de espanto. No cesaba. Extendíase por el llano, hondo y grave, como si arrancase del seno misterioso de lo infinito.

En medio de la obscuridad alcanzábase á ver, á mucha distancia, en el lejano caserío, alguna luz que aparecía un momento y al instante se apagaba. Sin duda eran labradores que buscaban en los predios vecinos al caserío algún animal extraviado.

Como si el temporal les placiese, venciendo al viento, algunas veces oíase el bramido de un camello en celo que corría el llano.

Aguantando la tormenta, de pie, afianzados en los garrotes, los sombreros de palma sujetos

con el pañuelo amarrado en la cabeza, estaban los cabreros vigilando el ganado para que no se desbandara, huyendo de miedo. Los perros ayudaban, manteniendo el orden en las reses apelonadas, ladrando y aullando con leves intervalos, según avisaran al ható ó se sintieran atemorizados.

— Si no goteara...

— No huele á chubasco.

— Siempre este brisote trae compañía.

No llovió. Pero durante la noche no cesó un momento de soplar aquel destemplado ventarrón que sacudía y removía todo el llano.

Al ver pasar las matas descuajadas rodando sin cesar, uno de los pastores dijo :

— Mañana caen como cuervos.

— Buena apaña.

— Pa « rosar » ¡ el viento !

— Lo menos treinta cargas.

Si amainaba el temporal, era seguro que al siguiente día, como bandada de cuervos, caerían sobre el *jable* todas las leñadoras del pueblo, pues se encontraban el trabajo hecho y no tenían más que amontonar los codezos y las aulagas, arrancados y esparcidos por la llanura. Al

clarear el día comenzó á cesar el viento y al salir el sol ya había saltado.

Ahora el aire era grave, pesado. Teñíase de rojo, de un rojo apenas apuntado. Pero la atmósfera era densa y no se alcanzaba á ver á cuatro pasos. Además, era sofocante. Casi no se podía respirar. Quemaba. Las arenas del fronterizo desierto del Sahara, invadiendo la isla, recalentadas, presentándose de pronto habían obscurecido el cielo, que presentaba violentos resplandores cárdenos, encendidos tonos de incendio aquí y allá, y pesando sobre la tierra como si quisiera aplastarla.

Era una sensación de peso lo que producía aquella atmósfera caliente, densa y perezosa. Además, inspiraba ideas lúgubres de exterminio y muerte.

— Peor, mucho peor.

Corrían riesgo los pastores de que se les enfermasen algunas cabras. Aquel polvillo se les metía en las narices, haciéndoles estornudar con estrépito y resollar carleantes, como si estuviesen rendidas por la fatiga de una larga y penosa jornada.

Ya había para un buen rato. Casi siempre la lluvia de arena dura tres días si no se alarga el plazo.

Era necesario acercarse á la playa. El aire marino, refrescado en las ondas, reanimaría á los rebaños.

Y emprendieron la marcha hacia la Caleta. Ya no había vereda. El brisote de la noche última, rodando las arenas, lo había completamente borrado. Á discreción iban orientándose, por conocer los parajes que aparecían transformados. Las cruces guiaban, pero algunas estaban soterradas bajo los médanos gigantes, que habían cambiado de situación y asiento.

Manchones de tierra al descubierto indicaban la fuerza del temporal. Acostumbrados á pisar, sin ruido, la arena muelle, los cabreros extrañaban la dureza de la tosca, sobre la que resonaban sus pasos con rumor seco, no calzando más que la soleta. Adheridas á la costra de tierra aparecían raíces con los filamentos desgarrados, como mordidos, y enseñaba su perfil puntiagudo una piedra blanquizca, donde las arenas se habían incrustado, formando una costra, y que ahora volvía á ver el espacio después de sabe Dios cuántos años bajo tierra.

Seguían los cabreros avanzando hacia el mar. Advirtieron el cambio del paraje, pero, acostumbrados á ellos, no se cuidaban de tamañas

pequeñeces. ¿Qué les importaba? Lo urgente era llegar pronto y ventear la frescura de los ondas. Acaminadas las reses, en medio de la rojiza cerrazón de la atmósfera que quemaba, algunas se tendieron en el suelo, negándose á avanzar, fatigoso el resuello, los huesos como atenzados y doloridos.

Los cabreros marchaban atentos al andar de sus rebaños.

Sólo chó Am, con ojo avizor, exploraba en torno de la ruta que seguían.

No vió nada.

XIII

HALLAZGO

Quedóse parado Casi mirando. Después, señalando con el brazo extendido á sus compañeros, dijo :

— ¡ Carriso ! ¿ Véis ?

— ¿ Qué ? ...

— Allá ...

Efectivamente, á lo lejos, unos cuervos

batían las alas á ras de tierra. En rápidos zizás descendían, posábanse unos instantes y luego, reanudando el vuelo, graves y siniestros remontábanse, manchando la azulina diafanidad del cielo, que tras aquellos días anteriores de tormenta y de *sur*, había recobrado sus claras transparencias.

— Algún perro muerto.

— Puede que una res desriscada. Si la cogió el brisote...

— Sí; ¡ carniza tienen !

Sólo chó Am callóse. Soleta ya había salido con el rebaño y tras él fuése poco después Chano, pastoreando el suyo.

La charla sosteníase entre Casi, Gorgojo y el viejo, que ya se aprestaban á partir también.

— ¿Vamos?, — preguntó Casi.

— Atrasito iré, — contestó chó Am.

— ¿Aspérola yo?, — indicó Gorgojo.

— No; hoy tiro para el cortijo, — replicóle el viejo. — Y además, he de marcar.

— Pues, entonces...

Agarró la cayada, y puso en marcha su ganado el mozalbete. En seguida Casi animó el suyo con el grito extraño de marcha :

— ¡ Gui ! ¡ gui !... ¡ Tumba acá, *Prieta* !

Y á la cabra rebelde le plantó en el anca una piedra.

Antes de que se marcharan los dos compañeros, chó Am, testimoniando su dicho, desenvainó el cuchillo y agarrando una de las cabras por el cuerno le hizo varios tajos en la oreja, que al instante comenzó á sangrar, manchando, en las sacudidas de la cabeza, el pelambre de la res.

— ¡Quita, *Bardina*!

Como esta otra cabra, que cogió después, lograra desasirse, chó Am echóle mano á una pata derribándola en tierra. También la marcó con el cuchillo con otra incisión en la oreja. Como era más arisca, al revolverse ella misma hizo que el tajo fuese más grande, y colgantes quedaron aquellos dos tirajos sanguinolentos.

Y paró. Cuando ya iban distantes los compañeros puso en movimiento su rebaño, dirigiéndolo hacia el sitio donde los cuervos revolaban á flor de tierra. Llevaba dentro un presentimiento. Hubiese querido andar de prisa y llegar pronto para saciar de una vez aquella ansiedad que le espoleaba sin tregua.

Pero el ganado, por más que trataba de animarlo en la marcha, gritándole con voces de coraje y azuzándole el perro, no salía de aquel

paso menudo y perezoso que, en momentos tales, resultaba desesperante.

Después, á la mitad del trayecto, vióse obligado á hacer un alto. Atravesaba la llanura un camello con una carga de aulagas para las caleras del pueblo, y no era cosa de enredarse en conversación con el camellero. No bien hubo pasado reanudó la marcha, y las « cantijas » que oyó más adelante le hicieron de nuevo desviar la ruta. Estaban por allí las leñadoras y no quería que lo vieran.

Al fin iba acercándose. Todavía los cuervos revolaban por allí, pero al aproximarse más huyeron graznando despavoridos, azotando con las alas el aire para ir á perderse, arriba, tras los picachos de la alta cumbre frontera. Cerca, á unas cuantas brazas, pasaba, blanco y polvoriento, al pie del risco basáltico, el camino de la Poceta. No era día de faena; además, no era hora de ida ni de regreso, y por tanto no era de esperar el paso de las lavanderas. Muy raro sería también que pasara alguien del cortijo de Famara.

Paró en firme, y como si su actitud, sin mediar voces, se hubiese comunicado al rebaño, éste hizo alto uniformemente al mismo tiempo. Aguzó chó Am la mirada, como si, aun conven-

cido, todavía dudara de la realidad que alcanzaban á ver sus ojos. Á poca distancia, sobre la blanquizca tosca, había un bulto informe, como un cuerpo de mujer, hinchado, putrefacto, monstruoso, y la tela del vestido movíase levemente al soplo cálido del viento, débil en aquellas horas de sol.

No se había engañado. Aquella corazonada que tuvo, sus presentimientos de siempre, encontrábanse ahora confirmados plenamente Allí. estaba ella.

Desde acá no le veía el rostro; mejor dicho, no detallaba la fisonomía en aquel montón de carne, que la tierra había llagado, hinchándola, y donde los cuervos picotearon hambrientos.

Sin duda las arenas, que, en montón, la cubrían, quizás formando un alto médano, habían soltado su presa bajo el azote del viento huracanado que las empujara lejos.

No era tan implacable en esta ocasión que, sellando un secreto, ocultara la mísera historia de una vida acabada con tan trágico fin. Ahora, arrepentida de sus silencios, queriendo denunciar la crueldad de los hombres, abría su seno misericordioso mostrando aquella repugnante

carroña, despojo inútil, para que la inflexible justicia se cumpliera.

Quizás algo de esto, con más tosca ideación y menos imágenes, cavilara chó Am, inmóvil, silencioso, un tanto conmovido.

Tras largo rato de indecisión intentó avanzar. Como si temiera ser sorprendido en un delito, violando una sagrada sepultura, miró en torno con ánimo inquieto y ojo escrutador. Nada alcanzaba á ver en los alrededores del paraje desierto. Lejanas sonaban las « cantijas » de las leñadoras y de mucha mayor distancia venía, á lo largo de la llanura, el eco del broar colérico de los mares batiendo la costa.

Con callado andar acercóse, como si temiera despertar á la muerta. Un terror supersticioso le sobrecogía, ¡ á él con ánimos de tanto temple !

Calentándose al sol, sobre una piedra, vió un lagarto, enorme y verdinegro, y su piel viscosa rebrillaba á la luz cenital. Los ojos del animal, vivos y llameantes, fijábanse tenaces en el cuerpo informe de la muerta. Parecía el lagarto hacer compañía, velándolo á la vez, al cadáver, inmóvil y vigilante. Ni aun al oír pasos huyó... Chó Am acercóse más para reconocer la muerta. Era Camila. Mal se distinguían ya las facciones

en aquel rostro informe y los pingajos de su traje descolorido que comenzaba á podrirse velaban pudorosos el cuerpo rígido y allá en los pies, como garras amenazando, mostrábanse negras, afiladas, las uñas crecidas...

Vencidos los primeros sobresaltos el viejo púsose á mirar detenidamente. No había en aquel cuerpo señales de muerte á punta de arma blanca. Caían por tierra todas sus sospechas. No era una víctima de la bestialidad de los hombres; Chano no...

Así pensaba, fijándose en que no había señales de herida alguna en aquel cuerpo. Unos coágulos de sangre reseca asomaban á flor de labio. Era lo único que señalaba violencia. La presión del camello al aplastar el costillaje había determinado los borbotones de sangre y aquellas manchas negruzcas del cuello eran el rastro de las dentelladas carniceras.

— ¡ Los juicios!... ¡ los juicios! — clamaba monologuando chó Am, asustado de sus propios pensamientos temerarios de antes.

Con ojos piadosos contempló el cadáver largo tiempo. Allí esperaba hasta que pasara gente, dándole aviso del fúnebre hallazgo.

Al fijarse en una de las manos cerradas de la

muerta alcanzó á ver en ella, sallendo por entre las junturas de los dedos, unas hilachas de tela. Fijóse más, y aquellos colores del trapo hiciéronle de pronto estremecerse. Trató de cogerlo. La mano resistíase á soltarlo, como si fuera una presa; era la punta de un pañuelo.

Chó Am miró al cielo.

— ¡ Dios !... ¡ Al fin !...

Y calló, como si también hubiese muerto.

XIV

LA ENTREVISTA

Á nadie dijo una palabra chó Am. El secreto de su hallazgo quería guardarlo á todo trance.

Retiróse con el ganado, y allí dejó el cadáver de Camila al descubierto. Malo sería que alguien pasara por el camino y no lo alcanzara á ver. Estuvo durante la tarde á la expectativa, situado á corta distancia, mientras el rebaño, indiferente á las hondas tragedias de los hombres, mordisqueaba las hierbas raquílicas que de milagro

parecían nacer en aquellos parajes. Al atardecer ya sintió las voces y los silbos de los pastores, el son de las esquilas de las cabras y el ladrido de los perros, anunciando que retornaban á descansar en la majada. Era hora de volver. Indicaban los rebaños su paso levantando nubes de polvo que enturbiaban la azulina diafanidad del cielo.

También chó Am puso en movimiento el suyo, con intento de llegar pronto á la majada. Antes ató una de las reses al tronco de una robusta aulaga. Tentó á ver si las raíces del arbusto cederían al tirón del animal, desesperado al verse solo. No, no había cuidado.

Llegó á tiempo que los compañeros también llegaban. Aún no obscurecía. Una dulce claridad de ocaso, con suaves resplandores rojizos que teñían los confines lejanos sobre el mar, encendía el aire, perezoso, sobre la llanura; y en las cresterías de las montañas la luz última del sol ponía colores de violeta, que poco á poco iban desvaneciéndose, hasta borrarse.

Por fin llegó la noche. Cayeron las sombras invadiendo el llano.

Cenaron los cabreros. Chó Am mostróse jovial, y para animar la tertulia, contó un

cuento más; la historia de aquellos *guanches*, primitivos pobladores de la isla, que se refugiaron en la cueva de Zonzamas.

Después, cada cual, antes de dormir, fué á dar una vuelta á sus respectivos ganados.

— ¡Diantre!, — exclamó el viejo. — ¡Pues no me falta la *Regalada*!

— Se habrá rezagao...

— No sé cómo se me distrajo... ¡Y dir ahora!

— Mañana. No se pierde.

— ¡Diantre, no! ¿Y si algún perro carnicero me la trinca? ¡Cuidado con ello!...

— Sí; mejor es buscarla.

Lanzóse al llano el viejo. Era lo que quería. Por más que algunos compañeros, y sobre todo su hijo, quisieron acompañarlo, él negóse en redondo. ¡Qué tontería! ¿Acaso tenía miedo?

Cuando se vió solo, á alguna distancia de la majada, apagó el cigarro, para que por el resplandor de la lumbre no conocieran los compañeros la dirección que tomaba. Orientóse y echó á andar hacia el camino de la Poceta. Marchaba á saltos, deseoso de llegar al instante. Estuvo luego unos minutos indeciso sin poder dar con el cadáver, y le entraron sobresaltos. ¿Se lo habrán llevado? No era posible. Hasta

que obscureció, á nadie había visto pasar por aquellos lugares. Ya obscurecido, era difícil que nadie le viese, pues estaba á unas cuantas brazas del camino. Pero, tal vez el hedor de la carne muerta...

Dió con él á la postre, cavó en la tierra con su cuchillo, abriendo un hoyo. Asustábase del ruido del acero arañando aquella arenisca amasada. Además, sin herramienta el trabajo era penoso y largo. El ahinco en la labor suplió todas las deficiencias. Abierto el hueco, colocó en él el cuerpo putrefacto, que entre sus brazos se doblaba. Miróse después la camisuela, por si le había quedado alguna mancha. No; en ella no se denunciaba ningún rastro.

Luego, antes de echar la removida tierra, besó un puñado :

— Chó Am jura que hará justicia.

Y cubrió el hoyo, apisonando después la tierra. Ya el viento, rodando las arenas, se cuidaría de borrar toda huella.

Ahora si que el secreto estaba enterrado para siempre. No había peligro de que el cadáver de Camila volviese á quedar otra vez al descubierto.

Recogió la cabra, y tornó, preocupado, cavi-

lando planes de justicia, á la majada. Cuando llegó, todos estaban durmiendo.

Soleta, que se despabiló, interrogóle :

— ¿Hallóla, pae?

— Sí, la hallé; dígame que la hallé...

Nada más hablaron. El viejo tumbóse también para dormir. No pudo. Allá dentro atenzábanle mil ideas distintas. Boca arriba, los ojos muy abiertos, miraba parpadear tranquilas en un cielo claro las blancas estrellas. ¡Cuántas!

Conmovíale hasta lo más hondo de las entrañas, ¡cosa rara! en aquella noche, el balido lastimero, como llanto de un niño sin madre, de un cabritillo. Así, sin dormir, vió que el último lucero, lejano y misterioso, al anunciarse la mañana, también se despedía como un fraternal amigo, melancólico, lagrimeando su pálida luz...

Cuando iba ya á romper el día, fué él quien despertó á los compañeros.

— ¡Arría!... ¡Jadarios!

Estaba de broma. Los cabreros no le habían visto nunca tan de buen humor como entonces. Apercebidos los rebaños, cada cual tomó su dirección acostumbrada.

— Tumba hoy pá Maramajo, — dijo chó Am á su hijo.

— No hay pasto, — replicó Soleta.

— Que vayas, digo. P' allá voy también. Iremos juntos.

Anduvieron juntos padre é hijo largo trecho, par á par los rebaños. Iban silenciosos.

De pronto chó Am paróse, y con movimiento rápido de la mano desanudó el pañuelo del cuello á Soleta.

— ¡ Condenao ! ¿ Te has roío la punta ?

— Se me ha rompío en un tirón.

Encendiéronsele los ojos al viejo, llameando vivos; todo su cuerpo tembló con una vibración de cólera suprema, mientras su mano, sin acertar, buscaba el bolsillo de la camisuela.

— Mira, ¿ será éste ?

Y le mostró un pedazo de tela de los mismos colores que tenía el que llevaba puesto el muchacho. Quedóse inmóvil éste, pálido, como muerto.

— Es... ¿ Lo sabe, pae ? — pudo decir al cabo de unos instantes, trémulo, tartamudeando, bajo el mirar fiero de aquellos ojos que parecían apuñalarlo.

Contó, después, como pudo, Soleta la historia de aquella muerte trágica de Camila. Fué una tentación primero; luego una desgracia. Estaba él pastoreando el ganado cuando vió venir por

el camino á la lavandera. Iba sola. De pronto sintió la idea tenaz de asaltarla. Fué una locura, un golpe de la sangre que lo empujó, escondiéndose tras las matas unas veces, y de los médanos otras, hasta el camino. Abalanzóse sobre ella, que se defendió en lucha á brazo partido, mientras la niña lloraba. Al sujetarla por el cuello, bajo la brutal presión de los dedos, vió con espanto que ella abría desmesuradamente los ojos, y por la boca arrojaba sangre, en tanto que las manos agitaban, con estremecimientos desesperados, el aire. Tuvo entonces miedo y la soltó, viendo que caía desplomada en tierra, sin un grito, callada, respirando con esfuerzo estertoroso. Y á poco, muerta.

Huyó, pero la niña, como petrificada por el terror, lloraba. El pollino siguió impassible el camino, porteando la carga.

Pensó en enterrar el cadáver. Puso el oído á ver si todavía respiraba. Nada. Abrió con las manos rápidamente un hoyo en la arena y enterró á la muerta. Si al pronto no la descubrían, había tiempo para hacer otra sepultura más honda.

Ya con las semanas transcurridas, creía que no era necesaria.

Chó Am escuchó á su hijo en silencio, sin dejar de mirarlo con aquellos ojos encendidos de cólera exaltada.

Y cortó la conversación, diciendo tranquilo :
— ¡ Bueno ! Dentro de unos días nos vamos.

XV

DE CAMINO

Después de cenar en el corro de los pastores, chó Am, de pronto, díjoles :

— Nos vamos.

Quedáronse sorprendidos los cabreros. Aquel viaje inesperado llenólos de confusión. ¿ Adónde iban ahora con el rebaño ?

Chó Am explicóles el motivo de la repentina marcha con su hijo. Con aire jovial contó sus propósitos, há tiempo madurados. Era ya llegada la hora de casar á Soleta.

— ¿ Contra quién ?, — preguntáronle. Nadie sabía de los enamoramientos del muchacho.

— Es cosa mía y de mi comadre Tomasa.

Dende largo tenemos apalabrado el casorio de los chicos. Gilda es ya una mujer de trabajo y es un buen apaño.

Celebraron la suerte de Soleta los cabreros. Conocían bien á Tomasa, la de Só, con buenos puños para el trabajo y su poco de hacienda, unos « fisquitos » de terreno que daban buena cosecha de moniatos y sandías, tras granar unas cuantas fanegas de centeno. Casa también tenía, amén de camello para la labranza y el acarreo.

Había enviudado unos cuantos meses atrás y necesitaba un hombre al frente del laboreo y de los cuatro tirajos que eran de su disfrute y pertenencia. Gilda era buena moza, cercana ya á los veinte, y aceptaba el marido en promesa.

Cierto que los chicos no se habían tratado, pero los padres habían tratado por ellos. Verdad era también que Soleta tenía que dejar la guarda de ganado para meterse al oficio de labrador y á la par de camellero. Bien pronto se avendría. Acercar á los muchachos, motivaba la marcha hacia las cercanías de Só. Pastorearían en los aledaños del lugarejo, y los domingos podrían avistarse los novios para el « moseo », ya que tan próximas estaban las bodas comprometidas y era urgente que Soleta se fuera haciendo cargo, al

cambiar de vida, saltando de cabrero á labrador, de sus nuevos menesteres, del estado de la hacienda que la mujer aportaba, y al mismo tiempo, « cogiendo gusto » al trabajo de las tierras que en adelante había de ocuparlo.

Decidieron la partida para dentro de una semana. Transcurrían los días, largos y tristes para Soleta, lleno de medrosas incertidumbres. El silencio hosco en que había caído su padre, llevábale al ánimo una impresión de temor angustioso. ¿Qué cavilaba el viejo? Con los demás mostrábase chó Am alegre, conversador. Nunca se le había conocido tan abierto de carácter, ni con tan locuaz regocijo. Á solas, sorprendieron algunos de los cabreros pensativo y hasta, así por lo menos lo parecía, lloroso. ¡ Ya ! Era para entristecer la cosa. Iba á perder el viejo la compañía del muchacho, después de tan largos años juntos, corriendo el llano tras de las retozonas reses de su rebaño. Se casaba el chico, y ¡ rancho aparte !

Soleta no se explicaba aquello de la boda. Nunca le había dicho su padre ni una palabra acerca de sus proyectos. Casi no conocía él á Gilda. En fin...

La noche antes de la partida, noche de claridad

lunar en el cielo, que se extendía también por todo el llano, blanco en su inmensidad de páramo, se prolongó bastante la velada. Por entonces serían las últimas horas de charla íntima, en corro, al socaire de la choza donde tantas se habían vivido en estrecha confianza, como una tribu patriarcal, solitaria, errante, en aquel arenal desierto que tanto amaban. Para cenar, con honores de fiesta, se mató una res y su sangre aun fresca chisporroteó sobre las ascuas. No era aún de día cuando ya estaban en pie los cabreros.

Casi agonizante, en la lejanía del horizonte, sobre el mar, parpadeaba humilde el lucerillo del alba. Despabilaron los hatos, á silbos, acuciando los canes. El ladrido de éstos, en la paz de la mañana, resonaba estridente á lo largo de la llanura en soledad. Se despidieron.

— ¡ A más ver !

— ¡ Que recalén por acá !

— Por la boda, ya saben, los aguardo.

— Adiós, chó Am.

Los rebaños se pusieron en marcha. Chó Am, pastoreando el suyo, encaminó las reses por la vereda, levemente indicada, que llevaba á Só. Entre nubes de polvo bien pronto se perdieron

de vista los cabreros, marchando en distintas direcciones.

Á la vera de su padre, silencioso, los ojos en el suelo, apoyándose en el recio garrote, iba Soleta. Chó Am escudriñaba la lejanía, á través de aquella tierra áspera y salvaje, y de vez en cuando miraba al cielo, alegre como nunca con radiosa claridad del día, y hubo un momento en que sus ojos, que seguían mirando á lo alto, se aguaron, no se sabe si heridos por la luz ó ante la visión de aquellas dos palomas salvajes extraviadas, juntas, agitando á compás las alas, solitarias en el azul infinito, que parecían peregrinar también por el cielo como ellos erraban por la tierra.

Con disimulo chó Am secóse los ojos con la manga de su recia camisola de lienzo. Miró á lo lejos, y vió completamente desierto el llano. Ya los compañeros habían desaparecido. Cobró ánimos, reanudando la jornada. Marchaban padre é hijo juntos, callados.

De pronto, chó Am preguntó :

— ¿Recuerdas la historia de Abraham?

— Sí, pae.

Hubo una pausa. Soleta tembló con miedo de que nuevamente su padre lo interrogara.

Ladró el perro, lanzándose á la carrera tras un pobre pajarillo, que, asustado por el rebaño, había levantado vuelo, alejándose torpemente á ras de tierra, tropezando en las matas salvajes.

— Pues bien, — comenzó chó Am, — sabe que Abraham fué un patriarca de hace muchos años, según cuentan libros muy viejos... ¡ Jurria acá, morisca !... — y tiró una piedra á la res descarriada, — y Abraham tenía un hijo, á quien llamaron Isaac. El patriarca estaba en la gracia de Dios nuestro señor y en el respeto de la gente de la tribu santa de Israel...

— ¡ Pae !, — interrumpía con voz sorda, tremente de angustia, Soleta, ahora andando á la zaga de su padre, como lebrel humilde rastreando á su amo.

El perro, á distancia, aullaba ahora como llamándolos. Sus dientes despedazaban, mordiéndolo, el cuerpo del pajarillo, que al aletear, ya moribundo, esparcía sus oscuras plumas al aire.

— ¡ Acude, verdino !, — gritó corajiento chó Am.

El perro soltó la presa y tornó á flanquear el rebaño. Tras un breve silencio, el viejo continuó :

— Quiso un día el Padre Eterno probar las virtudes del patriarca. Y le envió un ángel mandándole sacrificar á su hijo, ¡el hijo único de sus entrañas !... ¿Sabes?...

Y la voz zaguera de Soleta imploró de nuevo :

— ¡ Pae !...

Pasaban entonces junto á unas aulagas, cuyas flores amarillas semejaban flores de muerto. Cabe el sombrero del arbusto silvestre, herido, con el pico en tierra, el pajarillo estaba inmóvil, ensangrentado. Tenía aún las alas abiertas, como si todavía intentara volar.

— ...Era llegada la hora tremenda, — reanudó chó Am. — Por encima del cariño de padre, el más grande del mundo, según dicen, está la ley de Dios... ¿Sabes?

Como un quejido, á la dura interrogación paterna, contestaba la voz de súplica :

— ¡ Pae !...

— Sí; por encima de todo está la ley de Dios...

Y siguieron andando por aquella vereda borrosa y sin fin. La arena, caldeada, resplandecía al sol. Todo el llano, color de oro, era una fiesta de luz. Distante, el mar vestía su azul más puro, y en la calma matinal había acallado su ronca voz de cóleras trágicas, y era su murmurio

lejano, en la playa, como un arrullo de madre ante la cuna. Las reses marchaban lentas, sonando las esquilas en la placidez del aire en calma.

La jornada era larga. Chó Am calló meditando, quizás apesadumbrado. Su silencio parecía revelar una tristeza honda.

Detrás, Soleta iba sosteniéndose en su garrote de pastor, repitiendo de vez en cuando en la soledad del camino, al parecer sin término, su grito angustioso de súplica :

— ¡ Pae !...

XVI

FIN DE JORNADA

Llegaron á orillas del mar. Era un paraje desierto. En la arena no se divisaba rastro de pisada humana. Quizás en largo tiempo por allí no había pasado nadie, ni siquiera una res extrañada. Sobre la playa había un cesto podrido. Quizás perteneciera á un pobre pescador que en

aquellas aguas halló muerte ignorada; tal vez sería resto de un naufragio que las olas escupieron á la tierra.

Entre las dos restingas de lava volcánica que avanzaba en el mar, la charca se ofrecía mansa, soleada. Enfrente, la inmensidad desierta de los mares; detrás, el llano inmenso, siempre solitario.

— Ya llegamos — dijo chó Am y silbó para que el ganado hiciera también alto.

Grave, desenvainó su cuchillo, aquella arma blanca, reluciente, con que desollaba las reses y acometía á los mastines carniceros degollándolos.

Después, en una laja comenzó á afilarlo, siempre mudo, siempre grave.

Soleta, temeroso y espantado, miraba aquellos trágicos preparativos de sacrificio que presentía, con ánimo acobardado. Ásperamente, con sonido escalofriante, rozaba el acero la piedra, movido por la mano recia de chó Am.

Por no ver el blanco repulsivo del arma, que le hacía temblar las carnes y flaquear las piernas, Soleta cerró los ojos, y en aquel gran silencio del paraje desierto, el ruido del arma, aun cerrados inútilmente los ojos, le infundía un pánico insuperable.

Instintivamente dobló la rodilla sobre la húmeda arena, implorando :

— ¡ Pae !...

— Guarda...

Terminó la trágica faena chó Am. El arma estaba limpia, cortante. Estaba á punto para tajar la mano maldita. — Prepárate...

Buscó con la vista el viejo un peñasco que sirviera de ara.

— ¡ El Credo !... — murmuró con voz sorda.

Soleta permaneció inmóvil y callado. De nuevo insistió chó Am :

— ¡ El Credo !

— No sé... no...

— Repite...

Su voz enronqueció. Lentas, sordas, iban saliendo sus palabras.

— Creo en Dios Padre...

Y el muchacho sollozando repetía :

— Creo en Dios...

De vez en cuando, Soleta interrumpía el rezo, suplicante :

— ¡ Pae !...

Acabaron el rezo. Chó Am encaminóse hacia el peñasco. Tras él, sumiso, casi sin ánimos, marchó su hijo.

— Dios nos perdone, — dijo el viejo. — Es llegada la hora...

En su mano brillaba la hoja del cuchillo empuñado.

— ¡ La bendición, pae !

Inclinó Soleta la cabeza, para besar la mano del padre en aquel instante supremo de perdones. Al avanzar la mano, vióse que temblaba, y que se abría para que Soleta la besara. El cuchillo cayó, hundiéndose la hoja en la arena removida, como arma clavada.

El muchacho llevó los brazos al cuello de chó Am. Éste intentó desasirse, pero los brazos se agarraron tenaces. Fué como un sollozo lo que se oyó al principio; después, en un abrazo largo, rumor de lloros, que se confundían, rompió el silencio de la playa solitaria y de las aguas en reposo.

El viejo también, poco á poco, sin darse cuenta, fué llevando sus brazos al cuello del muchacho.

— ¡ Pae !... — decía.

— Sí, — hipaba el viejo. — ¡ No soy el otro !... ¡ soy chó Am !... ¡ tu padre !

Y el agua en la orilla pareció que en su murmullo también lloraba.

EN LA NOCHE

Sonó un golpe en la puerta.

— ¿Quién?

— Un «cuerpo».

Dentro de la casucha oyéronse voces y pronto encendieron luz. Seis viviendas, cuyas paredes se caían de puro viejas, daban al lugar aspecto de calleja. Soterrábanse las de un lado bajo la inmensa mole de la «Mareta», la gran alberca á donde acudía por agua, en los «años de hambre», la gente de todos los pueblos de la isla. Los «testes» del gran depósito, altos bordes de tierra movediza, día por día y año tras año iban, asaltando las tapias, invadiendo las casuchas asentadas al pie, cegando los patios, con la amenaza de enterrarlas para siempre.

— ¿Abren?

— ¡Presto!

Volvió á reinar el silencio. Fuera, los hombres arrimándose á la pared, en espera, encendieron los cigarros.

En medio de la calleja, alto, inmóvil, en pie, espatarrábase un camello. En la cruz de la silla un muchachón adormilado cabeceaba; en uno de los brazos, que sirven de asiento, una piedra contrapesaba la caja, bien cinchada, con el difunto dentro.

— ¿Eh? ¿Merto?

— Mande.

— Avía.

Restregóse los ojos con los puños el muchachón, y sacudiendo un golpe con la vara al animal, que bramó colérico, gritó :

— ¡Tuche !... ¡tuche, camello !

Dobló las patas delanteras la bestia, después las de atrás, echándose al fin sobre el suelo. Á cada movimiento, el muerto, con rumor seco golpeaba las tablas de la caja.

Con el candil en la mano apareció una vieja en la puerta.

— ¿Quiénes?...

— Nosotros. Traemos á « chó » Antón.

— ¿« Chó » Antón?...

— Sí.

— No es casero.

— Primo de « señó » Pedro. Nos manda traer aquí el « cuerpo ».

— Si manda...

Que entraran al muerto hasta la hora del entierro. Cosa era, bien mirado el asunto, de negar la entrada en redondo. No había derecho á ello. ¿Acaso el finado vivía bajo el mismo techo que el « señó » Pedro?

Bien sabía ella sus deberes. Tenía la casucha para vivirla á su antojo y como propia. Por las fiestas, en bodas y entierros, la familia del casero tenía derecho á utilizar la casa. Nada más.

Mas, puesta á transigir, la vieja dijo á los hombres, franqueando el umbral :

— Adentro.

Entraron la caja, colocándola al centro del cuartucho, frente á la puerta, sobre la tierra apisonada del suelo. No había más habitación que aquella. En un rincón, sobre un gran camastro á usanza del país, chó Juan, el marido de la vieja, por entre las mantas, incorporado, asomaba el rostro flácido de enfermo, coronado por greñas blancas, la barba larga y salvaje, los ojos mortecinos, con perfil de santo viejo.

Llegóse la mujer á la caja de cedro y revol-

viendo entre la ropa blanca, oliendo á camuesas, sacó las cuatro velas casi consumidas.

— ¿Véislo? Finiquitan. Pa otro ¡ que merque nuevas el casero !

Encendió los cirios y la lamparilla de las ánimas que había de acompañarlos toda la noche.

— Merto, mete el camello.

— ¿Onde?

— Allá...

Señaláronle el patio. Ya sabía. Salió el muchacho, y dando vuelta á la calleja, entró el camello en la gañanía, sin puerta y sin argolla en la pared para atar al animal.

Hízolo echar y le trabó las patas con la cuerda del ronزال. No; no se saldría. Era mansa la bestia.

Cuando volvió charlaban en el cuartucho.

— ...¿ Y se fué?

— Atardeció. Ya descansa. ¡ Qué morir más perro ! Miedo daba verlo, como loco y bramando adolorío.

— ¡ Dios le tenga en su santa paz !

Allí quedaba á la custodia de los viejos el cadáver de chó Antón dentro de la caja, el rostro desfigurado por los vivos dolores de los

momentos últimos. Los hombres tenían que llegarse á cualquier lonja á despabilar el sueño comiendo y bebiendo. Pronto había de llegar, al romper el día, la gente del acompañamiento.

Cuando todos se fueron, cha Rosalía, mientras el marido bostezaba en la cama, cogió el rosario y sentóse, en un rincón, al modo moruno, sobre el duro suelo.

— Espabila, Juan.

— ¿Qué?...

— Recemos.

Nada se oía. Silencio grave reinaba, no sólo en el quartucho y en la calleja, sino en todo el pueblo, en descanso á aquella hora, las casas cerradas, las calles desiertas. La noche solemne imponía en torno su medroso encanto de misterio.

De vez en cuando, lejano, cóncavo, triste, oíase el quejido de un perro. Aullaba lastimero, con grito de angustia y sobresalto.

— Padre nuestro...

Callaba dormido el viejo.

— ¡ Juan !

— ¿Qué?

— Contesta.

— ...Amén.

Y dando vuelta en la cama, de nuevo chó Juan tornó á dormirse, mientras que la mujer, en el rincón, continuó rezando al velar al muerto.

Y siempre el silencio. Nada lo turbaba en la calle. Tampoco en el cuartucho. En el rincón la « destiladera », con la pila en alto recubierta de verde culantrillo, rezumaba el agua que, gota á gota, lenta, rítmica, caía dentro del ancho « bernegal » de barro, que ocultaban los platos de color.

En medio del silencio chisporroteaban, lagrimeando cera, los cirios, y con regulares intervalos sonaba el golpe del agua : ¡ chi !... ¡ chi ! Á veces caían dos ó tres gotas á un tiempo con rumor más seco : ¡ plaf !...

Acabó chá Rosalía de repasar todas las cuentas del rosario, y el marido continuaba durmiendo.

Ya roncaba. Los hombres no volvían. ¿Qué hacer para no rendirse al sueño? Comenzó otros rezos, por las ánimas de sus difuntos. Presentes los tenía. Todos los años, por Finados, en la iglesia encendía veinte velas, pegándolas al suelo, una por cada muerto de la familia recordado.

— Padre nuestro...

Suspendió el rezo. Las luces de los cirios oscilaban.

— ¡ Uf !... Santo Dios, ¡ qué aire !

Fijóse en la puerta que daba al patio. Estaba bien trancada, pero el postigo abierto. Ella misma lo entornó para que se renovara el aire de la vivienda.

Iba á incorporarse para cerrar, cuando sintió como si empujaran la puerta. Tuvo miedo. En el ventanillo entreabierto alcanzó á ver un ojo grande, monstruoso, que se removía entre una pelambre hirsuta. Desapareció, tornó á asomarse. Luego, junto á la puerta, rumor como de pasos. Y aquella pupila impávida, desde el postigo, en acecho, como alma en pena.

En el cuartucho, el mismo silencio. Del camastro salía el ronquido largo del viejo, y en la destiladera, el agua continuaba cayendo gota á gota : ¡ chi !... ¡ chi !... ¡ plaf !

Quedóse en el rincón muerta de espanto. Era el ánima de chó Antón, que no hallaba paz. Así fué su morir desesperado. Alguna culpa grave de su vida tenía su alma en pena.

Quiso gritar llamando al viejo, y no pudo. Intentó incorporarse, y negáronse al esfuerzo las piernas. Mentalmente invocó á Dios para que

perdonase al alma pecadora, indultándola de este doloroso peregrinar por la tierra.

Aquella lucecita extraña que vagaba en el hueco del ventanillo, como fija en el muerto unas veces y otras en ella, era el alma misma de chó Antón.

Ni siquiera podía hablar, mientras sus ojos espantados procuraban huir la visión de aquel mirar que parecía que imploraba.

Así estuvo largo tiempo, creyendo morir. Tornaban ya los hombres, hablando á voces, calleja adelante hasta llegar á la casucha. Merto separóse del grupo para « dar una vuelta » al animal. Los otros empujaron la puerta y entraron.

— ¡ Ah, de casa !

Despabilóse chó Juan. La vieja no respondía, y sus ojos, trágicamente espantados, siempre fijos en el postigo.

Sacudieronla, y pareció despertar. Con el aire, los cirios se habían consumido casi por completo, y dos se habían apagado.

La vieja tartamudeaba :

— ¡ ...en pena !

Y ponía los dedos en cruz.

Los hombres se extrañaron de verla así.

— ¡ Como una uva !...

Rompieron á reir estrepitosamente, sin respeto al muerto, creyendo á la pobre mujer borracha.

Allá por el patio se oía la voz de Merto bregando con el camello. Ante los golpes del muchacho, el animal empujaba la puerta, asomando por el postigo la cabezota, bramando con grito de coraje y de dolor.

Merto continuaba :

— ¡ Tuche !... ¡ Tuche, camello !

LAZARINAS

Bajo la amplia arcada, en aquel rincón del patio, la sombra amable convidaba al reposo cuando ya descendía el sol de la tarde. Pomposas y audaces, las yedras trepaban por las columnatas, encuadrando las altas ventanas, derramando por las paredes su verde y tupido follaje. También las madresevas acometían el empeño de trepar, mas contentábanse con poner un festón de hojas á las arcadas y con abrir sus flores olorosas que llenaban de fragancias el aire. Á ras de tierra, asomándose en algunos sitios al borde del bajo muro que circundaba el jardincillo en el centro del patio, los rosales abrían sus capullos rojos y blancos, y los alelíos esperaban el viento de la noche para deshojarse.

Caía monótono el chorro en el surtidor, y era,

en aquella soledad del claustro, solemne y arrulloso el son del agua.

Las voces de las lazarinas que charlaban en el rincón de sombra, sentadas en los poyos de cantería adosados á la pared, al fondo del claustro, callaron de pronto :

— ¡ El capellán !

Allá por la galería resonaban los recios zapatos del pobre cura sobre el pavimento enlosado, y su viejo manteo barría el suelo, caído al desgaire. Ya se envolvía en él, al salir á la calle, para encubrir los remiendos y los manchurrones de la sotana.

Llegó jovial :

— Eh, ¿ se toma el fresco ?

— ¡ Con el calor que hace ! — contestó, humilde y á la vez afectuosa, Isabela, la más vieja de las lazarinas.

— ¿ Qué nos trae hoy ? — añadió otra.

— ¡ Ya veréis ! ¡ ya veréis !

Y el capellán puso en las manos purulentas é hinchadas de Lía, única que sabía leer, un libro de tapas resobadas.

— Lee donde marca, ¡ Una gran santa !

Las mujeres todas comenzaron á comentar las historias del santoral leídas en las tardes ante-

riores. Ninguna para ellas tan hermosa como la de Francisco de Asís. ¡Con qué melancólica emoción la recordaban! ¡Qué dejo de sencilla misericordia había dejado entre las tristezas de sus almas!

— También es hermosa esta. ¡Ya veréis!... Isabel de Hungría... ¡Una reina que con sus manos pulidas cura á los ñiosos!

Como si una dulce impresión de piedad y gratitud las conturbara, todas las leprosas callaron. Sólo Isabela aventuróse á decir.

— ¡Si que, entonces, fué santa!

Tras una despedida cariñosa, después de advertencias y consejos prudentes, el buen capellán, renqueando reumático y senil, alejóse en demanda de la calle, haciendo sonar el golpe de sus recios zapatones bajo las arcadas del claustro, y en el silencio del patio casi en soledad.

Aun esperaron calladas las mujeres á que se desvaneciera la silueta del capellán, al trasponer la enorme puerta allá al extremo fronterizo del patio.

En medio del silencio reinante, claro, estridente, de las celdas vecinas, llegó el grito de un loco.

— ¡Sálvense! ¡Que viene!...

Cada vez que sonaba este grito, á largos intervalos, sin saber por qué, estremecíase Lía de terror, de un miedo trágico. Parecíale que de pronto iba á invadir el patio, descompuesto, gesticulante, como una bestia feroz, aquel pobre, guardado por barrotes de hierro, enloquecido también por el miedo y la angustia una noche que vió que el barranco de su pueblo, salido de cauce, llevóse al mar distante, con las reses expirantes que arrastraba, al hijo único, en el revuelto remolino de las aguas airadas y clamantes.

— ¿Leo?

— Espera, vamos á acomodarnos.

Estrecharon el corro, sentándose algunas en el suelo, y dejando á Lía, la lectora, al centro. Por recabar el mejor sitio disputó Petra, regañona y de mal humor siempre, con una de sus compañeras. Pepa acomodó á Soledad, ciega, á quien servía de lazarillo en las horas de asueto, y le daba de comer, pues la lepra había roído lentamente los párpados de la pobre mujer hasta dejarle los ojos en llaga viva.

Hubo que suspender un momento más la lectura. Como era costumbre todas las tardes, llegaba Pancho á saludar á su madre. Ambos

eran elefanciacos, y estaban recluidos en los distintos departamentos del asilo. Con celoso cariño Isabela incorporóse para hablar con el muchacho. ¡Mal! Aquello iba empeorando. La voz del mozo se tornaba cada día más ronca, y la carne, hinchada en las manos y en la cara, comenzaba á reventar.

— ¿Vióle el médico?

— Sí; ¡ esperanzas !...

Y, entristecido, su voz hacía se opaca y sus párpados hinchados en vano esforzábese en cerrarlos.

— ¡ Pobrete ! — sollozaba la madre; y á coro las mujeres, más compadecidas del mozo en plena juventud que de ellas mismas, repetían la materna frase. Alguna fijábase en Lía, también joven, acaso hermosa, muerta en vida.

— ¡ Qué bien se está ! — dijo Pancho, aspirando á pleno pulmón el aire embalsamado del patio. Allí se estaba mejor que en la otra cuadra, en aquel patio desamparado, desnudo de árboles, destinado á los hombres, que saturaba un vaho de hospital, y sobre el que caían las rejas de las celdas de los locos, siempre gritando ó sacando afuera los puños convulsos, mientras sus ojos, desmesuradamente abiertos, sombra-

dos por las largas crenchas en desorden, miraban extraviados á lo infinito del espacio, á aquel lienzo de cielo azul, límpido y en calma.

En este otro patio ¡ qué bien olían las madre-selvas ! ¡ cómo cantaba el agua !

Enhebraron las mujeres la charla. Dejarían la lectura para la siguiente tarde. Sólo Lía protestó. Iban á perder aquella historia tan hermosa de la reina llena de piedades. La saltaría el capellán, creyéndola leída, y ya no podrían enterarse. Mas todas confiaban en las bondades del buen clérigo, y seguras estaban de que no las entristecería con un regaño.

Suelta la charla, revivieron, una vez más todo el pasado. Entre suspiros, cada una repitió de nuevo sus tribulaciones, avivando queridos recuerdos, evocando escenas de su vida en tiempos lejanos.

Repudiadas en los hogares, aisladas de todo humano contacto, se las había llevado á aquel encierro forzoso. Apenas si tenían noticias de los seres que amaron y amaban. Como si hubieran muerto y estuviesen ya enterradas, aquellas gruesas paredes y aquellas puertas bien herradas, que no habían de traspasar nunca, más que en la negra caja, camino del camposanto, las

aislaban para siempre del amor y de la vida. Á veces era tan poco piadoso el aire, que les traía el rumor del vivir alegre de las muchedumbres en las calles. ¡ Otros eran felices !...

— ¡ Mis dos hijos ! — decía llorosa la ciega. — ¿Cómo serán? Ya Marcela está para casarse. Es garrida y linda. También lo fuí... ¡ Que no pare en lo que yo he parado !

Como si el recuerdo de la muchachita casamentera despertase en Lía una penosa visión de su pasado, sus vivos ojos nubláronse aguados á la evocación del novio que todavía de vez en cuando y desde tan lejos escribía la diciéndola que la amaba y que á ninguna otra mujer había de desposar. Era un cariño sin esperanzas que una doliente misericordia mantenía en pie.

— Sola estoy en el mundo. Ni el consuelo de que los míos me amortajen... — plañía Petrona ; y la tristeza que mojaba en lágrimas su voz, ablandaba por un instante las asperezas de su carácter.

No hablaba nunca Pepa de su pasado. Ni aun á la ciega, su amiga, confiaba las intimidades de su existencia anterior. Reconcentrada y hosca, á pesar de su mansedumbre, á veces, en silencio

y á solas, se la encontraba llorando. Sufría ¡ Dios sabe por qué !

Nunca recibía visitas, ni siquiera cartas. ¿ No tendría familia? Sabíase que muy niña había ingresado en el asilo. Ni un rastro de sus primeros años era conocido. Si se le hablaba de su nativo pueblo, un caserío pintoresco enclavado en la sierra, decía que no lo recordaba. ¡ Era tan niña cuando lo abandonó ! Sin embargo, á través de su negativa, traslucían sus ojos el íntimo y doliente regocijo de su visión interior, aquella viva y alegre reproducción en la memoria del campestre rincón, de la casa aldeana, blanca en medio de los verdes sembrados, del regato que pasaba rumoroso bajo la sombra amiga de los árboles, de las bravas reses de labranza, del viejo can, centinela en las lindes y á orillas del camino de la rústica heredad solariega.

Luego quedábase pensativa, y suspiraba como si estuviese enferma del corazón. Quizás así fuera. Aquellos ahogos repentinos, aquellos llantos sin causa, aquella enorme tristeza que transparentaba de continuo, parecían emanar de un ignorado padecer interno.

Suspendida un momento la charla, Lía repitió de nuevo :

— ¿Quieren que lea?

Sí; que leyera. Abrió la muchacha el libro por la página señalada, y en sus manos torpes, enfermas, el grueso volumen mal podía sostenerse. Isabela la vieja comenzó á recomponer el moño en desorden de la ciega, que estaba acurrucada á sus pies, y sus dedos trabajosos enredábanse en los cabellos ralos y encanecidos de la pobre mujer.

Lía leyó en voz alta, y las compañeras la escuchaban en silencio. Ningún rumor inquietaba la soledad del patio, y sólo percibíase el ruido de las madre selvas y las yedras sacudidas por el viento, con más el rítmico son del agua cayendo incansable dentro del tazón de piedra. Y, con intervalos, astillaba el aire el grito trágico del loco :

— ¡ Sálvense ! ¡ Que viene !

La leyenda de la santa era piadosa y humilde. Hablábase allí de las viejas leproserías y de la desdichada suerte de los grafos en los bárbaros siglos medios. Y estremecíanse las lazarinas con escalofrío trágico, como si aún oyeran el áspero son de as carracas indicando á los viandantes los tristes lugares en que malvivían los leprosos. Después, á compás de la lectura, consolábanse,

como si hasta el fondo del alma les llegase el blando calor de aquel espíritu de misericordia que arrastró á los santos, á los grandes de la tierra, á compartir piadosos las miserias de los enfermos, el padecer de los tristes, el vivir desesperado de los pobres. Y la sugestiva figura de la reina Isabel surgía en el relato como flor de santidad y de humana misericordia. Oyendo la narración, los ojos doloridos de las enfermas lloraban en silencio.

— ¡Brrr !... ¡ qué frío ! — interrumpió Pepa, callando al instante.

La noche caía y sus primeras sombras comenzaron á invadir el patio. En el rincón donde se solazaban un momento las lazarinas la oscuridad se hizo densa, impidiendo la lectura.

Lejano sonó el toque de unas campanas, como un juego de rumores en el aire con que las iglesias de la ciudad avisaban la hora vespertina del « Angelus ». La del Asilo sonaba chillona, con voz agria y cascada, de vieja ya inservible.

— Recojámonos.

Fuéronse levantando las enfermas. Con paso tardo emprendieron algunas la marcha hacia el largo dormitorio común atravesando las galerías

en sombra, y sus pasos resonaban cóncavos en aquellos ámbitos desiertos.

Lía permaneció aun un instante en el patio. Así, en la semioscuridad, olían mejor las madre-selvas que escalaban las paredes y los rosales que abrían á ras de tierra sus capullos nuevos.

Con gusto hubiese estado allí hasta bien entrada la noche, haciéndose la ilusión de que estaba en la aldea saturándose del aire embalsamado del campo en flor.

— ¿Os quedáis?

— Ya vamos — contestó Soledad.

Sólo quedaban allí ésta y Pepa, su lazarillo y compañera.

Poco á poco fué desvaneciéndose el ruido de los zapatos de Lía que se alejaba suspirante, hasta hundirse y borrarse su silueta en la sombra de la larga galería, en cuyo fondo clareaba el hueco de la enorme puerta, iluminada por el farol recientemente encendido.

— ¿Me das la mano, Pepa?

No contestaron á la ciega. Al pronto sintió una inquietud de miedo al presentir que la había dejado abandonada y sola. ¿Qué iba á ser de ella? ¿Cómo llegar, sin lazarillo que la guiara, atravesando las galerías, subiendo la escalera de

piedra, hasta el dormitorio en lo alto del asilo?

No podía ser. Era imposible que Pepa se marchara, dejando en abandono á su compañera. Nunca había acontecido. Sin duda estaba dormida, sentada en el muro y espaldada en la pared.

La ciega comenzó á llamar.

— ¡ Pepa !

Nadie respondía. Entonces Soledad dió voces más fuertes, para que se oyesen á distancia. Sonaban á súplica y á miedo.

— ¡ Pepa !... ¡ Pepa !

Extendió los brazos y palpó las duras losas del poyo de asiento, solitario y humedecido. Á poco dió con los pliegues de una falda, y tiró con fuerza de ellos, apuñándolos con ahinco.

— ¡ Pepa, despierta ! Es hora ya... Estamos solas...

Nadie contestaba. En el patio, envuelto por la oscuridad, era grave y recogido el silencio.

De pronto resonó, desgarrado, el grito del loco.

— ¡ Sálvense ! ¡ Que viene !

La ciega sintióse acometida de espanto. La impresión de soledad, agarrándosele muy adentro, puso en su espíritu angustia y temblores en sus nervios.

Palpando, medio incorporada, anhelosa, seguía voceando :

— ¡ Pepa !

Logró asir una mano de la compañera. Estaba fría ; los gruesos é hinchados dedos de la lazarina agarrotados y la piel trasudada contaminaba su humedad viscosa.

— ¡ Muerta !

Su grito trágico de espanto llevólo la ráfaga de viento que agitó la fronda de las madre selvas y arrastró unas cuantas hojas por el patio, esparciendo el fragante olor de las rosas nuevas.

TIERRA SECA

I

Desde que clareaba el día hasta la puesta del sol, trabajaba el viejo Lucas Garcés en los cuatro tirajos de tierra que componían el cortijo.

Alguna vez erguía el encorvado cuerpo, dejando en descanso la azada, á las voces que desde el camino lo llamaban.

— ¡ Eh ! ¡ Compadre !

— ¿ Qué hay ?

— ¡ Respire al menos ! No todo ha de ser trabajar.

— Precisa llenar el granero.

— ¡ Ya ! Bien se conoce que el campo es suyo.

— Con la ayuda de Dios...

Sentía el viejo un inmenso orgullo cuando otros labriegos, al pasar por el camino, le reconocían con resignada envidia como dueño de aquellos cuatro palmos de tierra, en los que había

enterrado toda su vida; esperanzas ayer, cuando era colono á medias; ilusiones hoy, al llegar á poseerlos.

Todos los ahorros de cuarenta años de labor, rebañando hasta en los gastos más necesarios, los había invertido en la compra del cortijo. No era mucha la cantidad estipulada en el precio; pero ¡sabe Dios cuántos afanes y privaciones representaba!... Además, había sido el sueño de toda su vida llegar un día á ser amo de aquellos cercados, con paredes de « piedra seca » amojonándolos, y el viejo casucho en un extremo. Allí había vivido siempre desde que se casara.

Trabajaba con fe. Algunos convecinos llevarónle á mal tanto atrafagarse para llenar los trojes del amo, cuidando los surcos en la época de barbecho y vigilando la mies allá por las cosechas, recomponiendo los paredones, plantando á orillas de éstos las cuatro higueras que, en estío, verdeaban sobre el color áspero de la tierra, renegrida en el predio. No importaba. Tenía el viejo Lucas su idea fija, acompañándole desde las mocedades lejanas, cuando entró como medianero en el cortijo.

— ¡Quién sabe! — solía decirse. — ¡Quizás algún día!...

Y éste no llegaba. Pasaban años, y venían otros con regularidad imperturbable. Las cosechas variaban, y los ahorros poco iban en aumento.

Falta tanto... Entonces, á cada avance, ponía nuevos bríos en el trabajo.

— Hay que sacar de pobre á la chica — decíale á su mujer, la vieja Sebastiana, muy hacendosa á la vez y rebañadora.

— Que ella lo disfrute, si nosotros no alcanzamos á verlo.

También ella sentíase arrastrada por la ambición loca de su marido. Pero ¿á qué soñarlo? Nunca serían amos del cortijo, y eran inútiles todos los sacrificios. Mas á la postre, si no se lograba el empeño, le quedarían en dote ó en herencia los ahorros á Mari-Marta. Galán matrimoñesco, á fe que no le había de faltar entonces. Y esto era un consuelo á la desesperanza de no alcanzar lo anhelado con tanto ahinco.

Al fin, andando el tiempo, en repaso de cuentas, contando moneda sobre moneda, hallaron que poco faltaba para completar el precio, en pregón muchas veces, del cortijo. ¡ Si el amo se aviniera! Tantos años de honrada labor, cumpliendo con creces la medianería, ¿no obligaba á una rebaja en conciencia?

Con socarronas insinuaciones, en uno de los viajes al pueblo, expuso al amo su atemorizada súplica. Y ¡qué sorpresa! ¿Cómo? ¿Lucas tenía para comprar el cortijo? La honradez del labriego no podía ponerse en punto de duda. Cabal en sus cuentas, como fiel en sus tratos y contratos, no faltó nunca ni una parva de paja en las eras ni un almud de grano en el troje, escamoteados en su provecho.

Con más penurias no podían vivir, según el vocero decir de la gente que radicaba en los alrededores del cortijo, Lucas y los suyos. ¿Qué milagro lo improvisaba ahora en hombre de pro y con humos de hacendado en ciernes?

Á las dudas del amo acudió la franqueza del cortijero, contando sus afanes é ilusiones de toda la vida, con relato á saltos, en que entremezclaba algún silencio de tristeza, como si en un solo momento reviviera íntegro el pasado de lucha y de pobreza.

Quedó concedida la rebaja, y también hecha la venta. ¡Al fin!...

Desde entonces pareció remozarse el viejo. La alegría interior prestábale bríos nuevos, como tierra fértil que se fecunda con el agua y el sol.

También el cortijo se remozaba. Blanquearon

de nuevo las paredes de la casa, y ya nadie vió nunca más una piedra de los bardales caída sobre el camino, ni los bordes de un surco desmoronados, ni gajo de higuera sin un sostén que contrarrestara las acometidas del viento.

Y los que pasaron á la vera del cortijo pudieron recrearse, no sin envidia, en aquella tierra bien labrada, trabajada con celoso cariño.

Con la mano en el arado y la bestia cedida, el viejo Lucas barbechó aquel año con mayor esmero el campo; después, á golpe de azada, mantenía la regularidad de las surcadas, rectas, hondas, exhalando vaho acre y húmedo, de tierra constantemente removida.

Luego comenzó, tras la siembra, la empresa magna, inquieto en el ocio, en el ahinco de mejorar, hermosteándolos, aquellos míseros predios que ya eran suyos. Verían todos qué maravillas iban á surgir allí, bajo sus manos incansables. Primero labrar el aljibe; después levantar, adosado á la casa, el establo. Si Dios quería, andando el tiempo, había de verdear allí un trozo de huerta, un verdadero milagro en aquel pegujal de secano. Ojos que lo vieron antaño, no lo conocerían en adelante. Rebosaría el agua en el aljibe, de sobra para regar el bancal de legum-

bres, y en el establo las reses de labranza descansarían de las fatigas diurnas en el silencio de la noche y la paz del campo.

¡Era un nuevo sueño! Y se realizaría.

Á golpe de pico ensanchábase, día por día, el hoyo abierto en la tierra. Después de la cosecha, que sería próspera — ¡cómo iba á granar la mies! — se revestirían con cal las paredes del aljibe, techándolo más tarde; con el sobrante — pues el grano se vendería á alto precio, — dos buenas vacas criadoras, allá por los comienzos del otoño, vendrían á tirar del arado, cuando se abrieran los nuevos surcos, animado el paso al son de su lánguido cantar de boyero.

Con el tiempo, la vid patriarcal sombrearía la puerta de la casa; la madre selva treparía por la pared delantera, y en los tiestos, á ambos lados del umbral, para que desde la alta ventana abierta se vieran y entrase por ella su campesino olor, florecerían los rosales y los claveles, que cuidarían las fraternas manos de Mari-Marta.

Así, cuando alguno, pasando por el camino, le gritaba :

— ¡Siempre á lo suyo!

— Hay que trabajar — le contestaba. — Para mañana...

II

No se sabe cómo fué. Quizás el solazo que retostaba el campo, haciéndolo resquebrajarse con vaho caliente; tal vez el cansancio de la edad, que comenzaba á grietear su naturaleza... Sobre el surco cayó el viejo Lucas, como herido de muerte. Rostro al cielo estuvo largo rato, hasta que las mujeres de la casa lo recogieron con solicitud piadosa y adolorida.

Aquello era un extraño ataque sin remedio. La alta fiebre hacía delirar al viejo Lucas en los primeros momentos, y en los días sucesivos. Iba mal, comenzándole la parálisis. De medio cuerpo no podía mover ni brazo ni pierna, y asomando el rostro entre las sábanas, dejaba escapar el grito agudo de sus dolores vivos.

En los momentos de lucidez y reposo, pedía que lo levantaran, que lo llevaran hasta la ventana, adonde llegaba el sol y el aire libre de los campos. Quería, en alivio de sus padeceres, y como consuelo á su tristeza, en medio de la

forzada quietud, recrear al menos los ojos y desahogar sus hondos cariños, contemplando las tierras suyas, aquellos cercados que muy pronto comenzarían á reverdecer con la sementera nueva. No podía ser. Era una locura. Cuando lo consintieran sus achaques de enfermo.

Mostrábase tranquilo. Ya iba avanzado noviembre, y ahora no hacía falta ninguna labor. El campo estaba sembrado, y el cielo se encargaría, enviando las lluvias, de fecundar la tierra. Por la recolección ya estaría saludable como antes, y asistiría con la hoz á la siega, montaría sobre el trillo en la era, y ayudaría después á almacenar en los trojes el grano, buscando entonces compradores para el trigo, que sería abundante, y para las gavillas, que rebosarían en el pajar. Entonces compraríale un traje nuevo á Mari-Marta, para que la moza luciera sus lozánías y gentilezas en la fiesta del lugarejo, cuando llegase la Virgen de Agosto y sobre la puerta de la blanca ermita verdearan los palmitos de adorno, sonase el esquilón en la espadaña y bullese, bailando y cantando, la muchedumbre de romeros...

Pero el mal seguía en aumento y la enfermedad iba para largo. Resignábase el viejo Lucas,

pero siempre con el afán del laboreo y la nostalgia del pejugal en abandono.

Ya entrado el invierno, inquietábase aguzando el oído, atento al menor soplo de viento y al más leve rumor que de los campos llegase.

— ¡No llueve! ¡No!...

Á compás de los días que pasaban, advertíase en él que una tristeza honda prensaba su espíritu. Las mujeres creyeron que el mal se agravaba derivando hacia una consunción de energías, íntima y sorda. Quejábase el viejo; lagrimeaba á solas.

— ¡No llueve!

Comprendió la familia la raíz de aquella pesadumbre que iba acortando el ímpetu vividor del viejo. También las mujeres sentíanse acometidas de íntimo desaliento. El viejo enfermo, el año de sequía, y siempre delante la visión de los predios renegridos, de áspero aspecto, trágicamente desolados.

Pero acudieron á la piadosa mentira. Un día, la muchacha, madruguera, entró en la casa con la falda salpicada de barro, y acercándose al lecho de su padre, díjole con insinuante desenfado :

— No se puede andar.

— Pues..... ¿qué?

— Se han llenado los surcos. ¡ Vaya un aguacero !

— ¿Ha llovido?.....

— Toda la noche.

— No oí.....

— ¡ Si dormía !

La madre, con mirada triste, desde el umbral de la puerta contemplaba el paisaje desolado, la tierra largamente soleada y reseca.

Los ojos del viejo relampaguearon desbordada alegría.

— ¡ Al fin !

Se recurrió al mismo ardid en adelante, para engañar las credulidades del enfermo. Asediaba, movido del júbilo, con preguntas.

— ¿Verdea ya?

— Ya comienza. ¡ Ningún año como éste !

Y la pobre mujer ahogaba el suspiro que le subía de adentro.

Otras veces enhebraba la charla con Mari-Marta :

— ¿Plantaste los rosales? Ahora es tiempo.

— Sí; blancos y rojos.

— ¿ Junto al muro?

— Bajo la ventana.

La moza, en silencio, pensaba en aquellas flores que no habían de nacer.

Siguió así el viejo Lucas, consumiéndose, pero con la imaginación despierta y viva.

Hablaba, como de cosa vista, de la sementera nueva; de la pródiga cosecha en ciernes, mientras que las mujeres sentíanse invadidas de una desesperanza suprema. No llovía, y el campo yermo era una enorme desolación. ¡Qué pena! Más valía que los ojos cegaran para no verlo. Y ellas seguían, para entretener los remozados júbilos del viejo, haciendo crecer los trigales y haciéndolos granar locamente.

El enfermo, con sus risueñas cavilaciones, parecía revivir, si la dolencia, de modo lento, no hubiese ido restando á su cuerpo en ruinas, los vigores resistentes. Decaía.....

Estando las mujeres atrafagadas en la parte baja de la casucha, oyeron un día un grito doliente. Subieron rápidamente al dormitorio, al socorro del enfermo.

Removíase éste, apretando con las manos, crispadas y convulsas, las sábanas.

— ¡ Me ahogo !..... ¡ Aire !

Abrieron la ventana, ¡ tantos meses cerrada !, para que entrase el cálido soplo del viento, amo-

dorado al mediodía. Con él entró la alegría riente de la claridad solar.

Abrió los ojos el enfermo como si al fondo del alma le llegase aquella alegría del sol.

— ¡Cómo granará la mies!

Y en el extravío calenturiento, olfateando con delicia, mirando á Mari-Marta, díjole con desmayada voz que parecía un suspiro :

— Ya han abierto las rosas, las tuyas y.....

Cerró, como en éxtasis, sus ojos, respirando con ansiosa codicia, feliz tal vez porque allá dentro representábase reverdecidos los campos tan amados, sordos á sus querencias, espantosamente resecos.

— huelen..... el campo..... las flores.....

Y calló; calló para siempre. Las mujeres rompieron en salvajes gritos de dolor, lúgubres en la soledad campesina, ante aquel amado cuerpo sin vida y también ante la horrible perspectiva de aquella tierra muerta.

JUNTO AL BROCAL

¡Qué sol! Retostaba la tierra haciéndola exhalar un vaho caliginoso de entre los surcos resecos.

Gracias á que en aquel rincón, cerca del aljibe y bajo el alto especiero que sombreaba la pila en la que lavaba Marta se podía resistir el calor agostizo. Era una gloria asomarse al brocal y sentir en el rostro el fresco embate de las aguas embalsadas y oirlas abajo, en la oscuridad del aljibe, moverse, cuando las agitaba la sacudida del balde, con un dulce vaivén de pereza, blandamente, al son de un leve murmurio de rezo. Bajo el ramaje del especiero, cubierto de un perenne verdor, había una mancha de sombra grata en medio de la calina sofocante del día que hacían más frescas las salpicaduras del agua de la pila cuando Marta batía la ropa con ímpetu

enérgico de los brazos chorreando jabón. Sólo cuando una breve ráfaga de aire corriendo sobre el campo abierto, al caer desde la montaña del fondo, arrastraba el polvo caliente de la tierra retostada, Marta respiraba con fatiga y por unos instantes, sofocada, suspendía su ímproba labor. Ya la llevaba bastante adelantada y antes de que atardeciera había de darle remate. Las últimas piezas lavadas secarías el sol de la tarde.

Luego, aquel silencio del campo y de la casa cortijera tenía algo de hondamente sugestivo. Ni un labrador se alcanzaba á ver sobre los terrazgos de aquellos contornos. Allá en las lejanías, sobre un risquete, como si fuese el único ser vivo en los aledaños, un molino, con las blancas velas desplegadas, por el poco viento volteaba sus aspas indolentemente, cual si se desperezara con trabajo en la modorra del día.

Marta, de pronto, paró en la tarea, asustada. Un ruido seco, próximo, la hizo sobrecoger de miedo: hasta entonces no se había dado cuenta de su situación. Estaba sola. Su padre había ido al pueblo á entrevistarse con el amo del cortijo, y la vieja Martina, su madre, estaba con grano al molino. Ni siquiera el perro, bravo y

reñidor, siempre vigilante á la puerta de casa ó en las lindes, estaba allí.

Miró en torno con ojos de espanto. ¿Qué sería? No alcanzaba á ver á nadie.

Y de nuevo volvió al trabajo. Á poco, áspero, sonó el mismo rumor seco, ahora con más fuerza. Parecía venir de muy cerca; sonaba á cuatro pasos, así como detrás de la pared del camino. Por si era algún perro extraviado, tiró una piedra.

Miró á la senda larga, blanca y polvorosa, que se tendía á lo largo de la llanura y ascendía en zizás la empinada cuesta de la montaña hasta escalar la altura donde se perdía, serpenteante, y entonces cobraron sus ánimos entereza. Camino adelante divisó la caravana de camellos que, cargados, iban al pueblo distante ó al cercano carseío. Tardos en el andar los animales, seguíanlos perezosamente los camelleros, á distancia unos de otros, silenciosos, sin romper con cantares el silencio de aquella calma del aire luminosamente encendido.

Marta, más animada ya, preparó la primera ropa lavada para tenderla y que se secara, blanqueando al sol. Pieza á pieza las fué colocando sobre el tuneral. Sobre la mancha par-

duzca del campo era una fiesta de alegría aquel albor de la ropa limpia, húmeda. Miraba Marta, atosigada por el sobresalto, hacia el camino, sin cesar en la faena. Ya sonaban cercanos los cercos de los camellos, siempre pausados y rítmicos al andar. Cuando llegaron, uno de los camelleros gritó desde el camino :

— ¡ Eh ! ¡ Marta !

— ¿ Qué ?

— ¡ Mira ! Llégate acá.

Curiosa de aclarar el misterio, con temores aún del espanto sentido, la moza llegóse á la cerca. Había hecho alto la caravana y los camelleros voceaban detrás de la pared. Marta asomó la cabeza á ras de ella.

— ¡ Dios Santo ! ¡ La vieja Micaela ! No la había visto...

— ¡ Parece dormida !, — dijo uno de los camelleros.

— Puede que desmayada, — añadió otro — muerta de sed. ¡ Con este solajero ! ¡ Si se asan las piedras !

— ¡ Pobre !, — gritó lastimada de pena Marta ; y corrió hacia el algibe. Rápida llenó un balde y, por el portillo, salió al camino. Al sentir la vieja Micaela en los labios la frescura del agua, res-

piró penosamente y abrió los ojos. Sorbía con ansia, con una enorme codicia de sedienta.

Al reanimarse, sonrió á la muchacha. Luego, como si la gratitud no pudiera mostrarla más que en lágrimas, sus ojos cansados se humedecieron.

— ¡ Marta !... Dios te lo pague y que te quieran los que quieres. Eres buena...

— Si no vale...

— El agua no es lo que se agradece...

— Pues, ¿ qué ?

— El corazón con que se dá... Así no es limosna...

Marta quiso que se quedara allí la vieja hasta la tarde... ¡ Seguir con aquel sol de bendición tan largo camino ! No hubo medio, tenía que llegar al caserío. Iba á ver á un hijo enfermo.

Y marchó con los camelleros, apoyada en su báculo, renqueando, siguiendo el lento andar de los animales por aquel desolado camino polvoriento.

Marta volvió al trabajo. Soltó el agua sucia de la pila, que bien pronto halló cauce empapando la tierra reseca. Inquietos, sedientos, unos cuantos pájaros, saliendo del tupido ramaje del especiero, lanzáronse á la humilde corriente del

agua jabonosa, mojándose el plumón con blando estremecimiento de alas. ¡Qué placer, en aquella hora meridiana, sentir la frescura del agua amable!

Llena de nuevo la pila, Marta recomenzó la faena con ahinco. Quería darle un avance. Tardaba su madre en regresar del molino y era preciso atender á algunos menesteres en casa. Y tardaría aún la vieja Martina. Allá, distante, veíanse las aspas volteando con una pereza irritante. ¡Ni un soplo de viento! Allí, perezosa también, estaría la tolva, dejando caer la molienda grano á grano!

De vez en vez Marta atisbaba hacia la vereda del molino que señalaban las dos hileras de pilas en los bordes. Nada. Grave, carleando, pasó por el camino un perro solitario, mirando receloso á todas partes como caminante extrañado. Tal vez huyera, echado á golpes de un cortijo, por ladrón, ó quizás fuese un temible merodeador de ganados, carnicero de una res sorprendida durante la noche en la paz del redil y dejara la garra ensangrentada señalando su paso sobre el blanco polvo de la senda sin fin. Puede que fuera también algún abandonado, sin más asilo que el socaire de las

paredes á orillas de todos los caminos. Tal vez herido... No ladró al pasar. Era un infeliz.

Tuvo por él piedades Marta. Llamólo á voces. Volvió la cabeza el mastín, mirando con ojos aviesos. Como si ninguno de los nombres con que Marta lo llamara fuese el suyo, olvidado tal vez ya de las gentes en el desamparo de su vagar constante; comprendiéndose extraño aun á aquel cariño de paso, siempre grave siguió andando, con tarda marcha, como quien no tiene rumbo fijo ni siente prisas de llegar á alguna parte. Tenía todas las trazas el perro de ser un mendigo trashumante, que no se para limosnero á ninguna puerta, y sólo recoge lo que se tira á los caminos ó se arroja á los muladares. Y siguió...

Á fuerza de puños ya llevaba Marta casi vencida la faena. Poco quedaba por lavar. ¡Y cómo, seca, blanqueaba la ropa tendida al sol! Recreábase mirándola y de pronto tembló. ¡Dios santo! ¡Que polvareda levantaba un rebaño, acansinadas las reses, arrastrando sus patas, á lo largo del camino! Iba á pasar el hato por allí y ¡como iba á poner de polvo aquel albor immaculado de la ropa! Había que recogerla y después tenderla otra vez. No acabaría

nunca el trajín. Apresurada fué recogiendo la ropa reseca acartonada por el calor. Pegábase á las pencas del tuneral y necesitaba Marta tirar con fuerza de ella para desprenderla. Una pieza sufrió un tremendo desgarrón. ¡No tanta prisa! Iba á destrozarlo todo. Á la postre consiguió recoger la ropa por completo, y respiró satisfecha. Pero, entonces, con sorda cólera, vió que el rebaño cambiaba de rumbo y por un atajo se corría, á campo traviesa, hacia el caserío. ¡Tiempo perdido! Casi lloró.

Y su madre sin parecer. No divisaba la silueta de ella tras la borrica por la vereda del molino. ¡Y aquellas aspas, con todo el velamen tendido, imperturbables, subiendo y bajando, con ritmo lento, en la diafanidad azul del claro cielo lleno de luz!

Vuelta á la faena. Era preciso recobrar el tiempo inútilmente perdido. Sin embargo, el azar disponía las cosas en contrario.

Llegaba á la vera del algibe Pancho, llevando de la mano á su hijo. Daba pena ver á éste con su pañuelo negro anudado al cuello. También lo llevaba el padre. Tenían luto.

— ¿Nos dás agua?

— Con gusto. Entren.

— Viene estmoreció el chico.

— ¡ Pobrete ! Vengan á la sombra.

Ella misma vació el agua y le dió de beber al niño. Los ojos de éste miraron, en silencio, á Marta, agradecidos.

La muchacha sintió una gran compasión por ellos. Pancho había enviudado hacía unos dos meses y solo, sin ninguna compañía, estaba con el pequeño en el cortijo que cultivaba á medias. Fué una gran desgracia la muerte de Clotilde. ¡ Qué mujer aquella ! No encontraría otra igual Pancho que le hiciese tan placentera la vida. Compadecían las desdichas del viudo todas las buenas gentes del caserío y de las cortijadas circunvecinas.

Era una lástima ver al pobre chico, huérfano, ayuno de maternal calor, quedarse todos los días á la puerta de casa; sin otros chicos con quienes jugar, mientras Pancho estaba en la era tristón, aburrido, quizás añorando en silencio las cariciosas canciones de la muerta. Á veces se le sentía llorar, cuando se pasaba junto á la cerca del patinillo; las buenas mujeres de tránsito festejábanlo con palabras de consuelo y con frutas de los huertos en flor.

Marta experimentaba también una doliente y

misericordiosa simpatía por la infelicidad de aquel hogar trágicamente deshecho. Sí. Era una gran desgracia la de aquellos dos seres condenados, en el desamparo de un amor de mujer, á un largo sufrir, pasivos, resignados á las crueldades de la suerte. Pancho, con voz mojada en lágrimas, contó entera la historia de sus desventuras. No había más remedio que llegar al último sacrificio. Era imposible que continuara el chico viviendo en la soledad del cortijo. Eso no podía atenderlo. Y menos mal ahora. Pero, cuando llegasen los tristes días de otoño, con sus lluvias y con sus nieblas empapando los campos desiertos, y tuviese Pancho que salir á barbechar las tierras, entonces agobiaría la tristeza al chico encerrado en casa.

Así, para evitar la situación penosísima, había determinado, aunque era la separación vivamente dolorosa, llevar el chico al pueblo al cuidado de los abuelos. Iban ya de partida.....

Al terminar estaban aguados los ojos de Pancho.

— Es triste... es triste... — repetía, conmovida Marta.

— Y ahora lejos... ¡ yo que lo quiero tanto !

— Yo también lo quiero ¡ pobrete !

Las manos de la muchacha, con suavidades maternas, acariciaron el rostro tristón del chico.

— ¿Le quieres, Marta?

— Sí; como su madre.

— Si quisieras serlo.....

Miráronse un instante. Pancho calló, sobresaltado de su audacia inconsciente, de aquel dulce grito que le saliera, sin querer, del fondo mismo del corazón. Marta calló también, el mirar de sus ojos rastreando la tierra al principio, después clavándose compasivos y tiernos en los del chico que la miraban con amoroso ahínco, como si á la vez reprodujeran la paternal pregunta, aun sin darse de ella cuenta.

— Si así lo quiere... lo seré.

Entonces se miraron, callando con elocuente silencio.

Lejos sonó un alegre ladrido. Era el perro que, por la vereda del molino abajo, anunciaba, retozando, el regreso al cortijo. Y la ropa lavada blanqueaba como una fiesta de color, sobre la parduzca mancha del campo, al sol de la tarde.

EL ÚLTIMO REPIQUE

Repantigado en el sillón frailerero estaba el Arcipreste, cuando entró en el despacho rectoral, sombrero en mano, Gasparo el campanero. La cabeza al descubierto, dejaba ver una venda blanca negreando á trechos con manchas de sangre reseca, y de ella se escapaban, crespos, unos mechones de cabello en desorden, con blancura de nieves.

— ¿Va mejor?

— No fué nada, señor cura.

— Pudo matarse; ¡ ya está viejo !

— Los años, ¡ y algunos son !...

— No sirve ya para estos trotes. Convéznase : el día menos pensado se despeña por la escalera.

— ¡ Bah ! ¡ Nos conocemos !

Calló un momento el señor cura. Era demasiado fuerte darle de sorpresa la noticia. ¡ Tan-

tos años en el oficio ! Pero no había más remedio. Cualquier día el pobre Gasparo, viejo, ya casi sin poder tenerse en pie, se despeñaba por aquella lóbrega y empinada escalera de la torre, encontrando trágica muerte. Pocas semanas ha había rodado peldaños abajo, golpeándose é hiriéndose. ¡ Á su edad aquel desangre de res sacrificada ! Al verlo tendido en el suelo, las viejas rezadoras que estaban en la iglesia salieron despavoridas á la plaza, alarmando á los vecinos con sus gritos de pánico, malagorando á voces la muerte del campanero. No fué tan grave el suceso. Pero el chismorreó lugareño culpaba al señor cura de explotar al viejo, exponiéndolo á riesgos tan grandes. Y hasta añadíase que no sería extraño ver un día á Gasparo voltear en el aire, descolgándose por cualquiera de los huecos sin balconaje de la torre y estrellarse contra los guijarros de la plazuela. ¿Por qué el Arcipreste no le buscaba más ordenado acomodo ?

Fueron las « Piadosas », unas solteronas vistesantos, que frecuentaban la casa rectoral, más por llevar cuentos callejeros que por sacar consejos provechosos, las que pusieron en autos del roznar lugareño al Arcipreste. Ya estaba él en ello, y había resuelto. Sí; Gasparo estaba

viejo. Sidoro, el monaguillo, podía muy bien sustituirlo. No era gran ciencia hacer sonar, en los diversos toques, las campanas.

Tras breve pausa, no sabiendo por qué registro salir, el señor cura preguntó :

- ¿No está cansado del oficio?
- ¿Cansado?... ¡Cada día más contento !
- En otra ocupación...
- No; ¡ no podría vivir lejos de « ellas » !...

Y una añoranza íntima pareció escaparse del corazón del campanero, como si nombrara, madre, mujer, hijos, cuanto más hondamente se ama en la vida.

— Lo comprendo; pero á su edad corre peligro... El andar por la torre exige gente moza, ágil...

— ¡ Si estoy todavía !...

— ¡ Bah ! ¡ Con sesenta á cuestras ! No puede ser. En el pueblo me culpan, y he pensado que vaya un muchacho á... su puesto.

Empalideció Gasparo. Sus ojos expresaron un dolor vivo, á más de un inmenso espanto, como si hubiese recibido un golpe de muerte. Á punto estuvo de echarse á llorar. Súbita fué la idea á que su esperanza se agarró. ¡ Mejor era deshonorarse que perder para siempre aquel cariño de novio !

- Si me perdona, contaré...
- Cuente.
- Caíme ¿sabe? porque estaba... borracho.
- ¡ Si no cata el vino !
- Tentóme aquel día.
- No lo creo; además, es cosa resuelta. Va Sidoró á reemplazarlo. Nada pierde en el cambio. Le traigo á casa, al cuidado de la yegua.
- Pero, si yo...
- Nada; mañana se viene acá.
- Siquiera un favor...
- Venga.
- Que me deje unos días más. ¡ Vaya !... hasta el Sábado de Gloria.
- ¿ Tres días? Concedido, sin más plazos.
- Quedóse aún Gasparo un largo rato, silencioso, mirando, con ojos que imploraban, al Arcipreste. También éste sintióse turbado y conmovido ante la angustia de aquel infeliz de lastimosa ancianidad.
- Vaya, Gasparo, ¡ con Dios !
- Y temblando, con sollozos que á violencia oprimía, traspuso la puerta de la rectoral. Ya en la plaza, miró á lo alto de la torre y sus ojos se humedecieron y lloraron.

II

— ¿Qué va á ser de mí? — cavilaba Gasparo.
— pan no me ha de faltar; pero ¿cómo amoldar mi vida á otras costumbres y hacer nacer en mí nuevos cariños? Cosas inanimadas eran las campanas, y, sin embargo, ¡ cuánto las quería! Sin mujer, sin hijos, nunca quiso crear un hogar lejos de la torre, repartiendo sus afectos más hondos con otros seres. Su vida se encerraba por entero en el campanario.

Desde los altos ventanales asomábase al pueblo, viendo discurrir abajo, en las calles del lugar y en las cercanías, el vivir de los labriegos. Pero, siempre cerca de ellas, mirándolas con solaz del espíritu, como hijos á quienes se adora entrañablemente.

En son de burlas, aquellos villanos, cuando pasaban por la plaza y miraban al campanario, viendo en él la figura de Gasparo, solían decir :
— Ahí está la cigüeña.

— Siempre en el nidal.

Y se reían, y acaso le silbaban estrepitosamente, como á ave de rapiña, para espantarlo.

Más crueles eran los chicos. Salían de la escuela en grupos y llegábanse á jugar á la sombra de la torre. Á veces se entretenían en tirar piedras á las campanas, por ver silograban hacerlas sonar. Al primer golpe en la cantería, furioso, amenazador, asomaba Gasparo por uno de los ventanos.

— ¡ Lechuzo ! — le gritaban los muchachos, insistiendo en el empeño.

No fueron pocas las descalabraduras que sufrió en estos ataques el campanero.

Todo, incluso morir en la defensa, antes que una piedra malograra cualquiera de aquellos bronces sonoros, alegría y orgullo de la merindad.

Las campanas constituían su familia, amán-dolas como á hijos. Sabía la historia y los años que contaba cada una. Había inventado nombres para ellas, nombres que barajaba en su charla á solas, reprendiéndolas, aconsejándolas, ya con mimos, ora con enojos, como si le entendieran y con él se comunicaran.

Todas sus carantoñas eran para la nueva, pequeña, chillona, de color muy limpio entre

las otras ennegrecidas por el tiempo. También sentía una gran conmiseración por aquella otra, vieja, cascada, de áspera voz, casi inútil como anciano inválido. ¡ Como una abuela, allí estaba en silencio, entre las nietas cantadoras y alegres, tomando el sol !

Había asistido al bautizo de la primera.

¡ Qué bella estaba ese día ! Con sus guirnaldas de yedra, todavía muda, como niño que aún no ha roto á hablar. La « Nena » la puso, y así continuó llamándola en adelante.

Al empuñar las cuerdas, en los repiques, Gasparo trasformábase con solemnidades de inspirado artista. Todas juntas, sonando en hábil combinación, formaban un concierto alegre, majestuoso, singular. Parecían cantar, reir, llamar el corazón de las gentes al regocijo de las fiestas, como rancho de mozas camino de las romerías.

Luego, cada cual expresaba un sentimiento distinto, bajo la mano pulsadora de Gasparo. Una misma, de agudo acento, sabía expresar diferentes cosas. Remedando angustia, rápida en los sones, anunciaba el viático; pregonaba un bautizo ó lloraba, con temblores de llanto infantil, la muerte de un niño. La grande, con voz

solemne y tañido lúgubre, doblaba á muerto.

En las vísperas de fiesta, mientras la muchedumbre discurría alegre por la plaza, ¡ qué regocijadas sonaban á coro ! Al extinguirse el último resplandor de la pólvora inflamada en cada fuego artificial, Gasparo echaba á vuelo todas las campanas, como si fuese una carcajada de júbilo, el desahogo clamoroso de la alegría de todo un pueblo.

En los días de incendio, ellas daban el fatídico aviso. Desde arriba vigilaban, atentas siempre. Si el fuego crecía, la voz persistente, como un alarido, clamaba angustiada, más intensa, más viva, para después dominado el siniestro, ir desmayando en un tañido, cauto, intermitente hasta callar en un último són condolido y lamentoso.

Parecía tener Gasparo sus arranques de poeta. Á la hora del alba, cuando despuntaban las claridades primeras, ¡ con qué desprezo amable sonaban las campanas, como pájaros que trinan en la fresca quietud del incipiente día ! Y á la hora vespertina, cuando lejano agonizaba con luz melancólica el sol de la tarde, ¡ con qué tristeza íntima, henchida de una emoción profunda, las campanas esparcían en el silencio del pueblo y en

la soledad de los campos el lánguido toque del Angelus!

Además, ¿quién sino Gasparo disciplinaba el vivir del pueblo? Desde lo alto de la torre, y á son de campana, regulaba el trabajo y ordenaba los deberes de toda la gente del lugar. Bien agradecidos debían estarle. Hasta aquellos muchachos que lo apedreaban, ¡cuántas ansias no sintieron al día, sobre los duros bancos de la escuela, esperando que, á las doce, cayeran, desde lo alto de la torre, las campanadas graves, para ellos alegres, señalando la hora de la libertad apetecida!...

No podía ser. Sin duda el señor cura lo engañaba. ¿Cómo la gente del pueblo podía pedir que lo echaran de aquellas cuatro paredes donde había envejecido? ¿Quién les iba á servir mejor?

Pensaba, á su modo, en la inestabilidad de los afectos y en que no hay amor que pueda durar toda la vida. ¿Qué manos se pondrían con más cuidado, con mayores mimos, en las cuerdas de las campanas? ¡Si las suyas de viejo no sabían más que acariciar!

No; no iría al servicio del señor cura. Era mejor marcharse lejos. ¡Estar viendo de continuo, desde el patio de la rectoral, con ojos de

enamorado las campanas en lo alto, como llamándolo; contemplar siempre con furores de celoso cómo otro hombre, torpe en los primeros meses, las castigaba, las hería, y oír cómo ellas, ¡ las pobrecitas! se quejaban, plañendo, angustiosas, discordes, como locas!

No; no iría.

III

Comenzó á correr el plazo de tres días, señalado para abandonar el cargo. ¡Y qué días! Los más tristes para Gasparo de todo el año. Eran el Jueves y el Viernes Santo, en que no sonaban las campanas. Mudas, inmóviles, como en descanso, parecían reponerse para prorrumpir en un clamoroso repique de júbilo en la mañana del Sábado de Gloria.

Miraba Gasparo con dolor aquellas compañeras de su vida que para siempre iba á perder. ¿Llorarían su marcha? ¿Se resquebrajarían, cual si estallasen de dolor, al golpearlas la mano del

intruso? ¡Quién sabe! Acostumbradas al mimo, á la percusión suave, como de caricia, sin duda no podrían resistir el golpe brutal del imperito campanero nuevo. ¡Ya, ya se acordarían de él!

No salió por entonces Gasparo de la torre. Preparaba su despedida solemne. Oirían en el lugar por última vez la más sublime música de campanas. Aquel Sábado de Gloria próximo iba á ser sonado y había de perdurar muchos años en la memoria de las gentes. Repasó las cuerdas.

Ahora mimaba á las palomas que tenían nido en los mechinales de la torre. Echábales trigo para que en desbandada no fueran á merodear por los campos. Eran necesarias, como todos los años, en aquel día. Al echar á vuelo las campanas, la bandaba salía en desorden, agitando las alas, de una blancura eucarística, en la azul diafanidad del cielo. Semejaban espíritus que se remontaban á lo alto con la alegría del « resurrexit ».

Llegó á la postre el ansiado y temido día. Como reo en capilla, vió Gasparo despertar la luz madruguera.

Todo estaba preparado. Inquieto, medía á largos pasos el duro pavimento de la torre.

Asomóse luego, viendo entrar la gente, al ventano que caía sobre el crucero central de la iglesia. Comenzaba la misa. Desde arriba atisbaba el curso de la ceremonia religiosa, esperando el momento solemne. Callado el órgano, no se oía más que el rumor de la muchedumbre rezando de rodillas. Hasta aquella altura llegaba el olor del incienso quemado. Refulgía el tabernáculo con sus luces, que hacían centellear la plata de los candelabros y el oro de las casullas y dalmáticas.

Era llegado el instante... Corrió Gasparo presuroso á su puesto. ¡ Ya !... la voz del oficiante sonó clara, vibrante, solitaria, en el silencio del templo, entonando

¡Gloria in excelsis Deo!

No vió Gasparo la inundación de luz alegre en el templo al descorrerse los negros paños de los ventanales; ni oyó el órgano que soltaba todos sus registros como en un himno triunfal; ni percibió el ruido chillón de las campanillas que los monagos agitaban con loco rumor de júbilo.

Agarróse á las cuerdas. Ahora comenzaban él y sus campanas. ¡ Allá va ! Á un tiempo vibraban

todas, cantando, esparciendo sobre el lugar y sobre los campos la alegría inmensa de Cristo resucitado, pregoneras de aquella paz en la tierra para los hombres de buena voluntad.

Salieron desbandadas las palomas, aleteando blancas en la azulina claridad del cielo para ir á perderse muy lejos en los campos de sementera en flor.

Y al fin callaron las campanas. Fué triste el momento. Todavía Gasparo oyó cómo piadoso el monte lejano le devolvía el eco del repique triunfal, que se fué extinguiendo... que se apagaba... que murió...

Quedóse pensativo. Todo había terminado. Desde aquel momento cesaba en su oficio. Aun tenía en la mano una cuerda, la de la campana grande, aquella que doblaba en solemnes ocasiones cuando un ricacho moría.

Fué ella, fatídica, quien le sugirió la idea... Debía morir. ¿Á qué esperar unos pocos años más, de celos, de nostalgia desesperada?

Llevóse la cuerda al cuello; hizo el nudo corredizo; miró en torno despidiéndose y, cerrandolos ojos, mojados en lágrimas, lanzóse al espacio...

No se rompió el silencio. ¡ Ni siquiera doblaba el bronceel viejo por compañero !

Salieron de misa. En la plazuela, la muchedumbre contemplaba, curiosa, el cadáver de Gasparo, rígido, con los brazos abiertos — como si en el último instante todavía hubiese querido abrazar la campana.

EN EL POTRERO

Puso Colás en un rincón el balde, y, al verlo, desde la puerta, gritóle el amo :

— ¿Acabaste?

— Sí, señor.

Era verdad. Limpia y brillante había quedado la inmensa cuadra. Como bruídos refulgían, húmedos del agua, los guijarros del pavimento. Allá, en el fondo, humeaba el estiércol fresco, en un montón.

También el muchacho había aseado las bestias, hasta una docena de caballos, en venta y de alquiler, de todas las estampas, alzada, color y condiciones. Después de refrescarles la piel, quitándole con la rasqueta el sudor reseco que se pegaba reciamente á la pelambre, y peinarles, no sin cierto escrúpulo coqueteril las crines, Colás, agachado, afanábase en bruñirles los cascós á las caballerías.

Andaba de mal talante Jacobo, el amo, aquel día. Apenas se estrenó. Con bastante regateo, á un precio exiguo, un muchacho le había alquilado uno de los caballejos para ir á ver á la novia á un caserío cercano. Nada; una miseria. Renegaba Jacobo.

— ¡ Vaya con estos golfinos ! Con novia y sin dinero. ¡ Y hay mujeres que los miren !

Era parroquiano. Una vez á la semana le alquilaba una caballería. Pero Jacobo, malhumorado, dábale la más vieja. Gracias que el pobre animal, apenas venteaba el camino, como si se apropiara las impaciencias del galán, cobrando de pronto inexplicables bríos, rompía á correr, levantando al golpe de los cascos herrados una nube de polvo. Quizás, de joven, el pobre animal corrió los campos, vivió en la aldea, andando veredas entre huertos reverdecidos. Por eso iba él también veloz hacia aquella novia, que, á la ventana, entre un marco rústico de yedra, sobre un festón de rosales salvajes en flor, los esperaba intranquila. Y mientras los amantes charlaban rezando en voz baja sus cariños, el caballejo pastaba á su antojo en el prado verde, bajo la sombra de los árboles, á la vera del agua que pasaba cantando por la acequia.

Malhumorábase más y más Jacobo aquel día cavilando que iba para dos semanas sin vender, con buena ganancia merced á sus mañas de chalán, ni siquiera una bestia. Allí estaban, junto al pesebre, comiendo y tragando, sin producir al menos un alquiler.

— ¡ Colás !

— ¿ Qué manda ?

— Ensilla el « Lucero ». Si no lo ven, no lo vendo.

Obedeció el chico y comenzó á descolgar los arneses. Estaba contento. Quería Colás al caballo más que á ninguno otro de los compañeros. Movíalo á este cariño quizás un sentimiento de piedad, tal vez un arranque de orgullo. Castigado estaba siempre « Lucero » en un rincón de la cuadra, con un nudo corredizo al cuello. Al primer tirón era posible que se estrangulara. — Mejor — decía el amo, — ¡ que se ahorque ! — No podía echarlo, ni aun aguzando el ingenio en el engaño ni aturdiendo, al hablar, con hábiles mentiras.

Á media ración lo había puesto, á ver si de esa manera se le quitaban los resabios. Mas, á escondidas, Colás daba al animal las sobras de las otras caballerías, cuando no les hurtaba buena parte del pienso.

Había corrido su fama con largueza. Nadie quería á « Lucero » en alquiler y mucho menos comprarlo al más ínfimo precio. Coceaba como loco, con un furor desatentado; plantábase, receloso, amenazante, en medio de los caminos. Cuando daba con el jinete en tierra pateábalo, mordía. Á un fátuo, en olor de gran corredor, armado de grandes espuelas que le hicieron sangrar los ijares, derribólo en un salto brusco, dejándolo, tras cocearlo con furia, medio muerto, asfixiándose con el rostro enterrado en el polvo de una carretera. Después el animal huía, espantado, como un asesino.

Con Colás era otra cosa. « Lucero » dejábase montar del chico. Piafante, caracoleaba, hacía corbetas, tendíase al galope, como si ambos, en una hora de libertad, se entregaran á un amigable regocijo.

Tal vez el animal compadecía al chico. Cuando coceaba al amo puede que no lo hiciera por vengar su propio castigo, sino condolido de aquellos golpes de vara que oía sonar, á cada momento, sobre las espaldas de Colás. Tiernos entonces los ojos siempre hoscos del animal volvíanse al muchacho al oírlo sollozar en silencio, ahogando á violencia todo grito de

dolor. Como si el coraje hostigara á « Lucero » veíase temblar su piel con un sacudimiento de calofrío y enseñaba, remangando el belfo, sus dientes amenazadores con ansias de morder.

También Colás era un desgraciado. Había caído en casa de Jacobo, recogido de limosna, como un perro abandonado. Al año de morir su madre entrególo su padre, con un pequeño hatillo, á unos arrieros para que en la distante ciudad le buscasen acomodo. Ya tenía seis años y era preciso que se ganara la vida. Los arrieros entregáronselo á Jacobo para que lo recogiera en son de caridad. Llevaba allí cuatro años. No se le había pasado aún la nostalgia de la aldea. Rememoraba, en los instantes de soledad, antes de dormirse todas las noches, las veredas blancas por donde pasaban los rebaños sonando melancólicamente las esquilas; la aceña, el pobre molino moviendo siempre el rodezno que removía el agua y salpicaba espumas; las albercas dormidas en la paz nocturna, casi sin rumores, blanqueando á la dulce claridad de las estrellas; el recio nogal, de añoso tronco y de pomposa fronda que escalaban para sorprender los nidos; el perro de una alquería que salía siempre corajinoso, casi desdentado de puro viejo, ladrán-

doles hasta los bardales. Y sobre todo de su hermanita, Mágina, que lloraba de miedo cuando la dejaban sola. Y ahora, sin él ¡ cómo lloraría !...

Llevábanse Colás y el « Lucero », por una simpatía extraña, como buenos amigos. Si orgullo sentía el muchacho al cabalgar, más orgullo traspiraba, al parecer, el animal al llevar sobre su lomo al minúsculo jinete. Maravillábanse todos de la bravura de Colás. ¡ No era nada dominar los bríos indómitos de aquella bestia resabiada !

Creyendo que era una crueldad desaprensiva de Jacobo forzar al muchacho á tamañas aventuras, recriminábanlo :

— Es de mal corazón. ¡ Cualquiera día lo estrella !

El amo, imperturbable, respondía :

— No hay cuidado. ¡ Bah !... Se conocen.

No había que temer, es verdad. Ni una vez siquiera hizo « Lucero » de las suyas al sentir sobre la silla el endeble cuerpo del muchacho. Si en cualquier movimiento rápido, en una revuelta del camino, notaba el animal desequilibrio en el jinete, hasta parecía que con un esgonce hábil contrarrestaba el peligro.

No necesitaba espuelas Colás y casi ni las riendas. Bastaba una voz para que la bestia, en todo momento, parara en firme. Y para galopar, apenas sentía « Lucero » rozar, con suave presión, su vientre los pies desnudos del muchacho, tendíase á la carrera.

Más que las rebañaduras de los piensos ajenos y que el mismo esmero con que lavaba su piel y trenzaba su crin el muchacho, « Lucero » parecía agradecerle las palabras de mimo ó de cariñoso regaño.

— ¡ Quieto, « Lucero » ! ¡ Que me enfado !

Y como si las palabras no tradujeran los sentires, Colás palmoteábale en el anca. Por su parte « Lucero », respingando, gruñía, fingiéndose enojado.

Así siempre. Eran dos buenos camaradas. Maltratados ambos por el amo, el abandono y la desventura parecía unirlos. Ya no le quedaba otro cariño á Colás. ¡ Estaba tan lejos Mágina !...

* * *

Paráronse ante la puerta de la cuadra los dos hombres husmeando dentro con curioso.

mirar. Tenían trazas de ser compradores de buena fe.

Al verlos, Jacobo acercóse á la puerta, poniendo en el saludo sus toscas cortesías de chalán.

— Adentro. Pueden verlo todo. ¿Quieren algo?

— Mirar por mirar — contestó uno.

Bien sabía Jacobo, acostumbrado á estos tratos y disimulos, que se las había con compradores, y por añadidura compradores sin malicia. Agarróse á las insinuaciones discretas para tantearlos mañoso, y hasta para asegurar la presa.

— Tengo bestias ahora como nunca.

Á renglón seguido comenzó á contar las excelencias de cada caballería. No las había mejores en toda la ciudad. De carrera, ágiles en el andar, resistentes; de carga, utilísimas para el trabajo del campo; de tiro, gallardas enganchadas entre las lanzas de un carricoche. ¡Y qué abolengo y qué historial el de cada una! La fantasía en escape de Jacobo inventaba las más estupendas hazañas. Todas las bestias eran de buena sangre, sin mácula alguna en el cuerpo que las hiciera repudiar. El padre de uno era el garañón mejor que se había conocido; el hermano de otro hon-

raba las lanzas y los arneses del mejor coche de lujo.

Esto en cuanto al abolengo, que respecto á proezas propias, Jacobo no acababa de contar. Sólo por necesidad tenía á los caballos en alquiler. Bien sabía Dios que le apretujaban el corazón cada vez que un extraño, aunque pagara bien, cabalgara en uno de aquellos ejemplares sin par.

— Bueno, ¿y qué? — remataba, — ¿qué quieren? ¿de silla? Tengo cuatro.

— No; ¿y de tiro?

— Ahora no tengo más que uno; pero ¡qué estampa!

— ¿Y precio?

— No se pregunta. Descuiden, que nos arreglamos.

Antes de enseñarles la bestia ponderó sus altas cualidades. No había caballería mejor, enganchada. Fuerte, con un pecho robusto, recia la piel y sin una mala sahornadura de la collera; sano el casco y firmes las patas, avezadas á los más penosos caminos. Luego, tenaz, resistente en el arrastre.

— Si nos ajustamos...

— Ya verán; no reñimos. Sólo que me llevan

una alhaja; lo mejor que tengo en la casa.

— ¿Y cuál?...

— Ahora, ahora verán posturas y ¡una estampa!

Los dos hombres, hasta entonces en el umbral del potrero, entraron.

— Esperen — díjoles Jacobo — lo sacamos. Que le den una vuelta en la calle. Á buen sol trato yo siempre para que vean que no hay engaño. ¡ Se van á quedar bizcos viendo trenzar unas patas! Es lo mejor, la prenda de la casa. Si se lo llevan, me va quedar pena de largo.

Como los compradores se detuvieran esperando, Jacobo gritó :

— ¡ Colás!

Una voz lejana respondió :

— ¿ Llama, mi amo?

— ¡ Baja!

Presentóse prestamente el muchacho. Como estaba en el pajar preparando las raciones de las bestias, venía en mangas de camisa, con el cabello espolvoreado.

— Saca el « Lucero » — díjole imperioso Jacobo.

Quedóse Colás perplejo. Hasta entonces no había reparado en aquellos señores que con el amo conversaban. ¿ Á qué vendrían?

También la misma duda debió inquietar al caballo, porque revolvióse en el rincón donde estaba en castigo con la cuerda al cuello, y miró hacia la puerta con unos ojos ávidos que semejaban querer interrogar. No había entendido el mandato del patrón, como tampoco lo entendiera Colás.

Tras unas breves vacilaciones, temeroso del regaño ó del golpe, sin saber qué hacer, aventuróse á una pregunta el muchacho :

— ¿Ensillo?

Volvióse Jacobo, como si á la vez vacilara, á los compradores.

— ¿Ensilla?

— No; en pelo.

— ¿Oyes? — gritó Jacobo. — Móntalo como está.

Comprendió entonces Colás la verdad entera. Iba á perder el amigo. Y era él, á quien « Lucero » se confiaba, domeñando su hurañía y sus locos ímpetus de mal resabio, el que iba á entregarlo. Sobre todo, á traición, engañándolo, haciéndolo aparecer dócil á la espuela y á la rienda, como si « Lucero » consintiera iguales altiveces á un extraño.

No era sólo el remordimiento por la traición

lo que acongojó en aquellos rápidos instantes al muchacho. Era también un hervor de pena, que le horadaba muy hondo, lo que tan vivamente entristecía al presentir la pérdida para siempre del camarada. Y sin saber cómo, los gruesos lagrimones aparecieron en sus ojos temblando. Ya ¿qué cariño le quedaba? En adelante iba á ser horrible la vida en la cuadra, sin tener á quien dar aquella piedad con que tratara á « Lucero », aborrecido y castigado. Las otras bestias, soberbias y regalonas, ni siquiera parecían agradecer los afanosos cuidados de Colás. Para ellas no debía ser un amigo; nada más que el criado de la casa.

También « Lucero » debió presentir su suerte, que se iba á jugar. Fiero engalló el cuello, con la brava actitud de desafío con que otras veces retara á los osados que intentaban cabalgar sobre su lomo violentamente estremecido. Después dobló la cabeza mirando con fijeza escrutadora al grupo estacionado á la puerta de la cuadra. Debió darse cuenta del trato en ciernes, porque hoscos y sañudos sus ojos miraron al amo primero y luego pasando rápida la mirada sobre los compradores, con un aire de desdén, volvió gallardamente la cabeza. Entonces alcanzó á ver

á Colás. Estremecióse, instintivamente, todo su cuerpo.

Al ver quizás los lagrimones en los ojos tristes del muchacho parecieron aguarase también los suyos. Se miraron ambos larga y dolientemente.

Como tardara, Jacobo gritó impaciente :

— ¿Qué haces, Colás? ¡ Avía !

Acercóse al animal el muchacho pesaroso. Iban á despedirse para siempre, sin mimos, en silencio.

Los hombres, en la puerta, apenas vieron. Las ancas de « Lucero » removiéronse, y alzó las patas traseras. Sonó un golpe seco, de casco herrado sobre algo duro, y oyóse un grito trágico de muerte. Y el animal, desesperado tiraba más y más, con violento ahinco, de la cuerda anudada al cuello, estrangulándose.

Cuando abrieron los ojos, repuestos del susto, vieron que todavía, con las últimas convulsiones agónicas, el caballo revolvía, como abrazándolo entre sus patas, el cuerpo sangrando y lívido del chico, hasta que ambos, rígidos, brutalmente enlazados, quedaron tendidos é inertes sobre el suelo.

Bien lo oyeron todos. Colás, entre un bor-

botón de sangre, había dicho claramente un nombre : ¡ hermana ! Fué su palabra última.

Si lo hubiese visto entonces, ella tan lacrimosa, ¡ cómo lloraría Mágina !

VELUT UMBRA

I

Sonó, en el huerto, el grito desgarrado y trágico de la vieja criada.

— ¡ Favor !... ¡ Señorita !

Aun dormían en la casa. Al vocear que llegaba de abajo, despabilóse Ángeles con sobresalto. Por las hendiduras de las maderas entornadas del balcón, entraba una fría claridad mañanera. Escuchó de nuevo incorporada en el lecho, pronta á abandonarlo. La casa estaba en silencio, pero enseguida percibió el rumor de pasos por las galerías desiertas y la voz de la vieja musitando con temblores de espanto y entre hipos de sollozo, su queja repetida :

— ¡ Qué desgracia !... ¡ qué desgracia !

Al oírla, ya cerca de su habitación, Ángeles estremecióse con calofríos de miedo. ¿Qué ocurriría? ¿Acaso había muerto su padre? Calmóse,

ya desvanecida su sospecha. D. Pedro, desde su habitación, voceaba iracundo, sin duda movido á enojo porque le despertasen con ruidos y gritos á hora tan desusada. ¡ Ya ! ¡ Con el genio que tenía y lo que le gustaba el sueño de la mañana !

Inquieta tiróse del lecho Ángeles. Muy próxima oíase ya á la vieja llamándola :

— ¡ Señorita !... ¡ Por Dios, levántese !... ¡ Verá qué desgracia !

Desde dentro, mientras rápida vestíase el traje y se componía un poco los cabellos, Ángeles demandó :

— ¿ Qué pasa, Jacinta ?

— Una desgracia... ¡ y qué desgracia !

— Pero ¿ qué es ?... ¡ Habla !

Ya había abierto la puerta y frente á frente encontráronse Ángeles y la criada. Jadeante, ésta casi no podía hablar. Sus ojos reflejaban un espanto trágico. Pálida, la vieja temblaba con convulsiones violentas y había en su boca, de labios sin color, un « rictus » doloroso.

— ¡ Cuenta ! — insistió Ángeles, apremiante.

— Pues, Ramón...

— ¿ Qué ?

— Muerto... ¡ ahorcado !

De una á otra mujer saltó la impresión de

espanto. Ahora era Ángeles quien empalideció, y á punto estuvo de dar en tierra desvanecida.

— Pero, ¿es cierto?... ¿Cómo?... ¡Dios!

— No sé... Lo he visto, nada más.

Como loca echó á andar Ángeles en dirección al huerto, siguiendo Jacinta sus pasos. Á distancia oíanse las voces de D. Pedro, indignado por tanto estrépito.

— ¿Qué? — vociferaba. — ¿Anda el diablo suelto?... ¡Á ver si callan!

Sintió miedo al oírlo Ángeles. Casi no se atrevía á andar. Algo misterioso, muy adentrado en su espíritu, le encogía de espanto el corazón en aquellos momentos trágicos.

— ¡Chist!... indicó con un dedo en el labio, imponiendo silencio á Jacinta.

Llegaron al huerto. Allí, pendiente de un roble centenario, cuyo ramaje daba sombra á un rincón poético y escurriéndose á ras de la alta tapia colgada también sobre el camino, el cuerpo rígido, la cabeza desmelenada, los ojos horriblemente abiertos, los labios cárdenos y el menton caído, estaba Ramón, el criado.

Llevóse las manos Ángeles á los ojos, horrorizada al verlo. Su grito de pánico astilló ásperamente el aire. Luego calló, rompiendo en llanto.

También D. Pedro recibió una sorpresa. Era extraño el suicidio del muchacho. ¿Qué repentina locura le había arrastrado á quitarse la vida? Quedaban los móviles en el misterio.

Nada hacía sospechar aquel fin trágico. Contento estuvo la noche anterior, de charla y regaño, de enojo en broma, con la vieja Jacinta, mientras cenaban.

¿Cuándo había tomado Ramón resolución tan desesperada?

— Sentílo, señor, anoche andar por la casa. Sin duda algo buscaba. La cuerda tal vez, no sé... ¿Lo oyó usted, señorita? Tuvo que pasar por delante de su cuarto. Juraría que daba voces. Pero ¿con quién hablaba? Loco había de estar el pobre. De fijo. ¡Y acabar así!...

— No lo oí — replicó trémula Ángeles. — Acaso dormía.

— Sí, loco... no se explica...

Ninguna otra razón abonaba el suicidio en el cavilar de D. Pedro.

Llevaba algunos años Ramón en la casa... y con familiaridad afectuosa era por todos tratado. Salvo los regaños, más bien en son de broma, con Jacinta, gruñona como vieja, y el respeto que obligaba el genio altivo de D. Pedro, hallaba el

muchacho afables blanduras. ¡ Y el cariño con que lo trataba Ángeles ! Más que ama y criado, parecían hermanos.

Ningún vicio se le conocía á Ramón. Á su custodia bien podían dejarse abiertos arcas y arcones. Á pesar de su continente de buen mozo, no obstante su aspecto rústico con cierto aire señorial, no dió nunca en la flor de correr aventuras amorosas, cediendo á tentaciones de mujer. Ni aun novia había tenido. Por lo menos, no lo notificó.

Era necesario descontar como móvil el engaño femenino, la desilusión en un cuento de amor.

Por más que cavilaba D. Pedro, el drama resguardábase en el misterio.

II

Tranquilizóse D. Pedro al leer la carta. Ángeles decía en ella que sería ya la última. Al día siguiente, repuesta la salud por completo, pondría-se en camino de regreso á la ciudad. ¡ Tantos

meses de campo! Cierto que sin el reposo de aldea y el aire de serranía, bien cuidada en la casa de la buena Pepita, su tía, la pobre niña hubiese muerto. Tuvo ella la idea salvadora. ¡ Con qué ansia suplicaba, paliducha y enfermiza, que la dejaran ir al lugarejo campestre á descansar, con olvidos y en dulce paz, en la casona, solariega y aldeana, de la tía Pepita !

La trágica impresión de la muerte de Ramón trastornó á Ángeles. Los primeros momentos, para ella como para todos, fueron de inmenso estupor, de una tristeza doliente, que se hacía más íntima y viva amparada en el silencio. Después, á medida que iba pasando el tiempo, el penoso recuerdo de lo pasado pareció ahondar, entrañándose, en el corazón de la niña. La huella del dolor sufrido salía á flor. Lloraba á escondidas Ángeles. Muchas veces la había sorprendido el padre con los ojos enrojecidos, húmedos.

— ¿Qué tienes?

— Nada.

— Pero ¿vas á pensar en lo pasado toda la vida? ¡ Qué se remedia !...

— ¡ Si ya no pienso !

Eran disculpas. Bien se conocía. Advertíanse en la chica decaimientos enfermizos. Aquella

palidez de la cara, que perdió su gracia y su frescura juveniles, era alarmante. Y no era eso lo peor. También había perdido el alegre espíritu de antes. Negábase á salir á la calle, pretextando aburrirse de andar entre las gentes y hasta de la charla íntima y bullanguera en la visita de amigos. Á violencia se le hacía dejar la casa para pasear con el último sol de la tarde.

Cerró para siempre el balcón de su cuarto. Daba sobre el jardín, y en verdad era triste contemplar de continuo enfrente, allá en un rincón del huerto, el árbol fatídico, erguido y pomposo siempre, indiferente á la tragedia misteriosa en que actuara. ¡Y se cubría de hojas verdes y seguía floreciendo aquella mancha tentadora de amiga sombra ! ¡ Quizás, asesino, esperando á otro !... ¡ Quién sabe !

Por Ángeles, ya el hacha hubiese mordido el centenario tronco. Pero ¡ qué locura ! Era el encanto del huerto, el más viejo servidor de la casa. Queríasele como á un abuelo que impone el respeto de sus años y el orgullo de sus esplendores últimos.

Bueno ; que se cerrase la ventana. Ciertamente era para infundir espanto la visión, evocada en el recuerdo, del ahorcado. ¡ Ay, pero no sentir

el olor de las flores que subía en las mañanas primaverales del huerto, ni saborear á placer aquella enorme alegría del sol!

Tal vez más que la penosa impresión de la catástrofe, este encierro tedioso había quebrantado la salud de Ángeles. Así nació en ella aquel afán de vivir unos días la paz de aldea, disfrutar de la luz cegadora sobre los campos en flor, de aspirar libremente el aire fragante y limpio de las alturas que bajaba de las pintorescas serranías. Y allá se fué.

Cuantas veces había ido á verla, con amorosa ansiedad paterna y hurtando un día á las forzosas ocupaciones, halló D. Pedro á su hija prostrada en cama. Era una tristeza. Bajo el embozo de las sábanas, destacándose el negro de sus cabellos sobre el albor de las almohadas, asomaba la cara pálida, con los ojos medio hundidos, de Ángeles, la muy amada. Había para llorar. ¡Dios!, ¿iría á morir? Al pobre anciano era lo único que le quedaba en el mundo. Ella le alegraba la vida. Cabecita loca, móvil como pájaro suelto, sus travesuras de niña cicatrizaban en el corazón de don Pedro dolores viejos, que de vez en vez sangraban.

Ahí, en la aldea, aseguraba ella sentirse

mejorar. ¡ La paz campestre ! ¡ Aquellos paseos por caminos entre lindes de árboles á la vera del agua que salta en los regatos bordeados de flores salvajes ! ¡ Aquella soledad sugestiva que aquietaba, adormeciéndola, como niño en la cuna, el alma con penas y cansancios ! Además, ¡ el cariño de la tía Pepita, con caricias mimosas en su celo casi de madre !

Á la postre, tras un muy largo reposo en el campo, anunciaba la vuelta. Ya estaba restablecida. Acompañaríala Pepita, la tía, que aún no la quería abandonar. Mejor. Que no estuviese sola Ángeles en los primeros días del regreso á la ciudad.

Todavía dudaba D. Pedro. ¡ Le habían engañado tanto ! En los últimos meses en cada carta fijaban la fecha del retorno. Y ¡ nada ! No llegaban. Disculpas, aplazamientos. Indulgente, allanándose. ¿ Qué hacer ? Pero ¡ con el hambre que tenía de verla ahora alegre y saludable ! Sí ; vendrían. No encontraba un motivo á una nueva demora. Antes, las trillas ¡ oh, el regocijo de las eras ! ; luego, la cogida de las frutas tardías ¡ el correr los huertos y el trepar á los árboles ! ; después, las vendimias ¡ la faena en las viñas, el bullicio de los lagares, la jornada de las carretas

chirriantes á lo largo de los ásperos caminos ! Ahora, ningún encanto al regocijo juvenil. El otoño con sus nieblas y la melancolía de la deshoja en tierra y cielo. Más tarde, el invierno con sus soledades tristes y sus silencios angustiosos en la aldea sin rumores y el campo muerto.

Y ella traería á la ciudad y á la casa un poco de sol, siquiera en los ojos, y algo de la risa del agua loca de los regatos, á lo menos en la boca, recogida en la sierra, como un rústico presente.

— Mañana... — decía D. Pedro, desvelado, rebotando sorda ira contra aquella noche que nunca acababa.

III

La campanilla, como cediendo á un rudo tirón, repicó largo rato. Tras un breve silencio volvió á sonar más apremiante y estruendosa.

— ¡Diantre !... ¿No hay nadie en casa?

Y como insistiera el repique, D. Pedro dejó

la mesa de trabajo con ánimo de encaminarse á la puerta.

— ¡Ángeles! — gritó.

Nadie respondía. Sin duda estaba en misa con la tía Pepita, que ninguna mañana dejaba de ir á la iglesia.

— Jacinta, ¿no oye?

Tampoco contestaban. La vieja callejearía. No había, pues, más remedio que oficiar de criado. Más y más, con su loco alborotar, la campanilla apremiaba.

Abrió.

— ¿Qué quería?

— Ver á la señorita Ángeles.

Fijóse D. Pedro en aquella mujer que tenía delante. No la conocía. Bien era de advertir su zafia condición de lugareña, con los cabellos amasados y el traje tosco oliendo á heno de establos. Portaba al brazo un pañuelo, al parecer un hatillo. Tal vez fuese una moza al servicio de Pepita en la casona de aldea.

— Pues ¡ello ha sido! No por falta de cuidados.

— ¿Qué pasa?

Interrogóle con extrañeza D. Pedro. Quizás aquella mujer viniese equivocada.

— ¡Quedósenos como un pájaro ! — continuó ella con incontinente locuacidad. — El pobre ¡ siempre con aquella fatiga que partía el alma !

— Pero ¿quién?... — salióle al paso D. Pedro ya con ira ante tanta impertinencia.

— Pues, verá. Así fué. El niño, ya casi anocheciendo, cuando lo dejé un instante para atender un poco á los quehaceres de casa, dobló la cabeza. Al volver á su lado me lo encontré blanco, muerto. ¡ Pobre !

D. Pedro sintió bajo la sugestión de aquella voz de mujer mojada en lágrimas la dolorosa sensación de aquel ser muerto, abandonado y solo.

La lugareña insistió :

— Se llevará un disgusto.

— ¿Quién?

— La señorita. ¡ Quería tanto á su niño !

— ¿Ahijado de ella?

— No, señor...

Calló la moza campesina, asustada al darse cuenta de su inocente revelación. También calló D. Pedro, los ojos abiertos, llenos de espanto.

Con miedo al silencio, hondamente penoso, la lugareña aventuróse á decir :

— Aquí le traigo la ropa.

Por entre las aberturas del pañuelo anudado

por las puntas asomaba una manga muy pequeña, de blanca batista, como esperando otro brazo de niño que la vistiera. Aquí y allá desbordábanse encajes y puntillas. ¡Todo lo que quedaba como rastro de un pasado que iba á desvanecerse para siempre!

Cercana oyóse la fresca risa de Ángeles que volvía tal vez festejando á la portera, quizás en charla de júbilo con Pepita.

Con voz ronca, demandó D. Pedro :

— ¿Cómo lo pusieron?

— Llamóse Ramoncito.

ÍNDICE

Al « jallo ».....	5
El Justicia del llano.....	83
En la noche.....	197
Lazarinas	209
Tierra seca.....	225
Junto al brocal.....	239
El último repique.....	253
En el potrero.....	269
Velut umbra.....	285

CHARTRES. — IMPRENTA ED. GARNIER. 55.8.11.

